

Examen de las investigaciones sobre las aborígenes de España mediante la lengua vasca

por

GUILLERMO DE HUMBOLDT

Traducción directa del alemán (2.^a edición) por Telesforo de Aranzadi

(CONTINUACIÓN)

Murus en Carpetania (*Itin. Anton.* p. 446.) puede muy fácilmente ser meramente la palabra latina, con que se designaba la mansión. Solo que en otros nombres, evidentemente indígenas, aparece (comp. 14.) la sílaba *mur* y se deriva por Astarloa (*Apol.* p. 242, 245) (*) del euskera *murua*, colina, cumbre, cúmulo. La gran cantidad de lugares y apellidos con esta sílaba radical, que aduce de su provincia, pone esto fuera de duda. De nombres antiguos ibéricos corresponden aquí todavía *Murgis* (*Plin.* I. 137, 1.) límite oriental de Bética, según Astarloa (*Apol.* p. 242.) la sin coli-

(*) Aduce en esto que el latín *murus* procede del vascuence. En realidad *murua* quiere decir, no solo colina, sino también, según Larra-mendi (v. *teso*), moles, y según el diccionario manuscrito *monceau, tas, pile*. La derivación de *murus* del griego parece insostenible y así pueden la palabra vasca y la latina tener un radical común. La mera admisión de la palabra latina por el idioma vasco es aquí inverosímil, pues la sílaba *mur* ha pasado a muchos nombres y a otras palabras, lo cual no cabrá con facilidad a una palabra extraña.

nas y los *murboges*, vecinos de los cántabros (Ptol. II. 6. p. 45.)

A la arriba (5.) mencionada *Flavio navia* se parece el río de los lucenses *Navilubio* (Plin. I. 227, 7.). Si se puede uno fiar de la manera justa de escribir las sílabas finales, recuerdan la palabra vasca *lubeta*, terraplén. La raíz sencilla se halla en el río *Nabius* (Ptol. II. 6. p. 42.) de la misma región.

Octaviolca en Cantabria (Ptol. II. 6. p. 45.) es uno de los varios nombres, que en España aparecen, compuestos de elementos romanos e indígenas. La terminación *ol* es la locativa vasca (Astarloa Apol. p. 79.), lugar de Octavio. Completamente inalterada se ha mantenido la terminación *ola* en la ciudad lusitana *Tribola* (App. VI. 62, 67.), que Mannert. (I. 346.), no sé por qué, escribe *Tribala*. Precisamente este afijo forma la terminación de *Obucula* en el interior de la Bética (*Itin. Anton.* 413.), que en Appiano (VI. 68.) suena Ὀβὺλλολα. Las sílabas iniciales deriva Astarloa (Apol. p. 243.) muy forzosamente, como si la ciudad se hubiese llamado *Obecula*, de *o*, letra radical por altura y de, bajo de donde *beecua*, cosa de abajo, ciudad entre dos altos y bajos. La aportación de los nombres actuales *Obecola*, *Obecuri* no demuestra mucho, pues divergen en la vocal principal. En general puede ser la terminación muy frecuente de los nombres ibéricos en *ulo*, *ula*, *uli* (donde lo último no proceda de *uria*) justamente este *ola*, pues también los actuales dialectos confunden o y u. Ejemplos son *Baecula*, *Baetulo*, *Barbesula*, los *bástulos*, *Bergula* (Ptol. II. 6. p. 47.), *Calucula* (Plin. I. 239, 8.), *Carbula* (Plin. I. 138, 7.), *Castulo*, el río *Singulis*, *Turbula* (Ptol. II. 6. p. 47.), los *túrdulos* (*) y los *várdulos*. Con todo, el empleo de esta explicación exige en cada uno de estos nombres mucha precaución, pues la terminación en algunos también podría ser meramente de origen latino, quizás diminutivo (comp. 14. *Deobrigula*, etc.). Por indígena con seguridad se ha de tener sólo allí, donde el resto del nombre es vasco, como en *Abula* de los bastetanos (Ptol. II. 6. p. 47.) de *abe*, *abia*, que según Astarloa (Apol. p. 73. 228.) significa bosque, jaral o matorral, sitio de bosque. Astarloa no menciona *Abula*, pero deriva (Apol. 228.) de *abia* el promontorio *Abarum* (Ptol. II. 5. p. 42.), monte claro, de *abia* y *arua*, separado o esparcido, comparando con el antiguo nombre los actuales *Abaroa* y *Abarotegui* (21. v. *Avarus* (**)).

(*) Es digno de notar que los túrdulos se tuviesen sin inconveniente por turdetanos, como los bástulos por bastetanos (Mannert. I. 287. 418.)

(**) Larramendi explica *abea* (dialecto guipuzcoano) meramente por *columna*, el diccionario manuscrito *habea* (dialecto labortano) por

Si *pinua*, abeto (*), no es una palabra latina tomada tardíamente por el idioma, podría derivar de aquí *Pintia* en el país de los vacceos (Ptol. II. 6. p. 45. *Itin. Anton.* 440.), así como *Pinetus* de los galaicos (Ptol. II. 6. p. 44.).

El nombre antiguo de Caesar augusta *Salduba* (Plin. I. 142, 10.) se puede derivar de *saldoa*, rebaño lanar o cabrío y la terminación quizás de *ubera*, vado (comp. *Ucubis*, 15), pues la ciudad estaba junto al Ebro (**). Había también un río y una ciudad *Salduba* (Ptol. II. 4. p. 39. Plin. I. 136, 20.) en la Bética (***) (Mannert. I. 308.). Si también *Corduba*, *Calduba* y *Onuba*, suponiendo que esta variante sea, como parece por las monedas (*Flor. Med.* II. 510. III. 104.), la justa en Turdetania (Ptol. II. 4. p. 39.) corresponden a esta terminación, no me atrevo a decidir. Los últimos nombres deriva Astarloa (Apol. 244.) de *oña* y *ba*, al pie de una colina.

El río *Sanda*. I. 227, 3.) de *zana*, vena, en referencia natural al cauce. Astarloa (Apol. 256.) se ha dejado seducir por la falsa variante *Sanga* hacia la explicación inverosímil de un río sin venas, es decir, como él entiende, sin brazos (de *ga*). El río *Saunium* (Mela. III. 1, 10) en que cae aquel, en Cantabria (mapa de Reichard. A. f.) puede también corresponder aquí. El diccionario manuscrito de París trae también *sauia* como sinónimo de *zana*, así que esto podría explicar el nombre de la ciudad de los pelendones *Savia* (Ptol. II. 6. p. 45.), que quizás estuviese junto a un arroyo. Pero como, según un trabucamiento explicable en el pueblo (que también en alemán da origen a *Spannader*) *zana* (****) también quiere decir

piler. Reuniendo esto con la explicación de Astarloa del vizcayno, indica la palabra un árbol alto y esbelto. Esta significación, así como el sonido. recuerda al latín *abies*, que corresponde, a su vez, a las palabras difíciles de etimologizar.

(*) N. del T.— Humboldt dice Fichte, que quiere decir en castellano abeto; pero, así como en otra obra suya hay confusión o trastrueque de encina y roble, puede aquí haber padecido confusión entre el abeto y el pino. Abetos no hay ni en el país de los vacceos, ni en el de los galaicos.

(**) N. del T.— ¿Se podría vadear el Ebro en Zaragoza?

(***) Astarloa (Apol. 199.) deriva el nombre de *zaldia* caballo y compara con *Zaldibar*, que los españoles llaman también *Saldua* (****). Acerca de la derivación del latín *Sal* compárese § 20.

(****) N. del T.— La anteiglesia se llama en Vizcaya *Zaldua* y el barrio, donde se estableció el balneario, y después el manicomio, *Zaldibar*.— V. la nota final del § 40.

(*****) Se recordará involuntariamente las palabras alemanas *Sehne* y *Zain* (*****). El euskera *zana* es en otra forma *zaina*.

(******) N. del T.— *Sehne* es tendón, nervio y cuerda de un arco; *Zain* es en alemán barra de metal. También en castellano confunde el vulgo las ideas de nervio y tendón, ¿No podría *sauia* del diccionario manuscrito ser errata o mala lectura de *u* por *n*?

nervio, no me atrevo a decidir cual de ambos significados pueda tener *sauia*.

Sars, río en el país de los galaicos (Mela, III. 1, 8.) y *Sarabris*, no inverosímil de *saroya*, selva. Si fuera la terminación de *Sarabris* quizás de *berri* estropeada, entonces podría derivarse el nombre también de *sar*, entrar, pues el mismo verbo quiere decir también *tomar posesión* de modo que el sitio se designaría como nueva residencia,

Selambina en la Bética parece querer decir *entre dos llanos*, de *bi* y *celaya*. De la misma palabra pueden derivar todos los nombres, que empiezan con *Sel*.

Cerra quiere decir según Larramendi *espinazo*, según el diccionario manuscrito de París *colina*. De él deriva Larramendi la voz española *cerro*, que también reúne en sí ambas significaciones y que en realidad no parece provenir del latín. Si esto fuera así, y no más bien el vasco *cerra* castellano, se da de sí la etimología de las ciudades *Seria*, *Serippo* y *Serpa* en la Bética.

Silpia (Livius. XXVIII. 12.) en Oretania puede derivar de *ciloa*, fosa, sitio en un valle bajo profundo, y lo mismo una ciudad lusitana *Silbis*, que Sestini (*descriz. delle Med. Esp. nel Mus. Hederv.* 206.) cita. El nombre del *flumen Silicense* (*Hirtius de bello Alexandrino.* 57). es inseguro y además no de origen vasco.

Subur de los laletanos, que estaba junto a un río (Ptol. II. 6. p. 43.) y el río *Subis* (*) en la misma región recuerdan a *zubia*, puente, sólo que etimologías de esta clase son siempre muy inseguras.

Las terminaciones de *Talabriga* y *Talamina* parecen en verdad (29. 30.) de origen celta. Pero esto no impide para que el resto de la palabra sea vasco y las palabras del diccionario manuscrito de París *tala*, *excidium sylvarum*, se acomodan muy bien a la instalación de nuevas residencias. En *Talori* de Lusitania (*Cellarii not. orb. ant.* I. 58.) esta probablemente la sílaba *Tal* combinada con *uria*, ciudad y la *u* se habría alterado sólo después en *o*. Una multitud de localidades en Alemania toman su nombre de la roturación de los bosques (**),

(*) La existencia, nombre y situación de este río son muy inseguros. Reichard (mapa. C. n.) acepta dos lugares *Subur* y *Subis* y un río *Subis*. Pero compárese Mannert (e. ed. I. 399, n. ed. I. 433.) y las notas a Mela II. 6, 5. en la edición Tzschuck.

(**) N. del T.— *Tala* es palabra castellana muy usada y la acción muy abusada, con el sentido de «*excidium sylvarum*». Dudo mucho que sea vasca.

Tingentera en la Bética (Mela. II. 6, 9. Mannert. I. 302. mapa de Reichard H. e.) tomó probablemente su nombre de la costa africana. En otro caso sería difícil desconocer la palabra radical vasca *tinca*, firme, terne.

18.

Etimología de los nombres: Vascos, Biscaya, Hispania, Iberia.

Puesto que para la investigación presente no carece de importancia, de dónde traen los vascos su nombre antiguo y actual, he querido tratar aquí en particular de su etimología.

Basoa, bosque, matorral o jaro, es una palabra radical, de que proceden los nombres de los *bastitanos* o *bastetanos* y su ciudad *Basti* en la costa meridional tarraconense (*Itin. Anton*, p. 401.). El nombre de la ciudad parece contraído de *Bas-eta*, región de bosques y el adjetivo *bastitanos* o *bastetanos* derivado de él. Una variante en Ptolomeo (II. 6. p. 47.) dice *Basitania* y la palabra radical sencilla se halla en *Basi* (Ptol. II. 6. p. 48.), la ciudad de los castellanos. *Bascontum* (Ptol. II. 6. p. 48.) en Vasconia es *baso-coa*, perteneciente al bosque. De este modo se deriva *Vasconia* y *Váscones* (*). Sin embargo, es notable la insistencia con que todos los antiguos escritores escriben la palabra con *V* o *Ua*, nunca con *B*, incluso Ptolomeo, que sin embargo tiene *Bascontum*. Pero por esta etimología no se explica aún el nombre propiamente indígena del pueblo. Pues los actuales vascos no se nombran *Basocoac*, sino *Euscaldunac*, su país *Euscalerria*, *Eusquererria*, y su idioma *Euscara* (**), *Eusquera*, *Escuara*. En estas palabras son *aldunac* (de aldea, lado, parte, *duna*,

(*) Astarloa. Apol. p. 200. Mis adiciones al Mithridates p. 7 § 2 (I).

(I) Comp. Tomo 3, p. 224 de las obras de Humboldt.

(**) No obstante esta significación no está en *Eusc-ara* de ningún modo la palabra lenguaje. Idioma, dialecto se dice *hiz-cuntza* de *hitza*. palabra y *min-tzoa* de *mihia*, *miña*, lengua. La terminación *ara* es, como palabra independiente, sin uso, sino que forma otras palabras, o como sílaba radical o como afijo. La idea expresada con ello es que algo sucede en una cierta sucesión, en una cierta relación con y a alguna otra cosa. De aquí *ara-uz*, según, conforme (cast. *según*, lat. *secundum*), p. ej. *orren-arauz*, según esto, además *ar-alde-tu*, seguir (del más arriba indicado aldea), actuar conforme a una parte o lado; además *ara-ura*, regla, relación. Literalmente se llama según esto *Euscara* conforme al Eusko, a la manera del Eusko, y *Erdara* (de lo que enseguida se hablará) conforme a la tierra, según la costumbre de un país. *Era* es sólo una alteración de sonido indiferente para el significado.

la terminación adjetiva y c el signo de plural, los que pertenecen a un lado, a una parte), *erria*, *ara* y *era* solamente sílabas auxiliares (*). La radical de la palabra es *Eusc* o *Esc*. El nombre indígena del pueblo en el idioma actual es así el de los *Euskos* o *Eskos* (**), y no existe ningún fundamento para no tenerlo por usual también en la antigüedad. Si ahora este se ha convertido en los escritores extranjeros en el de los *Váscones*, o si el último, viniendo de *basoa*, sólo correspondía a una sola tribu, difícilmente podría hoy ya resolverse. En las sílabas *Eusc* y *Esc* no se puede pensar en una derivación de *basoa*. En cambio esta raíz conduce a las ciudades *Vesci* (Plin. I. 137, 16.) y *Vescelia* (Liv. XXXV. 22.), y a la comarca *Vescitania* (Plin. I. 142, 12.). Ya que en ésta había la ciudad *Osca* y el cantón probablemente se llamaba conforme a ella, parece *Osca* de la misma raíz con la *Eusc* o *Esc* en el nombre de los Vascos. *Osca* desempeña entre los nombres de lugar españoles una misión importante. Viene, aparte de la ahora nombrada, todavía otras dos veces, en los túrdulos (Plin. I. 138, 4.) y en *Beturia* (Ptol. II. 4. p. 39). Además hay compuestos del nombre con otras sílabas: *Ileosca*, *Etosca* (14.) y *Menosca* (Plin. I. 227, 2.), de *mendia*, monte, *Osca del monte*, en los várdulos (***)). A esta familia de nombres parece no ser extraña además *Virovesca* (Buruesca) de los autrigones (Plin. I. 144, 3.). Por último, de la otra parte de los Pirineos, pero en la propiamente ibérica Aquitania, los *Auscii* uno de los principales pueblos (****). El nombre de su capital en *Mela* (III. 2, 4. *ibique interpret.*) *Elimberrum* confirma su procedencia. Es lo mismo que *Illiberis* en España, *Villanueva* (*****). Es verdad que se ha preferido con

(*) N. del T.— Sobre *erria* véase por el índice alfabético lo que el mismo Humboldt dice en otras páginas, así como sobre *erdara*; que *duna* sea mero adjetivo y al esté por *alde* no creo aceptable; es extraño que no supiera que *aldunak* son «los que pueden».

(**) Sería, según esto, más consecuente también en alemán nombrar el pueblo *Eusken*, y no *Vasken*; sólo que la diferencia es pequeña, *Vasken* más sonoro, en sí menos extraño e introducido entre alemanes desde *Schlözer*. Acerca de los nombres de los habitantes de las diferentes partes del país v. mis adiciones al *Mithridates* p. 8 (I).

N. del T.— La mayor sonoridad de *Vasken* (pronunc. *Fasken*) o aunque se pronunciasse *Wasken* no podrá convencer a ninguno de mis lectores; bien es verdad que tampoco nos agrada oír decirnos *Oisken*.

(I) Comp. Tomo 3, p. 225 de las obras de Humboldt.

(***) En *Livius* (XXII. 20.) se lee aún *Honosca*. Sólo que este nombre no se halla en ningún manuscrito, sino que debe su existencia meramente a los editores. V. *Gronovii epist. in quibus multa T. Livii loca geographica emendantur. Ep.* 3. p. 21.

(****) N. del T.— No se olvide que se pronunciaba *Auskii*.

(*****). También en las ciudades españolas que empiezan con *Ili* se

frecuencia, en vez de Elimberrum la variante de *Climberrum* (*), pero aquélla parece, no sólo por la etimología vasca, sino por el testimonio de los manuscritos, la más acertada. Si los *Osquidates* (Plin. I. 226, 6.) corresponden aquí es dudoso. Osca deriva Asstarloa (Apol. p. 244.), callando por completo la sílaba (**) radical del nombre *Euscara*, desafortunadamente de *otsa*, ruido, ciudad famosa. Yo me he contentado aquí con mostrar la conexión conjetural del nombre Osca con el nombre original de los actuales vascos. La verdadera etimología del último es para mí en todo caso aún dudosa, pero hago aquí un ensayo, que otros, con conocimiento más profundo del idioma, podrán juzgar. *Eusi* es un verbo y quiere decir *ladrar*. Lástima que esta palabra sólo se halle en Larramendi y en él únicamente en los suplementos con la explicación monosilábica *Eusi, ladrar; eusia, ladrido*. La idea especial del ladrido animal (que por lo demás en castellano, como en otros idiomas, también se transfiere a gran grito, clamor y contienda) no debe aquí conducir a error (***). La idea primitiva de la palabra es, con toda verosimilitud meramente tono, sonido, grito. Sólo que no en lo humano individual, sino en la idea de lenguaje. El sonido (****), grito, se expresan, no obstante, muy naturalmente por vocales entrechocantes: así grito se dice en otros casos en euskera *eia-gora, auhen-a, oju-a*, y la boca, del abrir y proferir tonos, *ao-a-*. En *Eus* estaba también la idea del hablar, del lenguaje y esto en toda su generalidad trasladó el pueblo naturalmente a su propio idioma, pues no conocía otro. *Eus-c-ura* quiere decir pues: a la manera del idioma es decir del indígena, como lenguaje $\chi\alpha\tau' \xi\epsilon\sigma\chi\acute{\eta}\nu$. El pueblo

halla la variante *Eli* con mucha frecuencia. La m se ha intercalado por los griegos o romanos, conforme a la costumbre de su pronunciación. Que Bárbaro confunda el *berris* de Mela con *briga*, y explique aquél por ciudad, es del todo erróneo.

(*) Así está también en el mapa de Galia de Reichard.

(**) N. del T.— Para un *euskaldun* la *E* de *Euskara* no es sílaba aparte de *us*.

(***) N. del T.— Haciendo honor a la buenísima voluntad, que el autor tiene para con el euskera y los euskeldunes, no puede menos de repelerlos esta etimología; tanto más, cuanto que desgraciadamente hemos oído muchas veces, de boca de castellanos, y aun de boca de hijos o nietos de euskeldunes, calificar al vascuence de ladrido, lo cual en el castellano de hoy al menos es una grosería ruin, de la misma categoría en el fondo que la afirmación, de los cultos latiniparlos, de que no sirve para la vida espiritual.

(****) N. del T.— El autor dice *Klang*, que no es sonido simple, sino el compuesto con harmónicos, pero no encuentro palabra castellano apópsito.

se designaba a sí mismo con la misma naturalidad como quienes hablaban el *lenguaje*, es decir, el especial, que a ellos pertenecía, y así como las palabras *eusí* y *otsa*, ruido, estruendo, son afines, así lo son los nombres *Eus-c-aldunac* y *Osca*. Astarloa, a quien nadie discutirá el conocimiento de la analogía de su idioma, viene aquí, al explicar, como arriba se ha dicho, *Osca* por *otsa*, en ayuda de mi derivación y sólo se equivoca en el empleo de las ideas. Otra prueba de que el nombre *Osca* tiene una relación general con todo el pueblo de los iberos, se puede tomar de la plata amonedada óscica (*argentum* Oscense), que menciona Livius y es de notar, que ya Florez ha sentido esto en cierto modo, Nota expresamente con justicia (*Medallas*. II. 520.), que tan enormes sumas de dinero de plata, como Livius hace en varios pasajes (XXXIV. 10. 46. XL. 43.) que los generales romanos lleven a Roma, es imposible que todas pudiesen tener el cuño de *Osca*. Hace notar a la vez, que minas de plata no eran abundantes en el territorio de los ilergetes, en que, sin embargo, estaba la única ciudad de consideración con este nombre, sino en la Bética, y que el dinero pillado en la provincia no debía provenir de la España de este lado, sino de la del otro. Florez contradice además a la presunción de que los romanos hubieran hecho acuñar en *Osca* la plata traída de otra parte y sus razones han alcanzado después aún mucho mayor fuerza demostrativa, pues Sestini (*Descriz. delle med. Isp. nel Mus. Heder v. p. 78. 175.*) ha mostrado que las únicas monedas legítimas de *Osca* proceden de la época del imperio, así que no se sabe en verdad, si antes se habían acuñado monedas con el nombre *Osca*. La opinión de Florez es que los romanos comprendían bajo *argentum* Oscense todo dinero indígena, ibérico, con inscripción indígena y contraponían éste al *bigati* (*). Esta conjetura tiene en realidad una gran verosimilitud y se podría sacar de ella una prueba de que los romanos oyeron nombrar esta inscripción la *Éuscica*, *Óscica* (vasca). Pues la ciudad *Osca*, si bien pudiera ser distinguida, no en el grado de que hubiese debido servir de emporio para todo el dinero, que viniese de España. Todo ensayo, para derivar la denominación de esta plata a partir de aquella, queda como forzado. Florez cree que la semejanza del alfabeto antiguo ibérico con el óscico de Italia pudo haber dado ocasión para ello. Sólo que no ha tenido en cuenta que

(*) N. del T.— *Bigati* eran las monedas, en cuyo cuño se veía un carro tirado por dos caballos.

el adjetivo del nombre de los *Osci* no es *Oscensis*, sino *Oscus* (*).

Aún tengo que notar, que la palabra *Eusc-al-du-ac* también se toma en otra relación íntima con el idioma y sirve de réplica a ella en este sentido otra, *Er-d-al-dun-ac*. Con la primera se designa a aquellos, que hablan euskera, con la última a aquellos, que hablan un idioma extraño. Pero, como se ve notoriamente por la comparación del artículo, que de esto trata, en Larramendi (v. lengua *extranjer*a y *Romance*), con ello no se designa toda lengua extranjera, sino sólo se comprende aquella mas próxima a los vascos, es decir el llamado *Romance*, con lo cual los vascongados designan el castellano y los basques franceses el francés (**). De aquí que en la expresión *erdara* no radica en su origen tampoco la idea de extraño, sino que la palabra está compuesta del antes mencionado *ara* y *erria*, tierra, país, y de una *d* eufónica intercalada. En su origen quiere decir, como traduce el diccionario manuscrito, *langue du pais*, porque el *Romance* en realidad es la lengua del país de España y de Francia (****). Sólo en tanto que el vascongado y el basque francés contraponen esta lengua general del país a su peculiar idioma, es por lo que Larramendi explica la palabra una vez como *lingua peregrina* y otra como *lingua Hispaniae vernacula*. Por eso en esta oposición nada se puede concluir sobre el sentido primitivo de *Euscara*.

Al actual nombre *Biscaya* o *Vizcaya* corresponde, según el sonido, la ciudad *Biscargis* (Ptol. II. 6. p. 47.) o *Bisgargis* (Plin. I. 142, 5.) en Ilgeraonia. Parece, según Astarloa (Apol. p. 236.), que aún hoy existen nombres semejantes y los deriva de *bizcarra*, loma (*****). En

(*) Sólo una anotación semejante a los *Osci* de Italia, o más bien un trastrueque del todo inadmisibles de ambos nombres parece haber descargado a D. Antonio Agustín hasta explicar el nombre de la ciudad Osca como antigua, sin indicar, como dice Florez, ni una vez el idioma, del que sacaba tal derivación (**).

(**) N. del T.— Se trata de Antonio Agustín, arzobispo de Tarra-gona en el siglo xvi.

(***) N. del T.— Larramendi no dice «sólo se comprende», sino «aunque con este nombre llamamos *comúnmente*»; comúnmente, nada más que por ser mucho más común el que un euskeldun se encuentre al habla con castellano en las provincias vascongadas, con francés (o gascón) en el país basque al norte del Pirineo. Es limitación puramente circunstancial, que nada influye en el significado intrínseco de la palabra.

(****) N. del T.— Descarguemos a Humboldt de la responsabilidad de tamaña incongruencia, ya que es el diccionario manuscrito, el que tiene la verdadera responsabilidad: no hay porqué suponer la *d* eufónica, sino que el radical es *erd*.

(*****) Larramendi no trae (*****) la palabra y el diccionario manuscrito sólo la da en el sentido derivado de dorso, espinazo.

(*****) N. del T.— Sí la trae en «Espalda», que no hay por qué considerarlo menos primitivo.

esta palabra es *arra* terminación y la sílaba radical *biz*, unida con *caya*, cosa, da mucho mejor etimología para *Vizcaya*, país de las colinas, montes, que la que he apuntado de los papeles de Astarloa al tiempo de estar con él y en los que deriva de *bitsa*, espuma y *caya*, bahía, bahía espumosa.

El origen del nombre *Hispania* me parece todavía muy poco claro. La opinión de Astarloa (Apol. p. 194-197.), de que la forma castellana sea la primitiva y el nombre proceda de *ezpaña*, que en euskera quiere decir el labio, el margen, lo más extremo de una cosa, a causa de su situación junto al mar y en el fin de Europa, es muy poco verosímil, pues la forma castellana es transformación de la más antigua latina. No sabría tampoco proponer nada satisfactorio y anoto solamente, que algunas palabras vascas empiezan con *isp*, que hay aún tales nombres de lugar en Vizcaya, como *Ispaster*, que recuerda a *Ipasturgi* en Plinio (l. 138, 3.) en la Bética y que Plutarco (Sertorius, c. 11) menciona un campesino lusitano con nombre de *Spanus*. La sílaba inicial *His* solo se halla entre los nombres de lugar ibéricos en *Hispalis* que, según Isidorus (*Orig.* XV. 8.) se llamaba así a causa de su situación pantanosa y su edificación sobre estacas (*), una etimología, sobre la que se ha de dar tan poco, como sobre la arriba citada de *Solurius mons*. En Umbría había un *Hispellum* (Plin. I. 171. 7.).

El nombre *Iberia* se contentan de ordinario con derivarlo del río *Iberus*. Sólo que es muy inverosímil, imagínense como se quiera las emigraciones o la residencia de los iberos, que justamente este río les haya dado el nombre a ellos y al país. O le obtuvo el suyo por el pueblo, o este tiene otra etimología, que el del país. La sílaba radical inicial se halla en el río *Ibia* en la punta noroeste de Iberia (Mela. III. 1, 9.) y la ciudad *Ibis* sólo mencionada en Livius (XXVIII. 21.), y cuya situación no se indica; pero, según la conexión del pasaje citado, estaba en la vecindad de Carthago nova. Además corresponde aquí la ciudad *Ibylla* en Stephanus Byzantinus. Palabras vascas, que puedan conducir a una etimología, son *ibilli*, andar, *ibeni*, poner, *ibarra*, valle, *ibaya*, río. De la última palabra y *eroa*, *erua*, espumoso, impetuoso deriva Astarloa (Apol. p. 253. 254.) el nombre del río *Iberus*. Tan oscura es la relación del nombre de los iberos al arriba investigado de los Euskos, Vaskos, pues también

(*) *a situ cognominata est, eo quad in solo palustri suffixis profundo palis locata sit, ne lubrico atque instabili fundamento caderet.*

el último, tal como hoy se usa en relación a todo el que habla vascuence, reivindica generalidad. Solamente que en ningún caso es demostrable que todos los pueblos iberos se llamasen a sí mismos Iberos; ello es poco verosímil y mucho más admisible es que en tiempos muy antiguos el nombre de una tribu lo generalizasen los extranjeros.

19.

Terminaciones de los nombres de lugar antiguos ibéricos

He aducido hasta aquí aquellos nombres, que por completo constan de elementos conocidos y sólo ocasionalmente he añadido otros. Ahora pasaré revista a los que descubren su origen vasco sólo por alguna sílaba final o inicial y mediante pertenezcan a la misma familia de nombres.

Terminaciones muy corrientes de nombres ibéricos son *uris* (de la cual se trata en 14.), *briga* (de la que se hablará a continuación), *ba y pa*, *tani* y *tania*, *gis*, *ula* (17.) e *ippo*.

La terminación *ba y pa* expresa, como se ha mostrado anteriormente en *Astapa* (13.) y *Alaba*, que algo es bajo o está al pie de algo. Pero algunas veces puede pertenecer la *ba* también a otra palabra, como en *Salduba* (17.). Descontados los casos en que acepto esto último, son ejemplos de la terminación en *ba* los siguientes nombres: *Adeba* (Ptol. II. 6. p. 47.), *Alaba*, *Astapa*, *Ilipa*, *Noliba* (Liv. XXXV. 22.), *Norba*, *Serpa* (*Itin. Anton.*: p. 426.), *Menoba*. En el último se asocia a la *ba* la vocal *o*, que indica altura. Aun hoy existen lugares, que se llaman *Oba*.

Las terminaciones *tani*, *tania* deriva Astarloa en un todo de la final locativa *eta*, como si se llamasen siempre *etani*, *etania*. En su generalidad es ciertamente esta afirmación inexacta. No sólo las sílabas *nus* y *nia*, como él quiere, sino también las *tanus* y *tania* pueden pertenecer a terminación extraña y efectivamente pertenecen amenudo. De *Toletum* se deriva tanto *Toletanus*, como de *Beneventum* *Beneventanus*. También se halla esta terminación adjetiva allí donde no se puede pensar en ningún *eta*, en nombres, que el romano formaba en *is* (*Bilbilis*, *Bilbilitanus*, *Arandis*, *Aranditani*), *ia* (*Belia*, Βέλεια, *Belitani*) o *i* (*Astigi*, *Astigitanus*, Plin. I.

139, 3. *Acci, Accitani*) (*) La terminación *tanus* viene, en todos estos casos, en que el primitivo, no tiene *t*, de los adjetivos griegos en $\tau\eta\varsigma$. (Priscianus I. 2. *Ed. Putsch.* p. 593.). Es verdad por otra parte, que muchos más pueblos y países, cuyos nombres terminan en *tani* y *tania*, hay en España, que en otros países y esto sólo puede explicarse por incorporación de una *t* en la terminación de estos nombres, derivada muy justamente de aquella terminación local. En *Hedeta* de los edetanos (Ptol. II. 6. p. 47.) pertenece *eta* innegablemente al sonido radical. Nombres de esta clase, en que solo aduzco etimologías de Astarloa allí, donde no me aparecen completamente inverosímiles, son: *Ausetani, Authetani* (con la sibilante ϑ), de *autsa*, polvo, país del polvo, de la sequedad (Apol. 207, 234.), *Bastetani* (18.), *Bergistani, Carpetani*, de *gura*, alto, be, al pie, región al pie del monte (Apol. p. 208.), *Cerretani, Characitani, Contestani, Cosetani, Edetani*, o *Sedetani Exitani, Lacetani* o *Jacetani* (**), *Laletani, Lacetani*, si este nombre no es meramente una errata del anterior (Mannert. I. 434.), *Lusitani*, de *lucea*, largo, extenso, grande (Apol. p. 212.), *Oretani* de *o*, indicación de altura, la eufónica *r* y *eta*, como el actual *Oregui* de *o* y *egui*, esquina de monte (Apol. p. 211.), *Suessetani* (Liv. XXX IV. 20.), *Turdetani*. He omitido en esta lista todos los nombres, que son formaciones romanas regulares de nombres de ciudades, como los *Accitani, Ossigitani, Toletani, etc.*

La etimología de la terminación *gis* está ya en lo anterior. Esta sílaba final procede, o de *teguia*, una terminación locativa, *egui*, esquina (17.), o los afijos privativos *ga* o *gui* (15.). A lo antes aducido en nombres terminados en *gis* añadido aun *Oringis y*, a causa de la semejanza de la formación, *Conistorgis* (Appian. VI. 57.) junto a *Anitorgis* o *Anistorgis* (Livius, XXV. 32.) en la punta suroeste de España. La terminación es evidentemente *urgis*, sin agua, lo que apesar de la proximidad del río podía ir a falta de fuentes. Las sílabas *Coni* compara Mannert (I. 343.) con el nombre de los *Cornios* (3.) o *Cuneos* (Appian. I. c. (***) y *Ani* deriva del *Anas*. En la

(*) Esta terminación en *i* es muy frecuente en los nombres españoles de ciudad. (Schneider: *Formenlehre der lateinischen Sprache.* 143-145.)

(**) Astarloa (Apol. 210.) deriva ambos de *Jatza* y *Latza*, sin ninguna consideración a la pronunciación.

(***) Esta opinión manifiesta Sestini (*des cr. delle med. Isp. nel Mus. Hederv.* p. 24.), derivando el origen del nombre de la ciudad por una inmigración de los *cuneos* hacia *Urgis*. De un modo semejante explica el nombre de monedas *Cun-bar-ia*. Pero como también en los vettones hay una ciudad de igual terminación. *Sibaria* (mapa de Reichard. C. d.), esta opinión tiene poca verosimilitud.

traducción de Strabo más reciente de París, (I. 402. nt. 3.) se duda de que ambos nombres perteneciesen a la misma ciudad. Los Conios recuerdan también a *Coni-m-brica*.

De la terminación *ippo* no conozco ninguna etimología algo verosímil del vasco. Hubo dos ciudades *Hippo* en España, en Bética (Plin. I. 138, 1.) y en Carpetania (Livius. XXXIX, 30.). Otras dos había en Africa, cuyos nombres sólo se diferencian en que no son, como los ibéricos, femenina, sino *masculina*. En ambos países es griego el origen del nombre y puede relacionarse con esto, que las monedas de muchas ciudades españolas y africanas llevan un caballo en el cuño. En nombres vascos no hallo la palabra caballo (*zamaría, zaldia*) con decidida claridad. Sin embargo, podrían provenir de ello en parte las que empiezan con sal (17. 20.) (*). Ejemplos de la terminación *ippo* son *Acinippo, Belippo* (Plin. I. 140. 6), *Baesippo, Basilippo* (*Itin. Anton.* p. 410.), *Collippo* (Plin. I. 228, 6.), *Iripo, Ventippo* (Florez. *Medallas.* II. 474. 617.), ambas sólo conocidas por monedas e inscripciones, *Lacippo, Oripo* (Plin. I. 138, 10.), *Ostippo* (*Itin. Anton.* p. 411. *ibique interpretes*), *Serippo* (Plin. I. 140. 1.), *Ulyssippo*. Es digno de notarse, que la mayoría de estas ciudades estuviesen en la Bética y las pocas de Lusitania cerca del mar, así todas en regiones colonizadas por extranjeros. Solamente la carpetana *Hippo* hace excepción.

20.

Clases de nombres de lugar antiguos ibéricos según su sílaba inicial.

De las sílabas iniciales de los nombres de lugar ibéricos aduciré, sin preocuparme angustiosamente en cada caso por la etimología, sólo aquellas, que son comunes a varios nombres, y parecen ser, por tanto, sílabas radicales compuestas con otras palabras. Estas composiciones pueden ser útiles siempre para futuras investigaciones.

Ar y *Al*, donde deriva de aquel, de *ara*, llanura, *arria*, piedra, *artea*, encina, *aria*, carnero, etc. *Alaba, alavona, Alone, Alontigiceli, Alostigi, Arabriga, Aratispi, Aravi* (17.), *Arcilacis* (PtoI. II. 4. p. 39),

(*) Que Astarloa lo busca en: *Celtiberia*, se dirá más abajo.

Arcobriga, que no obstante puede derivarse del latín *arcus*, *Areva*, *Arevaci* (Plin. I. 140, 28.), *Uxama Argellae*, *Arialdunum* (Plin. I. 137, 17.), de cuya terminación se tratará más abajo, *Ariorum* montes (*Itin. Anton.* p. 432 *ibique interpretes*), que tomado de rebaños fácilmente podría haberse retorcido en *Meriorum* y *Mariani*, *Aritium* (17.), *Arocelitani* (Plin. I, 142, 15.), *Arriaca*, *Arsa*, *Artigi* (17.), *Aruci* (Ptol. II. 4. p. 40.), *Arucci* (*Itin. Anton.* p. 427.), *Arunci*, *Arunda*.

As. Esta sílaba, así como *ats*, *atz* y *az*, pertenece a las sílabas iniciales más corrientes en euskera y forma una cantidad enorme de palabras. Compár. también (13,) *Ascerris*, *Asido* (Plin. I. 139, 2.), *Asindum* (Ptol. I. 4. p. 39.), *Aspavia*, *Aspis*, *Asseconia* (*Itin. Anton.* p. 430.), *Asso* (Ptol. II. 6. p. 47.), *Asta*, *Astapa*, *Astigi*, *Astures*.

Bae o *Be*, pues los manuscritos e inscripciones en su mayor parte dan ambas variantes. *Be*, equivalente al con frecuencia aducido *ba*, es una sílaba inicial frecuente de palabras vascas, y *Astarloa* (Apol. 250.) deriva de ella, con la significación de *bajo*, el nombre del río *Baetis*. Se podría también pensar en *Ibaya*, río, con la pérdida de la *i*. Pero sería precipitado el explicar así también los otros nombres, que empiezan con *Bae*, pues primero tendría que decidirse, si el nombre *Baetis* es realmente indígena. El río llevaba también otros nombres: *Tartessus*, *Percei*, *Certis*; los dos últimos se atribuyen a los habitantes del país (3). *Cerris* parece celtibérico, pues los celtíberos tenían una ciudad *Certima*. Sin embargo, hay también nombres puramente ibéricos en tribus célticas en España, y persiste por tanto la duda de si *Baetis* es un nombre ibérico, diferente del celta *Certis*, que quizás pudo venir de los celtas en Beturia, o ser extranjero y quizás púnico. En favor de esta última opinión podría aducirse que Plinio, refiriendo (II. 621. 26.) que todavía en, su tiempo en España hubiese minas de plata iniciadas por Aníbal y que llevaban el nombre de sus descubridores, menciona como ejemplo *Bebulo*. También concuerda con esto, que casi todos los nombres con la sílaba inicial *Bae* están en la costa meridional, o en su proximidad, por consiguiente en la región más visitada por fenicios y cartagineses. Solamente los *Baedyi* de Ptolomeo (II. 6. p. 44.), que corresponden a los galaicos y la ciudad *Baecula* en Oretania (*VV. dd. ad Polyb.* X. 38, 7.) en la frontera de la Bética, hacen excepción. Como tal debería también citar yo el *Baenis*, que Strabo (III. 3. p. 153.) indica como epíteto del Minius, si no se objetara con fundamento como variante (La traducción más reciente de

París I. 443. *nt.* 2. Schweighäuser a Appian. VI. 71. 58.). Pero impide aceptar que de los nombres de lugar, correspondientes a este grupo, en algunos la *bae* o *be* sea indígena, en otros de origen extraño. Además de los ya nombrados se hallan todavía los siguientes de esta clase: *Baebro* (Plin. I. 137, 17.), *Baecor*, *Baelo*, que en monedas se llama *Bailo* (Florez *Medallas.* II. 635), *Baesippo*, *Belippo* (Plin. I. 140, 6.), *Besaro* (l. c.), *Baetulo*, *Baeturia*.

Bar, sílaba inicial vasca frecuente. *Barbesula*, *Barcino*, *Varduli*, *Bardo* (Livius. XXXIII. 21.), *Bardyetae* (3.), Βαρϵτα (comp. la nota 3.^a del § 19.) (Ptol. II. 4. p. 39.), pues el nombre es difícil que sea griego, *Bargiacis* (Ptol. II. 6. p. 45.), *Bargusii*, *Barnacis* (Ptol. II. 6. p. 46.). Palabras, que puedan conducir a etimologías de estos nombres, son *barria* para *berria*, nuevo, *barrutia*, circuito, barrena, *barna*, dentro, *baratu*, detenerse, quedar.

Ber como sonido alterado para *bi* y como raíz de *berria* (*), nuevo, se ha tratado ya más arriba (15.). *Vergentum* (Plin. I. 138, 10.), *Bergidum*, *Vergilia*, *Bergium*, *Bergula* (**), *Berñama* (Ptol. II. 6. p. 47.), *Berurium*. Añado aquí los que empiezan con *bi*: *Biatia* (Ptol. II. 6. p. 46.), *atia* quiere decir la puerta, *Bibali*, *Bigerra*, con lo que se recuerda a la actual *Bigorre*, región de dos alturas (***) *Bituris* (15.). Compárese, con ocasión. de los nombres con la sílaba inicial *Ber* (23.) sobre *Medobriga*. Los nombres de lugar, que empiezan con *Bel*, pueden, en tanto que sean vascos, derivar de *belaiia*, valle.

Cal, *Gal*. Ambas sílabas forman muchas palabras legítimamente

(*) *ber*, dos, *bercea*, otro, y *berria*, nuevo, son evidentemente palabras muy emparentadas.

(**) Es completamente semejante a este nombre la actual Bergara.

(***) En el nombre de los *Bigerricae pallae* (Menage v. *Bigerrique*), que tenían su nombre de Bigorre, donde se fabricaban, es el mismo trastrueque de vocales. Erro (*Alfabeto prim.* 206.) dice, con ocasión de una moneda atribuida a la ciudad *Gili*, que en el dialecto labortano la palabra guipuzcoana. *ili* (ciudad) por la aspiración se hace *gili*, y añade: *así como en el día para decir erri, pueblo, pronuncian sus poseedores gerri*. De este modo podrían venir de *erria* los *Bigerriones* en Aquitania y aun *Bigerra* en la Bética, pues no se conoce la distribución de los dialectos en la antigüedad. Sólo que la sílaba inicial *bi* no se acomodaría a esta significación. La observación de la anteposición de una *g* en el dialecto labortano es, por lo demás, muy importante. En *ilia* y *erria* no encuentro en mis medios de ayuda estas letras y en el país siempre he oído pronunciar sólo *hiria* y *herria*. Sólo la palabra *unea*, región, país, dice el diccionario manuscrito de Paris *gunea*; parece que es usual en la Soule. La arriba mencionada ciudad *Gili* escribe Sestini (*descriz. delle med. Isp. nel Mus. Hederv.* p. 150.) también *Gili* y la tiene por capital de los *Cilinos*, que pertenecían a los galaicos.

vascas, si bien ninguna me parece dar pie a derivaciones verdaderamente decisivas. *Calduba*, *Cale*, *Calenda*, *Callaici*, *Callet* (Plin. I. 140., 6.), *Calpe*; este último nombre y algunos otros de esta clase pueden, a causa del peligro de los promontorios, proceder de *galdu*, destruir, *caltea*, perjuicio.

Car, *Gar*, sílaba inicial frecuente, con la que en muchos casos se une la idea de altura (19.). *Caracca* (Ptol. II. 6. p. 46.), *Carabis*, *Caranicum* (*Mitin. Anton.* p. 424.), con las cuales se comparan por la terminación *Albonica* (17.), *Leonica* (Plin. I. 142, 14.) y *Caecilionicum* (*Itin. Anton.* p. 434) (*), *Carbula*, *Curca* (Ptol. II. 6. p. 47.), *Carcubium* (*Itin. Anton.* p. 445.), *Cures* (Plin. I. 143. 1.), *Carissa* (Ptol. II. 4. p. 39) con la terminación, que indica abundancia, hoy *za*, los *caristios*, o con terminación más vasca de *eta* los *carietes* (Plin. I. 143. 14.), *Carmona*, *Caronium* (Ptol. II. 6. p. 43.), *Carpesii* (Mannert I. 385.), *Carpetani*, *Carteja*. A la misma familia de palabras pertenece con el mismo significado, como *gura*, también *gora*. Por ello incluyo: *Corbio* (Livius. XXXIX. 42.), *Corduba*, el promontorio *Coru*.

Men, también escrito *Maen*, como *Be* y *Bae*. *Men* es la sílaba inicial de muchísimas palabras en euskera y las significaciones principales son poder, y altura, monte, para lo que la expresión vasca completa es *media*. La última se acomoda mejor para denominaciones de regiones. *Mendiculea* (Ptol. II. 5. p. 41.), *Mellaria* o *Menlaria*, *Menoba*, *Menasca*, el río *Menlascus*, *Mentesa* o *Mentisa*. Astarloa (Apol. p. 242.) deriva también *Mediolum* (Ptol. II. 6. p. 46.) de los celtíberos de *media*, como si se llamase, a la manera de muchos lugares actuales, *Mendiola*; pero en ninguna parte demuestra la desaparición de la n.

Ner es una sílaba inicial rara en palabras vascas. En cambio se encuentra en algunos nombres de lugar. De esta clase son *Nertobriga*, que aparece dos veces, *Nerium* y los *Nerios*, el río *Nerva*. Excepto esto último, pertenecen tales nombres solo a lugares célticos o celtibéricos.

Or puede incluirse entre las sílabas iniciales más frecuentes en euskera, y la vocal *o*, letra inicial de *oña*, colina, y el sonido radical principal en *gora* y *goia*, alto, expresa también por sí solo, como

(*) Se podría tener la final *nica* y *nicum* en estos nombres por terminaciones latinas y a completa certidumbre no se puede llegar ciertamente en esto. Con todo, n es eufónica, no rara vez intercalada en euskera.— N. del T. Véanse pp. 31 y 38.

en la combinación con la *r* eufónica, muy amenudo la idea de altura. De aquí se da aún hoy una cantidad de nombres de lugar, que empiezan con *o*, p. ej. *Oiz*, *Oienguren*, *Oienarte*, *Oion*, *Oizate*, *Oinaz*, *Oba*, *Oca*, *Oña*, *Oñate*, *Orio*, *Oguena*, etc. Comparando con estos nombres los siguientes antiguos, le acosa a uno el sentimiento de la igualdad de idiomas. *Obila* (Ptol. II. 5. p. 41.), el promontorio *Oeaso*, *Orcelis* (Ptol. II. 6. p. 47.), *Oretani*, *Oripo*, la montaña *Ortospeda* (Ptol. II. 6. p. 43.) o más propiamente *Orospeda* (Strabo. III. 4. p. 162.); en la terminación es de comparar con esta la montaña *Idubeda*, ambas con sonido completamente vasco; *o* alto, *r* eufónica, *os* sílaba legítimamente vasca, se puede derivar de *otza* frío u *otsa* ruido, *iduna* pescuezo, una metáfora adecuada a montaña, *be* en la terminación; *Oria*, *Oringis*, *Orgenomesci* (Hard. ad Plin. I. 227, 5.), donde la primera parte del nombre como el actual *O-guen-a-*, puede querer decir la última de las alturas y los *Orniaci*. Mannert (I. 419.) aduce aún un pueblo de los *Orisses* y se remite a un pasaje de Diodoro de Sicilia (XXV. ecl. 2.). Pero tal como hoy se lee el pasaje, no se trata en él de un pueblo, sino de un rey *Orisson*. Para nuestros fines es lo mismo. El nombre, pertenezca a un pueblo o a un rey, se deriva de la residencia en una cantidad de montañas, y demuestra en el último caso, que también en la antigüedad, como ahora en el país vasco, los nombres propios procedían de la residencia, costumbre, que debe ser dominante en todas partes donde un pueblo haya renunciado a la vida nómada, pero aún se adhiere a viviendas aisladas y no se reúne en ciudades (*). En el periodo en que nosotros conocemos a España por los griegos y romanos, existían ya ambas cosas, las viviendas dispersas y los poblados,

(*) En los antiguos nombres prusianos, que Vater ha compuesto en su nuevo escrito: *die Sprache der alten Preussen* (I) a partir de documentos, se puede hacer la misma observación. Muchísimos son procedentes de las residencias y la residencia debe transferir su nombre a cada dueño (p. 147.). Era por lo demás un pensamiento muy feliz el traer a luz de nuevo un idioma, cuya existencia apenas se conocía y quien se haya ocupado en el grupo de lenguas germano-eslavas, a que pertenece, admirará que las dificultades, que se oponían a la compilación de una gramática y un diccionario del antiguo prusiano, hayan podido vencerse con tanta felicidad. Yo creo haberme convencido por el lituano, con el que me he ocupado alguna vez seriamente, de que también la conexión de las lenguas eslavas con el griego y los idiomas probablemente base de este, puede reconocerse mucho mejor por el estudio de estas lenguas germano-eslavas. Parecen haber conservado más fielmente el carácter de la lengua común primitiva y yo no las tengo, ni con mucho, por una mixtura de eslavo y alemán, de origen posterior. También por este lado es el escrito de Vater de la mayor importancia para la lingüística.

(I) Apareció en Braunschweig en 1821.

sólo que lo primero tenía evidentemente la primacía en el interior y en los indígenas no mezclados con los colonos. Pero entre los nombres propios ibéricos se hallan también tales, que son derivados de cualidades personales. Así *Indortes* (Diod. l. c.) indiscutiblemente de *indarra*, fuerte.

Como los griegos y romanos, sobre todo los últimos, apenas tenían otra letra que la *s* para algunos de los sonidos peculiares y más difíciles del euskera, pueden en éstos alterarse *ch* (*tx*), *ts*, *z*, *tz*. Pero para no abrir al etimologista un campo demasiado amplio quedo yo con la *s* y la *z* de las palabras vascas y dejo la misión de ir más lejos, a los naturales a quienes el conocimiento más profundo del idioma da derecho para ser más atrevidos. Entre las palabras vascas, que empiezan con *sal* y *zal* se apropian para derivaciones de nombres de lugar: *saldu*, vender, pues las ciudades eran mercados naturales, *saldoa*, rebaño, *zaldia*, caballo. Sin referir determinadamente los siguientes nombres a una de estas palabras, sino contentándome con la semejanza de sonido, reuno aquí los que empiezan con *sal*. *Sala* (Ptol. III. 4. p. 39.), *Salacia*, *Salaniana* (también escrito *Salmana*, *Salamana*, *Itin. Anton.* p. 427.), *Salaria*, *Salduba*, *Saleni* (Mela. III. 1. 10.), el río *Salia* (*ib.*), *Salica* (Ptol. II. 6. p. 46.), *Salionca* (Ptol. II. 6. p. 45.), donde la terminación también suena muy vasca (*ona* bueno), *Salmantica*, con ello se han de comparar la variante anterior *Salmana*, además *Nemanturista* (Ptol. II y. p. 48.), *Septimanca* (*Itin. Anton.* 345.); *Almantica* (mapa de Reichard F. i.), *Termantia* y *Numantia* (*), los ríos *Salo* (Martialis. X. 103, 2.) y *Salsus* (*Auct. inc. de bello Hisp.*, 7.), *Saltiga* (Ptol. II. 6. p. 47.), de nuevo con terminación visiblemente vasca. No sólo el río *Salsus*, sino también otros de los nombres aquí aportados, son probablemente del todo, o en parte, de origen romano, y derivados de manantiales salinos. Hasta puede el mismo nombre en un lugar tener este significado, en otro un sentido diferente. Así es muy verosímil, que *Salduba* junto al mar Mediterráneo (Plin. I. 136. 20.) tomase el nombre de los manantiales salinos, aún visibles

(*) Aquí sólo se trata de reunir lo que tiene sonido semejante en provecho de ulterior investigación. Erro explica (*Alfab.* p. 174.) *N-umantia* de *n*, que según él debe significar altura y *umantia*, pantano, laguna, como la ciudad sobre la altura junto al agua. Ya la comparación con la muy próxima *Termantia* hace esta etimología poco verosímil. Todos los lugares arriba indicados (*Almantica* y la también formada de otra manera *Nemanturista* se exceptúan) se hallan en territorio de los nombres celtas (23.) y pertenecen quizás a él. Sin embargo, me ha chocado que, fuera de España, sólo *Celmantia* en Hungría esté formada de un modo semejante.

por todas partes en aquel sitio, según Carter (1. 256.). En cambio es dudosa la misma etimología para el nombre antiguo de Caesar-augusta, que estaba en el interior (17.).

Se es una sílaba inicial muy frecuente en nombres antiguos españoles. En palabras vascas es también muy corriente, si se acepta *ce* (como en *celaya*, llanura). Sin embargo, entre estos nombres hallo muchos menos, que entre los otros, para tomar ocasión de una determinada etimología y tampoco Astarloa ha tomado, sin decir nada sobre ello, ninguno de esta clase entre sus ejemplos de derivación. Me suenan en particular como extraños los que empiezan con *Sege* y *Segi*. No conozco ninguna palabra vasca de esta formación. *Sebendunum* (Ptol. II. 6. p. 48.), *Secerrae* (*Itin. Anton.* p. 398.), *Segeda*, que parece lo mismo que *Segida*, *Segestica* y *Segobriga* (Mannert. I. 403.), *Segisa* (Ptol. II. 6. p. 47.), *Segisama*, *Segisamum*. *Segisamuncló*, *Segobriga*, *Segovia* (*Segubia* de Ptolomeo. II. 6. p. 46.), se podrían deslizar al vasco *gubia*, arco y pensar en el acueducto de la actual Segovia; sólo que el lugar debía ya tener su nombre antes de esta edificación romana y la *Segubia* de Ptolomeo no es la actual; ésta viene en el *Itin. Anton.* (Mannert I. 398.); *Segontia*, *Seguntia*, *Selambina* (Plin. I. 137. 1.), *Selensis*, *Selia* (Ptol. II. 4. p. 39.), *Sepelaci* (*Itin. Anton.* 400.), *Sepontia* (Ptol. II. 6. p. 45.), *Seria* (Plin. I. 139. 15.), *Serippo*, *Setabis*, *Setelsis* (Ptol. II. 6. p. 48.), *Setia* (Ptol. II. 4. p. 39, c. 6. p. 48.), *Setida* (Ptol. II. 4. p. 39.), *Setisacum* (Ptol. II. 6. p. 45.), *Setortialacta* (Ptol. II. 6. p. 46.).

Tar y *Ter* son sílabas iniciales, que sólo con extremada rareza aparecen en euskera. *Tarraco*, *Tarraga*, *Tartessus*, *Termantia*, *Termessus*.

21.

Nombres de individuos.

Otros residuos del idioma del país se hallan en los nombres de personas y familias. Pero de ellos, como es natural, han llegado a nosotros en mucho menor número. Algunos son manifiestamente de origen vasco, otros concuerdan con nombres de lugares en todo o en parte. Que en ellos en conjunto el sonido es vasco, lo muestra de preferencia la comparación con los de los galos. Las terminaciones frecuentes de estos en *marus* (*Civismarus*, *Induciomarus*),

en *rix* (*Ambiorix*, *Cingetorix*), en *dunus* (*Conetodunus*), en *vicus* (*Litavicus*) son del todo extraños en España. Para determinar un carácter propio de los nombres celtibéricos no hay más que un escaso número, que permitiera comparación. Como todos estos nombres ibéricos están dispersos en los escritores, traigo aquí una relación alfabética que, sin embargo, aún se podrá aumentar. He aceptado también los nombres en Silio Itálico, que no son, como *Phorcys*, *Aconteus* y otros de origen manifiestamente extraño, porque como se ve de *Mandonius*, *Indibilis*, etc., eligió con frecuencia nombres históricos. Si él mismo era de procedencia hispánica y aún más, si conocía el idioma del país, es cosa sumamente dudosa. En todo caso es innegable que ha elegido muy adecuadamente para una lucha el nombre *Burrus*, que procede de *burruca*, lucha.

Abilyx, saguntino (Ptol. III. 98.) *Abia* en euskera matorral. Ciudad Abula (17.).

Alco, saguntino (Liv. XXI. 12.) Quizás de origen griego, como también indica Livius por la oposición *Alconem Saguntinum et Alorcum Hispanum*. Había también, no obstante, una ciudad celtibérica *Alce* (Liv. XL. 48.), y *al* significa también en euskera, como sílaba radical, fuerza, valor, decisión, como se ve de *al*, *ahal*, poder, *ahala* (dialecto labortano), *pouvoir*, *force*, y el equivalente guipuzcoano *alaidea*. De aquí viene probablemente también el nombre de la ciudad celtibérica.

Aletes, descubridor de las minas de plata y por esto divinizado. Una colina en Cartagonova tomó su nombre de él (Pol. X. 10.). Indiscutiblemente un forastero.

Allucius, celtíbero (Dio Cass. *Ed. Reim. Vol. I. p. 26. fr. 58. nr. 2.*) Ciudades: *Lucentum*, *Ilucia* (Liv. XX XV. 7.)

Alorcus, español en Sagunto (Liv. XXI. 12.) Ciudad *Ilorcum* (15.)

Amusitus, ausetano (Liv. XXI. 61.)

Andobales v. *Indibilis*.

Ambo, celtíbero (App. VI. 46.) Revela su origen galo, si se compara con *Ambiorix*, los pueblos de los *Ambiani*, *Ambivareti*, *Ambarri*, y la palabra gala *Ambacti*. Después de esto parece haber sido celta la ciudad *Amba* (Sestini *descriz. delle mea. Isp. nel Mus. Hederv. p. 22.*) sólo conocida por monedas.

Arauricus de Corduba (Sil. Ital. III. 403.)

Arganthonius, rey de Tartessus (Herodotus. I. 163.). El nombre puede haber sufrido muchas alteraciones.

Attanes, turdetano (Liv. XXVIII. 15.)

Avarus, numantino (App. VI. 95.). El nombre es, sin embargo, completamente vasco. La etimología se da más arriba (17. v. *Octavio*) en *Abarum*.

Audax, lusitano (App. VI. 74.). El sonido completamente romano es muy sospechoso.

Balarus, veton (Sil. Ital. III. 378.)

Besasis, aparece en el asedio de la ciudad bastetana Turba (Liv. XXXIII. 44.). El nombre puede conexionarse con *besoa*, el brazo, de donde *bes-cona*, arma, de que se sirve en la lucha a brazo partido.

Bilistages, ilergeta. (Liv. XXXIV. 11.)

Budar se le nombra a la vez con *Besasis*.

Burrus, lusitano (Sil. Ital. XVI. 560) v. arriba.

Caesaras, lusitano (App. VI. 56.). Seguramente de origen extraño.

Caraunius, epíteto del numantino Rethogenes (App. VI. 94.). *Gara*, altura. Quizá era Rethogenes (10.), de sonido no vasco, su nombre céltico y junto a él llevaría el ibérico *Caraunius*, de *gara*, alto, y *unea*, región, país, el montañés.

Carus, celtíbero de Segeda (App. VI. 45). Si el nombre fuese indígena, de *gura*.

Caucaenus, lusitano (App. VI. 57.). Ciudad *Cauca*.

Cerdubellus (Liv. XXVIII. 20.). Se hallaba con otros *Hispani convenae* en Castulo; esta residencia nada demuestra, por tanto, para su procedencia. El nombre parece celta en la terminación *bellus*. El principio es semejante al también celtibérico *Certima* (3.).

Colichas (Pol. XI. 20.), en Livius (XXVIII 13.) según diferencia de ediciones y manuscritos *Colchas*, *Colcas*, *Culcas* y en estas diferencias con *s* antepuesta *Scolchas*, etc. Rigió en Bética.

Connobas (App. VI. 68.)

Corbis (Liv. XXVIII. 21.). Ciudad *Corbio* de los suessetanos. De *gora*, alto.

Corribilo, también *Corbilio* de la ciudad *Litabrum* en la España citerior (Liv. XXXV. 22.)

Ditalcon, lusitano (App. VI. 74.)

Edeco (Pol. X. 34.), por la derivación vasca, con menos exactitud en Livius (XXVII. 17.) *Edesco*. Las dos sílabas iniciales son las radicales del nombre de los edetanos, y la terminación la adjetiva ordinaria vasca (15.). Que era un edetano no se dice expresamente, pero es verosímil por la conexión de la narración, pues

parece regido en la proximidad de Tarraco y conforme a una variante de Polybius.

Galbus, carpetano (Liv. XXIII. 26.). El nombre parece celta. *Galba* era también el de un rey belga (Caes. *de bello Gall.* II. 4.) y *galba* parece haber significado en galo una persona muy gruesa (Suet. *Galba.* 3.)

Gargoris, uno de los reyes más antiguos de los tartessios (Just. XLIV. 4.). Según el diccionario manuscrito de París quiere decir *garia*, delgado, magro, *grèle*, *mince de corsage*.

Glagus. V. § 11.

Habis, el Triptolemo ibérico, con frecuencia expuesto y milagrosamente salvado (Just. XLIV. 4.). Como vivió en los bosques con los ciervos, lleva su nombre de *abea*, matorral (17.). En el dialecto vizcayno dice esta palabra *abia*, en el labortano (si bien con significación algo diferente) *habea*, así que la analogía lingüística existe completa.

Hilermus, también según otra variante *Hilernus* (Liv. XXXV. 7.), aparece nombrado en una batalla contra los vacceos, vetones y celtíberos. *Hiltcea* (dialecto labortano), matar; *Ermua*, aun hoy nombre de lugar en Vizcaya; *ernatea*, despertar.

Ilerdes (Sil. Ital. XVI. 567.). Quizás meramente formado por el poeta por la ciudad Ilerda.

Imilce de Castulo, esposa de Anibal (Sil. Ital. III. 106. Comp. Liv. XXIV. 41.). El nombre parece, con todo, más bien púnico, que ibérico. Silius le dice una torcedura del nombre griego *Milichus*.

Indibilis de la región del Iberus, pues en un pasaje de Livius (XXVIII. 24.) se dice un lacetano, en otro, donde la lectura es, sin embargo, dudosa, un ilergete (XXXI. 1), también con estos y otra vez con los suessetanos (Liv. XXV. 34.) lucha contra los romanos. En Polybius (III. 76, 7.) se llama *Andobales*, quizás de *andia*, grande. Ciudad *Intibili*.

Indortes en Bética (20.)

Indo (*Auct. inc. de bello Hisp.* 10.) Varias palabras vascas empiezan con *ind*, *indarra*, fuerte, *indea*, dolor, etc.

Istolatius en la Bética (Diod. XXV. *Ed. Bip.* p. 355.). La terminación es exótica. En el resto es reconocible como sílaba locativa ola. El principio puede provenir de *istilia*, pantano, charca, o *istoa*, flecha, según se haya derivado el nombre de la residencia, o de una cualidad personal.

Lamus (Sil. Ital. XVI. 476.)

Larus, un cántabro (Sil. Ital. XVI. 46. 47.).

Leuco, celtíbero (App. VI. 46.)

Litlenno, celtíbero (App. VI. 50. El nombre céltico; en Galia *Litavicus*.)

Luscinus en la España ulterior (Livius. X XIII. 21.). El nombre suena a muy romano.

Mandonius aparece junto con *Indibilis*, y se le nombra como lacetano, pero no como este ilergete. Quizás de *manatu*, mandar *Mandiota* es una sala de estrado, de asamblea. Se podría también pensar en *mandoa*, mula. Sin embargo, hay también en Galia los *mandubios* y *Mandubratius*, así que la derivación es muy incierta.

Megara (según otras variantes *Megaravictus* y *Megaravistus*), numantino. (Florus. II. 18, 4.).

Mericus (Liv. XXV. 30.). Varias ciudades *Meri* y *Merobriga* (23.)

Minurus, lusitano (App. VI. 74.)

Norax (32.)

Olonicus (*Epit. Lh.* XLIII.). Se le tiene por idéntico a *Salondicus* (*Supplem. Freinsheimii.* XLIII. 4.); pero la cosa es muy insegura.

Orisson (20.)

Orsua (Liv. XXVIII. 21.). La ciudad *Urson* se llama también *Orson*.

Rhetogenes, V. *Caraunius*. En Valerius Maximus (V. 1, 5.) *Rethogenes*.

Rhyndacus, celtíbero (Sil. Ital. III. 384). Ya que Silius Italicus a la ciudad *Uxama* le atribuye murallas sarmáticas, esto se funda probablemente en una leyenda del origen exótico de sus primeros pobladores. De aquí notan ya los editores en este pasaje, que también *Rhyndacus* es probablemente forastero y el nombre imita al del río de Misia.

Salondicus, celtíbero (Florus. II. 17, 14) V. *Olonicus*.

Spanus (18.)

Tanginus (App. VI. 77.)

Tantalus (App. VI. 75.) lusitano y sucesor de Viriato en la dignidad de general. El nombre es probablemente falso. En Diodoro (*Fragm.* XXXI II. *Ecl.* 5. *Ed. Bip.* p. 72.) se llama *Tautamos*.

Turrus o *Thurrus*, celtíbero (Liv. XL. 49.)

Viriathus, el conocido caudillo lusitano. Aunque el nombre no puede ser, sin embargo, más que indígena, recuerda a los brazaletes, *viriae Celtibericae* (Plin. II. 609; 3.), que servían de adorno, preferentemente de los varones, aunque no exclusivamente. Se

quiere derivar esta palabra de *vir*. Sólo que, según Plinio el objeto vino de Galia y Celtiberia (y de Iberia por los celtíberos a Galia), originándose también el nombre probablemente fuera de Italia. *Biruncatu* quiere decir en euskera: torcer, volver, y esta idea, que se acomoda muy bien a un broche, que se retuerce alrededor del brazo, es la primitiva en la sílaba *bir*. Como un nombre no necesita ser significativo en cada persona, que lo lleve, sino sólo en la primera, no contradice a esta etimología el despego de Viriato contra todo adorno (Diod. *Fragm.* XXXIII. *Ecl.* 5. *Ed. Bip.* p. 80.). Si el nombre fuera celtibérico, podría pensarse en *bir*, *ber*, pica, lanza, chuzo (*).

22.

Concordancia de los nombres de lugar ibéricos con el idioma vasco en general.

Era mi intención en las presentes investigaciones el averiguar, que los antiguos nombres ibéricos de lugares, en su mayor parte, y por su masa, derivan del idioma vasco, y que este origen se puede reconocer en ellos y derivar suficientemente aún de los actuales. He mostrado para ello primeramente (8-11.) la concordancia del sistema de sonidos en el idioma y los nombres, luego (13-16.) he rebuscado las series de los últimos, que se relacionan con las mismas raíces, después (17.) he entresacado un número de ellos, que, tanto como aquellas series, permiten una explicación completa a partir del euskera y por último (19. 20.) he clasificado una grandísima parte de los nombres, aun restantes, por sus sílabas final e inicial, colocándolos unos después de otros, para, sin etimologización determinada de cada uno, mostrar la semejanza de la for-

(*) Me he extendido aquí, no tanto por el nombre de Viriato, cuanto por las palabras indígenas aducidas. Las latinas *vertere* y *veru*, sobre cuya derivación del griego hay tanta perplejidad, parecen pertenecer a estas raíces ibéricas y célticas. Véase (30.) sobre los berones.

N. del T.— Parece corresponder aquí la nota aducida por el Dr. Justo Gárate: G. de Humboldt, estudio de sus trabajos sobre Vasconia: Bilbao 1933, en la p. 200. Dice así: En la pág. 273 del tomo VI de *Ges. Schr. (Ueber die Verschiedenheiten)*, corrige una etimología errónea (del tomo IV, pág. 79) de *vertere*, y la deriva de una forma de la raíz *writ* alterada —por *guna*— en primera persona del presente ruarte.— La p. 79 de la I.^a ed. es la p. 127 de la ed. presente.

mación de palabras y sílabas y del sonido. Sobre este último argumento pondría yo poco valor, si no se hubiese unido con los precedentes. Pero si un número considerable de nombres se da como vasco, si la analogía de los nombres y del idioma se puede seguir al través de series completas, si en algunas palabras se confirman por testimonio expreso de los escritores, es natural y lógico entonces aceptar la misma analogía también donde la semejanza sólo esté en algunos elementos y de preferencia sólo favorecida por la identidad de sonido. Creo, pues, haber alcanzado mi expresado fin y haber aportado la prueba de la igualdad de los nombres y del idioma hasta la convicción; por consiguiente haber purificado de la sospecha de parcialidad la opinión de los escritores arriba aducidos, de que el euskera era ya idioma local antes de la época de las colonias extranjeras. Pero entonces se presenta la cuestión de si el idioma vasco era la lengua primitiva general y única en el país y, si esto no hubiera de ser el caso, dentro de qué límites estaría comprendido? Junto a la ya mostrada igualdad debe, por eso, también buscarse la diferencia, que se pudiera encontrar quizás entre una parte de los antiguos nombres y el euskera. Esto en verdad es siempre una empresa mucho más difícil; pues todas las ideas se conexionan aquí y la mayoría, por lo menos metafóricamente, pueden relacionarse entre sí; y como todos los idiomas constan aproximadamente del mismo número de sonidos, que son capaces de múltiples alteraciones y tránsitos de unos a otros, la prueba de que un número de palabras no tenga ningún parentesco con un idioma dado, siempre será muy difícil. Los idiomas poseen en general tal inclinación a la aproximación y a la transición de unos a otros, que se conseguirá mucho menos el establecer paredes divisorias entre ellos, que descubrir parentescos. Nosotros hemos hallado verdaderamente en lo que sigue tres clases de nombres (los que empiezan con *Ner* y *Se* y los que acaban con *ippo*), además de muchos aislados, que no permiten ninguna derivación fácil del euskera; pero esto solo aún no decide. Debería demostrarse aquí, que estos nombres no pueden de ninguna manera derivarse del idioma y, si esta prueba había de traerse de un modo inmediato y directo, presupondría un conocimiento completo del euskera en todos sus dialectos, sin pensar todavía en que una cantidad de palabras, y aun dialectos, pueden haberse perdido. Pero la investigación presente aún menos podía conducir a ello, pues en ella se ha evitado con cuidado hasta la más suave transformación de los tonos, por

los que no obstante tenían que invalidarse necesariamente a su vez las alteraciones, que ha realizado el tiempo en la tradición de la mayor parte; aunque también sea tan notable y admirable que, sin embargo, ciertos sonidos radicales se han mantenido siempre reconocibles. A pesar de todos estos impedimentos ¿se halla, no obstante, entre los nombres antiguos ibéricos una clase, que se opone, a mi entender, no sólo a la derivación del euskera, sino también sirve a la aportación de una prueba indirecta, y así puede contribuir a la resolución de la cuestión, de si la Península poseía sólo una estirpe de habitantes o varias con diferentes idiomas antes de la llegada de los fenicios, griegos y romanos? Tengo en el pensamiento los nombres de lugar terminados en *briga*, que con cuidado se me han pasado en lo anterior; pero también aquí, sin ninguna opinión preconcebida y buscando meramente el hecho, quiero reunir primero todos los nombres de esta clase, apartando los que sólo son faltas de escritura, anotar las regiones, donde se presentan, y donde sea licito añadir barruntos acerca de las sílabas, que preceden a la terminación.

23.

Nombres de lugares con la terminación *briga*.

Los nombres en *briga* se hallan:

I., en los pueblos celtas:

1., los celtas de la Bética:

Nertobriga.

Turobrica (Plin. I. 140, 1. Comp. 16.)

2., en los celtas de Lusitania:

Caetobrix (Mannert. I. 342.) o *Cetobriga* (*VV. DD. ad Itin. Anton.* p. 417. v. *Catobriga*)

Lancobrica (14.)

Medobriga y varios *Meribriga*, y *Merobriga*. *Medubriga*, *Medobriga* y *Meribriga* y *Merobriga* son indiscutiblemente el mismo nombre (Mannert. I. 344.). Se ha mostrado en lo anterior (8.), cómo se aproxima también en el actual euskera la *r* sencilla en su pronunciación a la *d* (*). En Plinius (I. 230, 1.) tienen los *medubricenses*

(*) También en Bengala se pronuncia una cierta manera de *d* como *r* muy obtusa (*very obtuse*), (Wilkin Sanscrit Grammatik. p. 8.). Sólo que allí parece la pronunciación de la *r* pasar a la *d* y hacerla más dura. La

el sobrenombre *Plumbarii*, evidentemente por las minas de plomo. *Beruna* es la palabra vasca para plomo, *b* y *m* no rara vez se truecan en sí y también en euskera, y así podría estar oculta esta palabra en *Merobriga*.

3., en los celtas de la punta noroeste de la provincia tarraconenses:

Adobrica (Mela. III. 1, 9.) y *Abobrica* (Plin. I. 227, 12.). Ambos nombres corresponden probablemente a la misma localidad, y el último parece el verdadero. Mannert (I. 359.) tiene *Abobrica* y *Brigantium* por la misma ciudad, pero Reichard las ha separado, a mi juicio con razón, en su mapa.

4., en los celtíberos, comprendiendo en este nombre todos los seis pueblos celtibéricos:

Arcobriga

Augustobriga

Centobriga, si esto es realmente una localidad diferente. y no sólo otro nombre, quizás equivocado (Mannert. I. 403.)

Nertobriga

Segobriga

II., en pueblos ibéricos:

1., en los turdetanos entre el Anas y la costa del Océano:

Lacobriga (14.)

Merobriga.

además en Beturia:

Mirabriga

2., en los lusitanos:

Arabriga (16.)

Conimbrica (19.)

Ercobriga (mapa de Reichard D. b.)

Ierabrica (*Itin. Anton.* p. 419.)

Mundobriga (*Itin. Anton.* 420.)

semejanza de ambas consonantes puede estar allí en que el sonido de ambas se produzca en la concavidad superior más interna de la boca; pues la *d* así pronunciada en Bengala es precisamente aquella, que se nombra en el alfabeto sánscrito *cerebral*, como si viniese del interior de la cabeza, tercera letra de la tercera clase de consonantes del alfabeto *Dōva nāgari*. En euskera por el contrario de la *r* se hace más una *d* y la *r* pierde su ruido tan peculiar en otros casos. La *d* vasca, por lo menos para mi oído, nunca me ha sonado diferente de la alemana (*).

(*) N. del T.— Para mi oído la *d* alemana se aproxima mucho a la *t*, lo que no sucede en euskera; en cambio me parece que en éste no se hace de la *r* una *d*, sino de la *d* una *r*; los ejemplos se les ocurrirán a docenas a mis paisanos.

Talabriga

3., en los vetones:

Augustobriga

Caesarobriga

Castobrix (mapa de Reichard. F. a.). Comp. esta localidad muy discutida y las diferentes variantes del nombre en los editores de *Anton. Itin.* 417.)

Cottaobriga (Ptol. II. 5. p. 41.)

Deobriga, con lo que es de comparar *Dea* (*) *Vocontiorum* en Galia.

4., en los galaicos:

Coeliobriga (Ptol. II. 6. p. 44.)

Tuntobriga (l. c.)

5., en los astures:

Nemetobriga

6., en los cántabros:

Los *juliobrigenses*, habitantes del Portus Victoriae en la costa.

Juliobriga, en el interior (Mannert. I. 370.

7., en los murboges:

Deobrigula (14:)

En el límite de los murboges y vacceos *Dessobrica* (*Itin. Anton.* p. 449.)

8., en los autrigones:

Deobriga

Flaviobriga

9., en los vacceos:

Amallobrica (*Itin. Anton.* p. 435.)

Lacobrica

10., en los oretanos:

Merobriga (Ptol. II. 6. p. 46.)

En la geografía del anónimo de Rávena aparecen aún los siguientes nombres en *brica*: *Abulobrica* en la proximidad de Intercatia, así pues en los vacceos (IV. 44.), *Porbriga* junto a Abelterium y Aritium Praetorium, así pues en los lusitanos (l. c.), *Sobobrica* y *Tonobrica* en la región de *Virovesca* y *Segisamum*, así pues en los cántabros y autrigones (l. c. 45.), *Terebrica* junto a Olysippo y Lan-

(*) Que esta *dea* no es la palabra latina, lo atestigua también Wesseling *ad Itin. Anton.* p. 357. El nombre se relaciona con la palabra céltica *Divona* (Mannert P. 2. Cuad. 2. p. 86. *nt.* a.)

gobrica en Lusitania (l. c. 43.), *Tenobrica* junto al Océano. He reunido aquí estos nombres sobre todo, porque en este escritor no se puede uno fiar, ni de la exactitud de los nombres ni de la situación.

Si se tiene en cuenta en qué pueblos se hallan estos nombres, se puede trazar una línea alrededor de su territorio y que empieza en la costa septentrional del Océano en la frontera de los autrigones, que quedan a poniente, baja hacia el sur, de manera que los caristios y várdulos están a oriente, hasta alcanzar la frontera de vascones y celtiberos, pero de allí sigue la frontera primero de los celtiberos, luego de los oretanos y por último el Baetis hasta el mar. Lo que está al través de toda España al norte y oeste es el territorio de los nombres terminados en *briga*, que se hallan en todas partes de aquél y en ninguna de oriente y sur en los Pirineos y a lo largo del Mediterráneo. Es de notar que en este último no cae ningún pueblo celta y celtibérico; en cambio la costa desde Bilbao y más adentro hasta toda Navarra; por consiguiente precisamente la mayor parte de aquellos países, en que hoy se habla euskera, así como toda la costa mediterránea. Dentro del territorio de los nombres con la terminación *briga* se hallan por el contrario los cántabros, todos los habitantes de la costa del Océano desde ellos hasta el Baetis, todos los celtas y celtiberos y los pueblos del interior hacia el oeste. Este territorio ocupa la mayor parte de España, pero tiene también aquel en los Pirineos una anchura considerable y corre solo hacia el mar con más estrechura. Se podría objetar que estos nombres terminados en *briga* podrían haberse extendido por toda España, pero sólo haberse mantenido en ejemplos de las tribus referidas. Únicamente que esto sería un juego sorprendente de la casualidad, y la división de toda la Península en dos partes conexas de tal manera, que se separan en parte por ríos, el Iberus y el Baetis, en parte por la cadena de montañas del Idubeda, es tan chocante, que se ha de admirar, que nadie hasta hoy haya prestado atención a ello.

24.

Nombres de lugares en que se presenta *r* con consonante muda precedente.

En la terminación *briga* suena ya la *br* como no vasca. Con toda la combinación de la *r* con una muda precedente es mucho más

frecuente, que la de la *l* y ahora recogeré la colección de nombres de esta especie, diferida en el § 11. Se hallan

en Bética: *Abra* (Sestini *descr. delle med. Isp. nel Mus. Hederv.* p. 19.). *Baebro. Bruna* (Plin. I. 140, 7.). *Brutobria* (Steph. Byz. b. v.). *Episibrium* (Plin. I. 137, 17.) *Merucra.* (Plin. I. 139, 8.) *Nebrissa. Sucrana.* (Plin. I. 139, 8.) *Trite.* (Steph. Byz. h. v.) *Ipagrum* o *Egabrum.* (*Itin. Anton.* 412.)

en los celtas de Lusitania: *Bretolaeum.* (Ptol. II. 5. p. 41.) *Ca-traleucus* (l. c.)

en los lusitanos: *Chretina* (l. c.) *Eburobritium* (Plin. I. 228. 7.). Las islas *Londobris, Landobris* (Ptol. II. 5. p. 41.) o *Lanucris.* (Marcianus Heracleota. Huds. *geogr. min. Vol. I.* p. 43.) *Oxthracae. Tribala.*

en los galaicos: los galaicos *Bracarii. Brevae. Brigantium. Flavia lambris* (Ptol. II. 6. p. 44.), también *Lambriaca* (Mela. III. 1, 8.). Los *Gravii* o *Grovii. Pria* (*Itin. Anton.* 430.) *Trigundum.* (*Itin. Anton.* 424.) *Volobria* (Ptol. II. 6. p. 33.)

en los celtas de la punta noroeste de la tarraconense: los *prae-samarcae.*

en los astures: *Brigaecium*, donde *aecium* puede ser de origen griego, o corrupción griega de οἰχεῶν, y *Brig* indígena. Los *trigae-cini*, si el nombre no es una errata de escritura. (Mannert. I. 367.)

en los cántabros: *Bravon* (Ptol. II. 6. p. 45.)

los *autrigones* y en ellos *Lucrowium* (mapa de Reichard. B. h.). *Tritium.*

en los várdulos: *Tritium Tuboricum*

en los vascos: el río *Magrada*

en los vacceos: *Sarabris* (Ptol. II. 6. p. 45.)

en los carpetanos: *Brutobria* (mapa de Reichard. D. g.). *Consa-brum* (*Itin. Anton.* p. 446.). *Contrebia.*

en los oretanos: *Trogilium* (mapa de Reichard. E. e.)

en los pueblos celtibéricos: *Tritium. Metallum. Tucris.*

en los contestanos: *Eliocroca* (*Itin. Anton.* 401.). *Sucro.* La isla *Strongyle* (*Avieni ora marit* v. 453.)

en los ilerqaones: *Tenebrium. Traete.*

en los laletanos: el río *Rubricatus.*

en los indigetes: el río *Sambroca.*

en la España citerior, sin señalamiento exacto: *Litabrum* (Liv. XXXV. 22.)

Cadabria, cantubri y *artabri* los he dejado, porque el sonido,

a que nos referimos aquí, puede en estos nombres estar en la terminación dada por griegos y romanos.

Los nombres de esta especie son, como se podía prever, distribuidos por toda España y apenas hubiera sido necesario el enumerarlos. Lo he hecho, sin embargo, expresamente, porque de la comparación con los terminados en *briga* todavía resalta más, que debe haber habido un motivo especial para que estos ocupasen una parte limitada del país. Con todo, también hay una diferencia entre los aquí reunidos. Aquellos en cuya sílaba inicial o final aparece *bri*, *brig*, *brum*, *bret*, *britium*, sólo se hallan en aquellas regiones mismas, en que aparece *briga*. Pues también Stephanus señala *Brutobria* (*), que podía parecer dudoso, siempre en la proximidad del Baetis. Entre los demás, sobre todo aquellos de la Bética y toda la costa mediterránea, son naturalmente muchos originados por griegos y romanos (**), como *Strongyle*, o corrompidos por ellos, como probablemente *Episibrium*, *Tenebrium* y otros. Pues en vez de que, como Silius Italicus cree (III. 107, 366.) (***) con ocasión de los grovios y cástulos, desfigurase el idioma bárbaro los nombres primitivamente griegos, han torcido con mucha más frecuencia griegos y romanos los nombres indígenas hacia los sonidos de sus

(*) Según Stephanus Byz. estaba esta localidad entre el Baetis y los *tyritanos*, de que se ha hecho *turdetanos* (pues *Tyritano* nada significa). Si esta alteración es justa (y el parecer de Gronovius: *entre los tritanos*, de la ciudad *Trite*, no parece recomendable), se tiene que comprender entre los *turdetanos* los del otro lado del *Anas*, y estar la ciudad entre ambos ríos. Pues de este modo habitaban celtas entre medio, podía en todo caso decir en este lado: entre el Baetis y los *turdetanos*, lo que por otro lado, contra las columnas, hubiera sido descabellado, pues allí, desde el Baetis sólo había *turdetanos*.

(**) Sin embargo, no se puede dar el beneplácito a todas las etimologías de nombres de ciudades en esta región a partir del griego, como las traen los antiguos. Así las del nombre *Nebrisa* de νεβρις (Sil. Ital. 393.) es manifiestamente inadmisibles, y Florez (*Medallas* III. 98.) se ha dejado extraviar por ello para ver en una moneda un toro como ciervo. Parece por lo demás, si también la prueba de una moneda, que se atribuya a esta ciudad, es demasiado débil, escribirse más bien *Nabrissa*. Véase las anotaciones a Strabo. III. 3. p. 143. en la edición comenzada por Siebenkees y Sestini *descr. delle med. Isp. nel Mus. Hederv.* p. 70.

(***) N. del T.— Me había propuesto no hacer mención de errores de la traducción de Ortega y Frías, p. ej. nordeste por noroeste y otras; pero la afirmación, que atribuye a Silio Itálico es tan espeluznante, que no resisto a la tentación de consignarla; dice el traductor que «asegura a propósito de los Grovienses y de los Cástulos cuya lengua bárbara encerraba originariamente 3. 107. 366 de nombres griegos., Quizás el error no sea original de Ortega y Frías, sino del traductor francés, cosa que no estoy en situación de comprobar.

propios idiomas. Nombres, que evidentemente son latinos o griegos, como *Scombraria*, *Contributa*, *Transducta*, *Evandria* he dejado naturalmente sin mencionar.

25.

Ensayos para derivar la terminación *briga* del euskera.

Se preguntara entonces, si la terminación *briga* es vasca, o un elemento extraño entre los restantes nombres? Larramendi (Lex. v. *briga*) y Astarloa (Apol. p. 215-223.) creen lo primero. Ambos derivan la palabra de *uria*, la ciudad, aquel con la adición de la sílaba locativa *aga*, éste con el afijo privativo *ga*. Astarloa recuerda con razón, que en *aga* nunca se pierde la *a* (*). Su propia etimología es, sin embargo, la más forzada, que se pueda pensar. *Bri-ga* querría decir *sin ciudades*, despoblado, desierto. Las asambleas sin ley y sin orden, que las naciones tenían antes de la implantación de disposiciones civiles, se celebraban en tales sitios y tomaban su nombre de esto. Con el tiempo fueron ordenadas estas asambleas, se hicieron permanentes, y se transformaron en residencias fortificadas, ciudades. Así vino el nombre a la idea opuesta de la de su origen. Sería inútil querer contradecir tales afirmaciones. Si *briga* hubiese sido una palabra vasca, sería lo más natural el explicar simplemente por una alteración dialectal de *uria*, a que podría haber sobrevenido una corrupción forastera. Que la *u* haya pasado aquí a ser *b*, opinan también Larramendi y Astarloa, y entre las vocales finales *ia* interpone también hoy el dialecto vizcayno una consonante. A pesar de ello tengo por resuelto, que esta palabra ni es vasca, ni corrompida de una vasca. En ninguno de los dialectos vascos se presenta un cambio de *b* y *u* (**), Larramendi y Astarloa acuden para ello a otros idiomas y la consonante intercalada entre las vocales finales en el vizcayno *Uri-j-a* no es más que un sonido sibilante (una *x* suave), como con facilidad se intercala entre dos vocales para impedir su encuentro. La combinación de *b* con *r* es, por lo demás en euskera un sonido irregular, y los dialectos vascos siguen, prescindiendo de sus diferencias, siempre el sistema fonético

(*) N. del T.— Pero en Ezkioga parece haberse transformado.

(**) N. del T.— Sin embargo, *gaua*, *gaba*, noche.

de la totalidad del idioma. Pero lo que, a mi entender, decide la cuestión es la comparación, que se puede establecer entre las terminaciones *uris* y *briga*, esta palabra y la indiscutiblemente vasca *iris* y *da*, con la que parece concordar en todo caso en el sentido. En ninguna parte se confunde una con la otra, *Lac-uris* y *Lacobriga* son dos nombres del todo separados, no meras alteraciones dialectales o falsas interpretaciones; ambas especies de nombres se hallan en los mismos pueblos, una junto a otra, así en el territorio de los galaicos *Iris Flavia* y *Coeliobriga* junto a otras, que acaban en *briga*. Además nunca se muestran las formas pura y netamente vascas *Calaguris*, *Graccuris*, *Lacuris*, según lo que yo conozco, fuera de la Península Ibérica, aunque parezcan coincidir algunos pocos nombres con *iris* y *uria*. En cambio no se encuentra *briga*, como opina Astarloa, solamente en *Samarobriva* y *Artobriga*, sino también en otros sitios de Galia, Britannia, en el Danubio meridional y, si se tiene *bria* por la misma palabra, hasta en la Tracia. Pero en la Península misma ocupa *briga* sólo un determinado territorio. Le tengo, por tanto, decididamente por sonido no indígena ibérico. Lo único, que se ha aducido con alguna apariencia de razón para ello, que las composiciones con esta palabra, en relación al espacio, son mucho más frecuentes en España, que en otra parte, puede también explicarse, como será más abajo, de otra manera. De la calidad de las palabras con terminación *briga* no se puede sacar ninguna conclusión, pues tanto pueden ser nombres romanos y palabras compuestas con ellos, como también ser vascas; como que pueblos extraños muy amenudo mantienen en parte nombres, allí hallados, en los nuevos, de ellos procedentes.

26.

Nombres de lugares en Aquitania.

No obstante, antes de dedicarme a las derivaciones de *briga* a partir de otros idiomas, es ocasión ahora, cuando la investigación nos lleva por sí misma fuera de los límites de la Península, de comparar los nombres de lugares primeramente en las tierras fronterizas y después los de tierras más lejanas con los nombres españoles. Por de pronto, como en lo anterior, me limitare a la impresión, que

hace la igualdad o decisiva semejanza de los sonidos, sin dejarme conducir por los testimonios de los antiguos acerca de las emigraciones de los pueblos, o las opiniones de los modernos, pues desearía someter a la consideración de los últimos más bien nuevos hechos de este territorio. Empiezo por Aquitania. Que esta parte de Galia era únicamente una continuación de la residencia ibérica, se confirma también por la comparación de los nombres. Para justificación de esta opinión pueden servir los siguientes:

Calagorris (*Itin. Anton.* p. 457.) en Hieronymus, que lo compara precisamente con el español.

Los *Vasates* y *Basabocates* de *basoa*, bosque.

Iluro, como la ciudad del mismo nombre en los cosetanos (15.)

Bigorra de *bi*, dos, y *gora*, alto, los *Garites* (*), de *gara*, alto, los *Auscii* con su ciudad *Elimberrum* y los *Osquidates* (18.) son indiscutibles nombres vascos,

El promontorio *Curianum*, junto al cual entra en tierra el *Bassin d'Arcachon*, que se singulariza en toda la costa, comparable al *litus Coreense* (17.), de la sílaba radical *gur*, curvo, los *Bercorcatés*, de la misma estirpe, como *Bigorra* (20.) y los *Bigerriones*, igual que el ibérico *Bigerra* se pueden derivar igualmente con verosimilitud del euskera.

En cambio en las tribus verdaderamente aquitanas no aparece ningún nombre completamente peculiar de los celtas, ninguno en *dunum*, *magus*, o *vices*, como tampoco en *briga*. Los Rutenos, cuya capital se llamaba *Segodunum*, se incluyen por algunos en la provincia Narbonense y, por lo menos, no pertenecían a la Aquitania propiamente dicha (Mannert. P. 2. Cuad. I. p. 133.). *Lugdunum* estaba es verdad en esta, pero pertenecía a los *Convenae*, es decir, a una mezcla de gentes diversas del ejército de Sertorio. Pero es un fenómeno sorprendente, que el único pueblo, que habitaba la Aquitania propiamente dicha y que, según el testimonio expreso de Strabo, era celta y por tanto tampoco pertenecía a la confederación aquitana (IV. 2, 1. p. 190.), los *Bituriges*, llevasen un nombre del todo vasco y, con excepción de la terminación, aparezca en 105 mismos vascos peninsulares. Compárese *Bituris* (15.). Veremos, es verdad,

(*) De la misma raíz deriva el nombre de los *Garoceli*, que se lee en César (de *bello Gall.* I. 10.), antes de que los hubiera alterado en *Grajoceli*, sólo porque, al parecer, habitaba este pueblo en los Alpes Grajos (**). Sin embargo, también Reichard conserva en su mapa de Galia *Grajoceli*.

(**) N. del T.— Véase mi nota en el cap. § 17.

en lo siguiente que los nombres, que derivan de la palabra, que en euskera y celta significa agua, en Galia y España sólo se distinguen por la *d* añadida, que quizás también, aunque rara vez, como en el río *Aturis* (Ptol. II. 7. p. 49.), pasaba a *t* (*). Así pues el nombre, como de un pueblo celta, no habría que calificar de singular. Sólo que toda la formación es innegablemente vasca y, sin embargo, no es probable, aunque también el lugar debería haberse llamado así ya antes de la inmigración, que haya tomado de él un nombre extraño. Las sílabas terminales *riges* se hallan en los igualmente celtas *Caturiges* en los altos Alpes entre Galia e Italia, que antes estaban ocupados por iberos.

27.

Nombres de lugares de la costa meridional de Galia.

En la Galia Narbonense en la costa había, según testimonios de los escritores, restos de pueblos ibéricos, que antes habitaban allí mezclados con ligures. De nombre con sonido decididamente ibérico sólo hallo, sin embargo, *Illiberis* de los *Bebryces*, y *Vasio* de los Vocontios. Que Dea de los vocontios, si realmente repite en *Deobriga*, nombre céltico en España, no es ibérico en Galia, sin embargo, lo he dicho ya en lo anterior (23.). Los *Bebryces* explica Mannert (P. 2. Cuad. 1. p. 57.) como un pueblo de origen ibérico, pero en otro pasaje (p. 60.) dice esto sólo como verosímil. Expresamente no lo dice ningún antiguo escritor, según lo que yo conozco, y a juzgar por el sonido, más bien se había de creer, que este pueblo haya solamente inmigrado a país ibérico. Los *Bebryces* recuerdan a los *Briges*, y con ellos puede emparentarse la terminación del nombre *Allo-broges* (en Stephanus Byzantinus *Allobryges* y, como él dice, con más frecuencia, sobre todo en escritores griegos, *Allobriges*). Pero de estos se dice en el escoliasta de Juvenal (*ad sat.* 8. v. 234.), que son celtas y significa *tierra de labor, región*.

(*) Mannert dice (P. 2. Cuad. 1. p. 116.) que en Ausonius estaba *Adurus*. Pero en las ediciones que yo he hojeado no encuentro anotada esta variante, aunque sí (*Parent.* IV. II. *Mosella.* 468.) por causa del metro *Aturru*.

28.

Nombres de lugares del resto de Galia.

En el resto de Galia se siente, al repasar los nombres, que se entra en otro idioma. Nos ayudarán a reconocer también en España como extraños, los que antes sólo nos presentaban dificultades para derivarlos del euskera. Es verdad que no faltan tampoco nombres, que parecen semejantes a los de la Península en sus sonidos iniciales. En las terminaciones, como en *Gelduba*, que se podría comparar con *Corduba*, *Salduba*, etc., pero cuya terminación probablemente se relaciona con los *Ubios*, a los que pertenecía la ciudad, es esto más raro. Hay *Ardyes* hacia el Ródano desde su origen hasta el lago de Ginebra, *Arialbinum* en la Germania superior, *Amemos* y *Arvii* (comp. 19.), los *Cadurci*, como los españoles *Idurci* (14.), los *caracates*, *Carasa*, *Carcaso*, *Carnutes*, *Carocotinum*, *Carpentoracte*, *Carsici*, *Corbita* (com. 20.). *Turones* (comp. 16.), etc. Pero sería un proceder erróneo el tener estos nombres por vascos, o los semejantes de España por célticos por esta razón. Está en la naturaleza de los idiomas, que las mismas sílabas, más o menos en todos, se repitan con diferente sentido. Como realmente derivados del euskera solo podrían considerarse los nombres en España por la circunstancia de que allí efectivamente se habla todavía hoy euskera y que, entre los nombres antiguos ibéricos, hay un gran número derivables de este idioma innegablemente y por su estructura toda, no por una sola sílaba. Donde esto último falta, no puede la mera semejanza y aun identidad de una sílaba inicial autorizar una presunción, si no contribuyen otras pruebas. Pero esto es aquí tan poco el caso, que apenas se encuentra, fuera de Aquitania y la costa mediterránea, un solo nombre con cuño verídicamente vasco en Galia. Los *Bituriges* los he citado arriba como excepción.

29.

Nombres de lugares de tierras habitadas por celtas. Sus terminaciones.

La peculiaridad de los nombres celtas, en todas partes donde los celtas extendieron su residencia, se muestra en las terminaciones

briga, *dunum*, *magus* y *vices*. Sin entrar aquí en la derivación de *briga*, sólo menciono esta terminación en cuanto céltica, en nombres de esta especie en Galia, Britannia, distritos de Alemania y España ocupados por celtas. Igualmente extendidos en general se hallan los nombres *Brigantium* y *Brigantes*. En España hallamos (24.) un *Brigantium* en los galaicos, y un *Brigaecium* en los astures. En Galia hay igualmente un *Brigantium* y el nombre del puerto *Brivates* pertenece también a la misma raíz. En Britannia constituyeron los *Brigantes*, de los cuales tenía su nombre la ciudad de *Isubrigantium*, no sólo el pueblo más importante, sino que el mismo nombre de pueblo se halla también en Irlanda. En el extremo oriental del lago de Constanza, en la Alemania céltica, estaba *Brigantium*, y en la orilla del Danubio en la actual Hungría *Bregetium*. Puede ser que no todos estos nombres, dispersos desde el extremo occidental de España hasta la Panonia oriental, tengan la misma etimología. La ciudad *Brigobanne* en las fuentes del Danubio parece llevar su nombre efectivamente del río *Brig*. Es también el único que yo conozco, en que precede *Brig* en un nombre compuesto. Sin embargo, entra la convicción de que un nombre, que aparece en todas partes, donde han habitado celtas, debe haberles pertenecido. Compuestos de *briga* son en Galia, si se incluyen *bria* y *briva*:

en la costa sur el nombre de los *Segobrigios*.

en la tierra incorporada por los romanos a la Aquitania propiamente dicha el de los *Nitiobrigios*.

Samarobriya, la actual Amiens.

Eburobrica (*Itin. Anton.* 361.) entre Auxerre y Troyes.

Baudobrica (*Itin. Anton.* p. 374.), *Bontobrice*, y *ad Magetobria* en la región del Rhin y el Mosela, donde ya habitaban pueblos célticos y germanos unos junto a otros, en Suiza el nombre de los *Latobrigos* o *Latobrogios*. (*Caes. de bello Gal.* I. 28. *Orosius.* VI. 7.)

En Britannia hay dos *Durobrivae*, y *Durocibrivae*.

En la Alemania céltica se halla *Artobriga*, Ratisbona.

Me he extendido más en los nombres en *briga*, porque es de decidir, si los habrían importado tribus célticas en Iberia, o ibéricas en otras tierras, o los habían dejado a su paso.

Los nombres con las terminaciones *dunum*, *durum*, *magus*, *vici* y *vices* son en parte de origen celta reconocido, en parte por lo menos nunca se han tenido por ibéricos. Sería pues inútil el enumerarlos en mera relación a los nombres de lugares antiguos ibéricos. En

total se hallan, como los en *briga*, y con frecuencia, en todas las tierras ocupadas en otro tiempo principalmente por celtas, así en Galia, Britannia y el sur de Alemania.

La terminación *dunum* no es en España del todo extraña, hay en los galaicos bracáricos un *Culadunum* (Ptol. II. 6. p. 44.), en Bética *Arialdunum* (Plin. I. 137, 17.), en los Castellanos *Sebendunum* (*) (Ptol. II. 6. p. 48.). Pero sería precipitado el tener estos nombres, todos o en parte, por ello como celtas. La cosa es al menos muy insegura. *Dun*, con el artículo *dun-a* es una terminación muy corriente de adjetivos vascos, y señala abundancia (**); así es *ardun-a*, lleno de gusanos, de *arr-a*, gusano, *elcar-dun-a*, mutuo, de *elcar*, a la vez, *erstura-dun-a*, acongojado, de *erstura*, angustia y muchos otros. También nombres de pueblos se forman así, *Eusc-ara*, la manera, idioma de los Euskos, Vaskos, *Eusc-al-dun-ac* (con alteración, de *r* en *l*), los Euskos o Vascos (18.). Esto último pudo dar de preferencia fácilmente origen a nombres de lugares. *Caladunum* puede significar en euskera una región, que es abundante en juncos (Comp. *Calaguris*. 14).

Durum hace tanto sílaba inicial, como final de nombres; así es en Galia *Durocasis* y *Dividurum*, en Britannia *Durovernum*, en Alemania *Bojodurum*, en Moesia inferior *Durostorum*, etc. En España y Portugal solamente hallo el río *Durius*, *Octodurum* (Ptol. II. 6. p. 45.) y *Ocelloduri* (17.), ambas ciudades de los vacceos. También se podría incluir aquí *Udura* (Ptol. II. 6. p. 48.) en los lacetanos; pero el último nombre no pertenece probablemente aquí y los primeros son todos del territorio de nombres en *briga*. Los nombres, en que *tur* es la sílaba principal, y que yo en la mayor parte he derivado de *iturria*, la fuente (16.), no los traigo aquí, porque en este *durum* no parece haber sido el sonido fuerte transformado en suave (***) . Pues en tantos nombres de esta especie no aparece, en lo que yo he visto, esta alteración, y la sílaba *tur*, tan frecuente en

(*) Cellarius (I. p. 117.) hace de aquí *Besen* o *Beseldunum* y compara el lugar con el actual Besalú, alegando a Ptolomeo. En la edición de Bert no se nota tal variante. En monedas diría el nombre, según Sestini (descr. *delle med. Isp. nel Mus. Hederv.* p. 164.), pero en escritura celtibérica, *Subendunum*.

(**) N. del T.— No quiere decir propiamente abundante, sino «que tiene» y por esto, como dice Azkue en su diccionario, «su construcción no es la de los adjetivos, los cuales se ponen todos y siempre después del nombre con que concuerdan; el adjetivo verbal derivado de *dun* debe colocarse antes del nombre».

(***) Que *Aturis* haga excepción (26.), es todavía muy dudoso.

nombres de lugares españoles, es relativamente rara en las tierras ocupadas por celtas. Es en general muy de notar con qué persistencia se mantienen algunas letras inalterables por muchos siglos, aun en casos en que la transformación sería en cierto modo indiferente y esto demuestra, cuán estrechamente ligados están con los órganos, imaginación y manera de pensar de las naciones, los más pequeños y al parecer insignificantes elementos del lenguaje. El *Durius*, hoy Duero, pudo desechar su consonante inicial, o transformarla en el sonido duro, y el sentido del nombre, como de una cantidad de agua permaneció siempre el mismo. Apesar de ello se mantuvo la primitiva *d* (que probablemente no pertenece al sonido radical) (*) en medio de un país, donde las otras formas eran dominantes. Astarloa (Apol. 250-252.) muestra de un modo, que no despierta ninguna sospecha de explicación arbitraria, que en muchos nombres vascos la *d* se antepone a la vocal sin alteración de significado. Sin embargo, me parece que no está acertado, cuando explica *durum* por el vasco *ura*. El *dwr* o *dour* de los idiomas célticos (agua) puede ser primitivamente la misma palabra, no sólo con el vasco *ura*, sino también con el sonido fundamental de $\upsilon\delta\omega\rho$. Sólo que se traería únicamente confusión a las investigaciones lingüísticas, si no se procediera por grados hacia atrás y ante todo se tuviera a la vista, en qué son resueltamente diferentes entre sí los idiomas de origen común. Pero que tal diferencia en el vasco *ura* y el celta *dwr* existe en realidad, demuestra la circunstancia de que los nombres ibéricos permanecen iguales en aquel (aun cuando se acepte la opinión de Astarloa con pocas excepciones), los celtas en éste. No puedo, por tanto, tener a *Durius*, *Ocelloduri*, *Octodurum* por alteraciones casuales de antiguos nombres ibéricos, sino sólo por célticos, aportados por celtas inmigrados.

Nombres con *magus* no hay en la Península Ibérica y lo mismo se puede decir de los terminados en *vici* y *vices*. *Ergavica* (Ptol. II. 6. p. 46.) pertenecía a los celtíberos, sólo que en Livius (XL. 50.) se le nombra *Ergravia*. También se presenta como lugar de los vascos en Ptolomeo (l. c. p. 48.), quien menciona allí mismo otra

(*) Según Lhuyd (*Archaeol. Brit.* p. 288 col. 3.) aún se halla la antigua sílaba radical *uy* en nombres de ríos en Gales. El punto bajo la *u* indica que la *u* es larga y delante de la *y* hace sílaba por sí. Owen (*Lex. h. v.*) deriva *dwr* de *wr*. Sigue en esto el sistema arriba mencionado (4) de la derivación de las palabras de sílabas primitivas con sentido general. *Wr* designa el estado de ser *encima*, *por encima*, *junto a* (*of being on, over, or at*).

ciudad del mismo nombre en forma aún mas sencilla, *Erga*. El sonido propiamente indígena es pues *Erga* y *Ergavi* y *ca* es solo la terminación romana (*).

83.

Indagación de algunos nombres célticos entre los de Iberia.

Por el mismo camino que hemos emprendido aquí con sílabas, que forman clases enteras de nombres, se pueden descubrir también otros elementos extraños entre los antiguos nombres ibéricos.

Nombraré aquí primero *Ebora* o *Ebura*. Este nombre se presenta varias veces en España, en la costa de la Bética (Mela. III. 1, 4.), en los túrdulos más adentro (**) (Ptol. II. 4. p. 39.), en los edetanos (Ptol. II. 6. p. 47.), en los carpetanos (*Aebura*. Livius XL. 30. y el mapa de Reichard), en los lusitanos (Plin. I. 229, 10.), en el pueblo céltico de los presamarcos (Mela. III. 1, 8.). Además había aún los lugares ya mencionados arriba *Ripepora* (10.) igualmente en Bética, y *Eburobritium* (24.) en los lusitanos. El nombre era, pues, frecuente en España y no limitado a un solo distrito. Pero, como los nombres en *briga* y *dunum*, se le puede también seguir fuera de España en todas las regiones habitadas principalmente por celtas. En Galia se hallan *Eburobrica* (*Itin. Anton.* p. 361.), *Eburodunum* (l. c. 342.) en la costa sur hacia Italia, los *Aulerici Eburovices* (Plin. I. 225, 7.) en la actual Normandía; en Britannia el conocido *Eborucum* o *Eburacum*; en el sur de Alemania otro *Eburodunum* (Mannert. III. 471.) en Austria; en la Hungría superior *Eburum* (l. c. p. 467.). Los *Eburones* son, es verdad, también un pueblo germano (*Caes. de bello Gal.* II. 4.), pero esto no puede demostrar contra el origen céltico del nombre, pues habitaban a la orilla izquierda del Rhin, cerca de los Trevires, y así en medio de celtas; este nombre quizás tampoco era el que ellos se daban a sí mismos, sino el que les aplicaban los galos, de los que lo oyó Cesar. En todo caso es claro, sin embargo, por lo dicho, que no, puede ser

(*) N. del T.— La terminación puede ser *ica*, que es vasca. Por otra parte véase *Ergobia* entre Ernani y Astigarraga.

(**) Según la traducción de Strabo (P. I. p. 396. nt. I.) podían ser estas dos ciudades una misma. En el mapa de Reichard está, sin embargo, la una en la costa y la otra en territorio de los túrdulos junto al Baetis.

ibérico. Si los *Eburini* (Plin. I. 165, 17.) en Lucania pertenecen también aquí, es dudoso, pues estaban fuera de los distritos, en que conocemos históricamente inmigraciones célticas. También de un galo, que llevaba el nombre *Eporedirix*, se hace mención en Caesar (de *bello Gal.* VII. 38.) (*).

El nombre de los *Segobrigios*, subsiguientes *Commones* (Ptol. II. 10. p. 55. Mannert. II. T. 1. p. 81.) en la costa sur de Galia, es el mismo, que el de la ciudad *Segobriga* (23.). Todo coincide aquí, no sólo en la ultima, sino también en la primera parte de este nombre para tenerlo por céltico y no por ibérico. La ciudad pertenece a los celtíberos y, aunque también en la costa gala del Mediterráneo habitaban tribus iberas, Justinus (XLIII. 4.) tuvo a los Segobrigios por galos. Hemos visto también arriba (20.) que en general los nombres, que empiezan con Sc, pero sobre todo los en *Seg*, parecen tener poco parentesco con raíces vascas. Todos estos nombres, arriba referidos, se presentan dentro del territorio (23.) de los que acaban en *briga*, la mayoría en los celtíberos mismos. Entre los pueblos célticos son estos nombres muy frecuentes; así se halla *Segodunum* (del todo idéntico con *Segobriga*) en Galia, es verdad que cerca de la Aquitania propiamente dicha, pero no en ella, y en el sur de Alemania junto al Main, además con mera alteración de la *o* en *e* (**)
Segedunum en Britannia (Camden: *Britannia* 858. *Cellarii not. orb. ant.* I. 346. en Mannert. II. 2. p. 124 y en Reichard erróneamente *Sagedunum*), *Segontia* en Britannia, exactamente como el

(*) Davies (*Celtic researches*, p. 207) explica las dos primeras sílabas de *Ebodurum* por lodo (*mud*), así que el total querría decir sitio del agua sucia, estancada. En *Ebora* no podría aplicarse esta etimología. No hallo ni una vez en Lhuyd las palabras irlandesas *eban*, *eab* a que se refiere. El nombre de la ciudad *Bora*, de las monedas, en situación desconocida (Florez *Medallas*. III. 17.) no parece conexionarse con *Ebora*.

(**) Camden pone *Segedunum* en el sitio de *Seghill* (pero Mannert II. cuad. 2. p. 124. 126. lo tiene, al parecer, por erróneo) y añade que *Segedunum* quiere decir en bretón lo mismo que en inglés *seg*. Pero esta palabra inglesa anticuada para *sedge*, planta acuática, junco, es de origen sajón (bajo sajón *Segge*) (***) y se apropia además poco para raíz de nombres de lugar frecuentes. Löscher (*literator Celta* p. 40.) nota también que los nombres de estos lugares son de origen celta. Sin embargo, su derivación del alemán *Sieg* es del todo insostenible, pues esta palabra no es céltica, sino de origen germano. Estoy muy lejos de atreverme a etimologías del idioma de Gales, que no me es bastante conocido; pero *seg* quiere decir en este *inaccessible*, lo que se acomoda muy bien a residencias, en que la fortificación era el motivo principal.

(***) N. del T.— Los diccionarios no traducen estas palabras por junco, sino por *Sparganium* o sea la platanaria, aunque también por *Carex*, que a veces se llaman juncos.— En España hay toponimia *Juncal* y véanse las toponimias vascas en *Ira*.

español y otros lugares allí mismo, y en Galia, que quien quiera hallará fácilmente. Menciono únicamente la ciudad *Segestica* de los panonios. El mismo nombre se halla en España. Los panonios eran un pueblo ilirio, pero si se comparan todos los otros nombres semejantes, es más natural admitir, que los panonios encontraron ya nombrado el lugar, antes de venir a él, que renunciar a la analogía, que hay en todos los de esta especie y querer tenerle por no céltico.

He manifestado ya arriba (20.) dudas contra la derivación ensayada por Astarloa del nombre de la ciudad celtibérica *Mediolum* a partir del euskera *mendia*, montaña. Apenas se puede desconocer en realidad que es céltico. En Galia había dos *Mediolanum*, en los *santones*, y en los *aulerci eburovices*; los galos emigrados ya muy temprano a Italia dieron a su nueva ciudad, allí erigida, el mismo nombre (Mannert. P. 2. T. 1. p. 22.). También en Britannia y en Alemania, pero probablemente de origen galo (Mannert. III. 454.) había un *Mediolanum* o *Mediolanium*, pues el nombre cambia. A la misma raíz que éste cabe incorporar también el monte *Medullius* de los galaicos, que recuerda a los *Medulli*, pueblo galo de la costa meridional de oriente y notar que la montaña y la ciudad estaban en las regiones, donde se hallan también los nombres en *briga*.

En estos conocemos *Nemetobriga* (23.) y los *nemetates* (Ptol. II. 6. p. 44.). También estos nombres parecen celtas, si se los compara con los completamente semejantes en Galia: *Augustonemetum* en la actual Auvergne, *Nemetacum* y *Nemetocenna* (si no es esto meramente otro nombre del mismo lugar). El nombre de los *nemetes* en Germania superior puede ser el mismo, aunque este era un pueblo germano, emigrado a la Galia. Bullet (I. 71. (1) deriva *Augustonemetum* de *nemet*, según él: templo, lugar sagrado y realmente quiere decir *naomhtha* en irlandés (Lhuyd. h. v.) sagrado. El antiguo nombre de Nismes, *Nemausus*, parece del mismo origen (*).

(I) Bullet: Mémoires sur la langue celtique. Apareció en Besancon 1754-70.

(*) El admirable empeño de Bullet, de reunir diferentes idiomas en un diccionario, lo estimó ya Schlözer (Allgem. Welthist. XXXI. 340. nt. N.) debidamente. Pero le debió parecer a Schlözer aún mas aventurado, pues él presupone una diferencia mucho mayor, que lo que en realidad es, entre el galo y el idioma por él llamado *kymri*. Una falta de Bullet aún mayor, que todo este plan de su obra, es su inseguridad en las palabras que yo he notado por lo menos en el euskera. Ello reacciona naturalmente sobre sus etimologías. Así deriva (I. 409.) *Astura* de una

El nombre del pueblo celtibero de los *Berones* puede relacionarse con la palabra aún hoy usada en Gales *ber*, pica, lanza (Owen), que también es corriente en la baja Bretagne, donde aún hay otra emparentada *bîr*, flecha (Le Pelletier). No podría, según esto, tener la palabra *berones* en Hirtius (*de bello Alexandr.* 53.), ni por el nombre de pueblo, ni, dado que todos los códices según Oudendorp concuerdan en ello, por una falsa variante. Era incuestionablemente una expresión céltica para armados, y el origen del nombre del pueblo (*).

El nombre de los *suessetanos*; para explicarlo como céltico, no podría ser bastante el compararlo con el de los *suessiones* en Galia. De Italia, donde se repite el mismo sonido, se tratara después.

Sobre *Amba* v. 21.

Si se puede tener con Mannert (III. 655.) *mina* por terminación céltica, se debe mencionar aquí también la ciudad de los galaicos *Talamina* (Ptol. II. 6. p. 44.), cuyas sílabas iniciales están, en otro nombre de ciudad lusitana, *Talabriga* unidas con *briga*.

palabra céltica *stur*, río, y corta el nombre de un modo completamente erróneo. De *Sura* se hablará más adelante (32.). Solo que, si realmente se hubiera llamado en celta a un río *stur*, esta palabra nada tiene que ver por lo menos con el nombre español *Astures*, etc. En otros casos se expresa por lo menos con no bastante exactitud. En un río de los Pirineos, la Cava, dice él *Cav, nom appellatif de rivière, devenü propre de celle ci*. De aquí habría que concluir, que aun hoy en euskera habría una palabra *cav*, río, o que se conocería como ya perdida; pero no este el caso. La cosa es meramente, que varios arroyos de los Pirineos franceses se llaman *gave* y se diferencian por los lugares, junto a los que pasan y que se ve, en todo caso, que un apelativo se ha convertido en nombre propio. Este apelativo no es, sin embargo, necesariamente uno, que signifique río. Si se compara más bien la sílaba radical *gav* con *cavus*, $\chi\omicron\tau\lambda\omicron\varsigma$, hueco, se ve que su primitivo sentido es el de oquedad, grieta, brecha. Con esto concuerdan también las palabras vascas, derivadas metafóricamente, *gabenda*, falta, imperfección, *gabe*, sin, y terminación negativa, y *gaua* o *gaba*, noche. Sólo de esta manera se aplica la sílaba a la cuenca del río, como una concavidad, grieta en la peña, o el suelo, y en verdad, como arriba se dijo, sólo en nombres y sólo en país vasco francés. Me refiero a Bullet, por tanto, sólo allí, donde le hallo confirmado por fiadores más seguros. Por este motivo, no se mencionará más abajo su derivación de algunos nombres que empiezan con *Vin* y *Vind*, de una palabra escocesa *Bin* o *Vin*, colina.

(*) El nombre de los celtiberos *Arevaci* puede también parecer céltico, si se compara su terminación con la del nombre de los galos *Bellovaci* (Caes. de *bello Gal.* II. 4.) y se añade que las sílabas iniciales del último recuerdan otra tribu celtibérica, los *Belli*. Sólo que Erro (*Alf. prim.* 194-196.) muestra muy atinadamente, que las tres primeras sílabas del nombre (*areva* o *areba*), procediendo de las palabras vascas *area* y *ba*, profunda extensión, significan llanura baja y esta derivación se confirma por el testimonio de Plinio (I. 140, 28.), según el cual tomó aquel pueblo su nombre del río *Areva*.

Por una gran parte del territorio, en que se hallan de un modo preferente los nombres célticos, desde los galaicos hasta los cántabros, se extendía la cadena de montañas del *Vindius* (Ptol. II. 6. p. 43.) o *Vinnius*, como la llama equivocadamente Florus (IV. 12, 49.). No lejos del extremo oriental de la misma estaba la ciudad *Vindeleja* (*Itin. Anton.* p. 454.), *Vendelia* en Ptolomeo (II. 6. p. 45.). No conozco un tercer nombre semejante en la Península. En cambio hay en Galia y Britannia diez a doce, que tienen por sílaba inicial *Vind*, y sólo son diferentes en la terminación. Esto alcanza, a mi entender, a reconocer éstos por célticos y no sé, si los fundamentos etimológicos para considerar a los *vindelic* por wendos podrían ser tan importantes, como cree Mannert (III. 526.). La analogía de los nombres galos y britanos, unida a las residencias del pueblo, hacen mucho más natural explicar éste y sus nombres como celtas. También el de los *breones* o *briones*, rama de ellos, tiene un sonido céltico y es emparentado con *Brigantium* y *Briga*. Si los fundamentos de otra clase para reconocer en los *vindelic* a wendos fueran en sí de más peso, no alcanzarían, en todo caso, a invalidar los aquí aportados para lo contrario a partir de su nombre. Otra cosa es, si como Mannert mismo parece pensar, aquellos fundamentos sólo deben apoyar a los etimológicos. El nombre *Vindobona*, o *Vindomina* aparece según esto como completamente céltico, y la desaparición de la *d* en *Vianiomina* y la actual Viena no es más chocante que la alteración del monte *Vinditis* en *Vinnius* (Mannert l. c. p. 655.). El nombre actual lo tiene la ciudad, por lo demás, del riachuelo Wien, como se nombra también en antiguos otorgamientos ciudad del Wien (*).

Sicor, el puerto galo, semejante al río español *Sicoris*, lo dejo pasar, porque nada se puede concluir con seguridad por un solo nombre.

31.

Indagación de algunos nombres vascos entre los nombres de lugar de tierras celtas.

Creo haber hecho convincente por lo anterior que, fuera de los

(*) La misma opinión sobre *Vindobona* y la misma sospecha sobre los *vindelic* manifiesta también Löscher (*literator Celta* p. 36.), añadiendo que *Vinde* significa un lugar abundante en agua.

fenicios, griegos y romanos, entre los nombres españoles de lugares, hay otros no vascos y tales que indiscutiblemente existían ya antes de la penetración de aquellas naciones civilizadas en la Península. También me parece puesto fuera de duda el origen céltico de los aducidos. Pueden darse todavía varios de la misma especie entre los pasados por alto. Una separación exacta en particular sería, no obstante, un ensayo vano y falaz. Basta traer, por tales series de ejemplos, que sean exigibles, una prueba por inducción para fundamentar las conclusiones oportunas. Pero ahora debe la misma comparación de nombres extranjeros responder también a la cuestión de si entre éstos se hallan innegablemente vascos? De Galia hemos visto lo contrario ya anteriormente (28.). En Britannia y las regiones meridionales del Danubio se presentan algunos nombres españoles, cuyo origen ibérico no puede ponerse en duda, como semejantes o idénticos. Pongo, para investigación completamente imparcial, todos los que he hallado de esta especie, y omito sólo aquellos en que la semejanza sólo está en alguna sílaba y sobre los que me he explicado circunstancialmente en el § 28.

En Britannia es de comparar el río *Ilas* (Ptol. II. 3. p. 35, donde *Ιλας es genitivo) con *Ula* (14.), *Isca* con *Osca* (18.), *Isurium* con la española *Esuris* (14.) y, a causa de la terminación completamente igual, con *Verurium* y *Solurius* monte (15.), el promontorio *Ocelum* u *Ocellum* con el *Ocellum* de los vetones y el *Ocelum* de los galaicos y otros nombres semejantes (17.) en España, pero que todos aparecen sólo en regiones, que tienen mucho de céltico por otra parte, y que sólo menciono aquí, porque hay, sin embargo, un vestigio vasco en su *o* inicial.

En las regiones danubianas se halla el completamente vasco *Astura* en el límite entre Noricum y Pannonia, el río *Carpis* (Mannert. III. 510.), por no mencionar el pueblo de los *carpi*, sobre cuya ascendencia domina la incertidumbre (l. c. 397.), y aún más a oriente *Urbale* y el río *Urpanus*.

Menciono aquí también los *berunenses* en Rhaetia. *Beruna* quiere decir en euskera *plomo*. Compárese lo arriba dicho (23.) sobre *Medobriga*. Hago notar a propósito de esto, que yo siempre tendría en muy poco las derivaciones donde el nombre antiguo coincide completamente con una palabra actual. Esto es ciertamente la mayor parte de las veces sólo un juego de la casualidad. Lo natural es, que sólo se mantengan los sonidos radicales. Solamente pueden no incluirse en ello tales casos en que, como en *iria*, *ura* y

otros, la palabra actual casi sólo consta del puro sonido radical.

Algunas de las semejanzas de nombre aquí aducidas, como p. ej. las de *Astura*, son en todo caso muy chocantes. Sólo que, a mi entender, no pueden justificar la opinión de que los vascos hubiesen ocupado o atravesado estas regiones. Se hallan también en tierras mucho más lejanas. Así hay un lugar *Bituris* en Asiria, un río *Deba* en Mesopotamia y otros nombres más, que concuerdan con los españoles. Menciono aquí estas semejanzas adrede, porque se podría sacar de ellas un argumento contra toda clase de investigación, como la actual y pensar que, pues en tantos sitios aparecen nombres de sonidos semejantes, de ello nada se puede deducir en general, y toda comparación de nombres de lugares queda estéril e inútil. Tal razonamiento sería manifiestamente erróneo. Si se repasan primero con atención todos los nombres de lugar españoles y se reúnen geográficamente aquellos distritos, en que se hallan los indígenas puros, o mezclados con otros; se ensaya luego lo mismo con los galos; le penetra a uno el sentimiento de que se tiene ante sí las residencias de diferentes tribus. Sonidos tan decididamente vascos y nombres tan fáciles y sin violencia para etimologizarlos del euskera, como los que he recopilado en los §§ 13-17., no los ofrece ni Galia, ni Britannia, ni el distrito del Danubio meridional, por mencionar sólo estas tierras, y asegurar por de pronto una diferencia entre nombres ibéricos y célticos. Se hace sensible esto en particular por la investigación de los nombres de la intermedia Aquitania, que se reconoce, aun siendo una parte de Galia, como completamente diferente del resto. Aunque se presente también en otras tierras uno que otro nombres disperso, que sea semejante a los ibéricos, es decir, vascos, no nos pueden desviar éstos de aquella impresión total. Pueden haberse originado por causas tan diversas, que en absoluto ninguna conclusión segura se puede sacar de ellos. Con frecuencia su semejanza es sólo aparente, también nombres completamente idénticos como *Bergium* en Alemania (Bamberg) y *Vergium* o *Bergium* de los ilergetes, pueden tener raíces diferentes y las tienen con mucha probabilidad. En idiomas muy distantes entre sí se hallan sílabas radicales semejantes como el euskera *gora*, el polaco *gòra* (pronunciado *gura*), el sánscrito *giri* alto, monte. La semejanza de los nombres de ello derivados nada demuestra de la igualdad de las naciones. Pueden también algunas circunstancias, casualidades del todo particulares, sin movimiento o mezcla de pueblos, transferir un nombre aislado a regiones distantes. Se

ha de distinguir siempre en la historia aquello, que es consecuencia de la naturaleza humana en general, sus necesidades e inclinaciones, y las relaciones de lugar igualmente generales, y aquello que se sigue de la resolución, el arbitrio, y la habilidad del individuo. Sólo sobre esta doble base se puede perseguir la trama de la historia universal hilo a hilo e indagar los vestigios de las fuerzas creadoras en ella. Además no se puede aquí olvidar la naturaleza particular de los nombres, sobre todo los de ciudades, o si esta palabra suena como demasiado distinguida, de residencias o asientos dispuestos para habitación permanente y segura (*). La fundación y la denominación de tales residencias no era, ni indiferente, ni fácil, correspondía ya a un grado. de cultura, se seguía analogía y, como se había aprendido de otros la edificación de las casas y la fortificación de los muros, así también se hacía con los nombres. En estos, por su mayor parte, se engarzaba una palabra general, como residencia, ciudad u otra semejante, y en un cierto ámbito se la usaba, pues el ser humano siempre sigue la analogía, de buen grado la misma. También aquí se hallan por lo general nombres semejantes a modo de grupo p. ej. en Alemania en una región terminados muchos en *heim*, en otra en *leben*, etc. Agrupaciones de pueblos dispersados, familias y aun individuos denominan también la nueva residencia conforme a la antigua alejada. Se puede explicar bien, por tanto, cómo algunos nombres vascos habían podido llegar efectivamente a regiones lejanas. En cambio se ve también, cómo era posible, que de terminaciones igualmente célticas, *briga* y *magus*, la última no se haya hallado en España y la primera sí con frecuencia y casi exclusivamente. No se necesita para esto, aunque también fuera imaginable, que estas terminaciones se tengan por diferencias dialectales. Por ultimo hay que considerar, que las emigraciones de los pueblos han tenido épocas muy diferentes. De cada una pueden haber quedado también vestigios en nombres locales. Pero el investigador de historia sólo puede seguir los patentes, que se muestran con frecuencia, no los del todo aislados. Ahora bien, en el tiempo de que proceden los antiguos nombres de lugar ibéricos, que encontraron los griegos y romanos, los iberos habitaban España mez-

(*) Compárese la descripción, que hace Strabo (IV. 5. 2. p. 200.) de las ciudades (πολεις) de los britanos. Eran meros claros de bosque, rodeados de estacadas y en que había chozas y establos. Las ciudades galas e ibéricas eran, sin embargo, de otra manera y en su mayor parte amuralladas.

clados con celtas; pero es claro por los nombres de lugar, que en este mismo tiempo o poco antes, a la inversa, los iberos no poseían o atravesaban el norte de la Galia y los países danubianos. No obstante, esto no estorba para que los iberos hubiesen podido hacer emigraciones anteriores, de las que han quedado señales aisladas. De un modo análogo se hallan vestigios de seres vivientes en diferentes estratos terrestres, sólo que los estratos, que la historia puede rebuscar, no son tan conocidamente distintos. Pero en tanto que los caracteres, como aquí, estén demasiado aislados, es más juicioso el inhibirse de interpretaciones demasiado fácilmente erróneas.

32.

Nombres vascos en Italia.

Hasta ahora he apartado de la investigación a Italia, porque este país exige otro tratamiento. Si bien aparecen en él nombres célticos, como *Mediolanum* (30.), los dos ríos afluentes del Po llamados *Duriae* (Plin. I. 173, 8.) *Segesta* Tiguliorum (Plin. I. 150, 2.) en Liguria, etc., pertenecen casi exclusivamente a las provincias, que en realidad habían sido ocupadas por galos y de ellos tenían el nombre. Sin embargo, también parecen serles extrañas las conocidas terminaciones célticas *briga*, *dunum* y *vices*. *Magus* se halla en el antiguo nombre de la ciudad ligur *Industria*, *Bodincomagum* (Plin. I. 174, 5.). Se le había aplicado por su situación junto al Padus, que los ligures, en su idioma, nombraban *Bodincus* (Polybius. II. 16, 12. Βοδεγγχος), sin suelo. Plinio distingue en este lugar el idioma ligur del galo. A éste pertenecía el nombre *Padus*, que parece haberse derivado de los abetos (*) de su ribera. *Bodincus* recuerda el alemán *Boden* y el *Bodensee* (lago de Constanza), así como palabras de otros idiomas, que se relacionan con aquella alemana. Profundidad y suelo son ideas cercanas, como el griego βυθος y πυθμην lo muestran y así pasan muy bien los apelativos correspondientes a las denominaciones de ríos y lagos.

No se puede, por tanto, tratar a Italia como a aquellas regiones, en que los nombres célticos habían de ser los dominantes. Faltan

(*) N. del T.— Véase la nota * de la pág. 46 del § 17.

aún todavía todos los signos seguros, por los que los nombres itálicos verdaderamente antiguos e indígenas, que sin duda están todavía ocultos entre los existentes, pudieran reunirse como pertenecientes a un gran pueblo. Ninguno de los idiomas indígenas anteriores está en uso viviente, y los monumentos escritos, entremezclados ya con griego y latín, aguardan todavía la elaboración. que hiciera posible el extraer de ellos resultados seguros de esta especie. Los dos países, que en la antigüedad poseían el idioma más cultivado y la literatura mas floreciente, Grecia e Italia, participan del hado, de que domine sobre sus anteriores habitantes mucho mayor incertidumbre, que sobre los ocupados por bárbaros y esto es una consecuencia natural de sus mismos idiomas cultivados que, todo lo que no podía refundirse con ellos, lo oscurecían y llevaban al olvido. Como Italia misma de este modo no ofrece ningún punto de apoyo firme, no pueden sus nombres de lugares usarse como los célticos para reconocer por ellos los extraños en la Península hispánica. Nos tendremos que contentar mas bien con entresacar aquellos, que tengan una semejanza llamativa con los reconocidos como verdaderamente ibéricos y vascos. Me limito meramente a la declaración de este parecido, sin pensar por hoy en posibles consecuencias, a pasar de conjeturas presupuestas a la investigación de los nombres.

(Continuará)

Examen de las investigaciones sobre las aborígenes de España mediante la lengua vasca

P O R

GUILLERMO DE HUMBOLDT

Traducción directa del alemán (2.ª edición) por Telesforo de Aranzadi

(CONTINUACIÓN)

Iria (Plin. I. 150, 6.) en los taurinos (Mannert. III. 487.) recuerda la palabra vasca ciudad, e *Iria* Flavia de los galaicos. Pero como Ptolomeo (II. 6. p. 44.) escribe la ciudad española $\text{I}\rho\tau\alpha$, la itálica $\text{E}\rho\tau\alpha$ (III. 1. p. 71.), parece la vocal inicial de ésta haber tenido pronunciación mezclada con la e, lo que dió motivo para expresar algunas sílabas en latín, primero por *ei* y luego por una *i* larga. Esto hace dudosa la derivación.

Los *ilienses* en Cerdeña. Deben de haber sido troyanos, y su nombre proceder de Ilium; descontado, con todo, que todas las narraciones de esta especie están expuestas a grandes dudas, es cierto que en tiempo de Pausanias (X. 17, 4.) este pueblo habitaba la montaña y en nada se distinguía, por la indumentaria y género de vida, de los que Pausanias llama libios. En ellos mismos, que vivían como bárbaros, no podía hallarse ningún vestigio del origen troyano y es, más bien, muy verosímil, que sólo su nombre condujo a esta conjetura, y qué se inventó de aquí la leyenda de que sus antepasados, compañeros de Eneas, desviados por vientos contrarios, y el pueblo mas tarde, huyendo de los libios (cuyo género de

vida, sin embargo, deben de haber adoptado) a la montaña, se asentaron tras de riscos y despeñaderos impracticables. Que los ilienses habrían sido semejantes a los libios también en el aspecto (ταζ μορφοζ), es aún más contradictorio, si no se entiende la expresión por el exterior resultante del traje, armas y porte. Ya por otros motivos se ha tenido a los *ilienses* por una mala interpretación de *jolaenses* (VV. DD. *ad Melan.* II. 7, 19). Pero es mucho más verosímil que se encontrase allí con este nombre un pueblo montañés bárbaro, como habitante primitivo, o muy temprano inmigrado. De este modo es más explicable su porfiada resistencia contra los romanos, en tal grado que Livius les nombra (XL. 34.) *gentem ne nunc quidem omni parte pacatam*. Si su nombre fuera vasco se llamaría su residencia fortificada *Iria* o *Ilia* y ellos mismos entre griegos y romanos Ιλιεις e *Ilienses*. Que los iberos inmigraron en Cerdeña dice expresamente Pausanias (1. c.), así como que fundaron primeramente una ciudad en la isla. Sólo menciona el nombre: Nora, y el caudillo ibérico *Norax*, que no me parecen tener ninguna radical vasca (Ritter: Vorhalle. 356.)

Uria (Plin. I. 167, 4.) en Apulia concuerda con la palabra vasca *uria* y la ciudad *Urium* de los túrdulos (14.). Ptolomeo tiene en verdad *Hyrium*, pero es dudoso, si se trata del mismo lugar.

Nombres, que se puedan considerar derivados del ahora aducido o de ura, agua (15.), son los siguientes: *Urba* Salovia en los picenes (Ptol. III. 1. p. 72, la lectura es dudosa, pero no en la sílaba, que aquí interesa), *Urbinum*, lugar de dos aguas (15.), *Urcinium* (Ptol. III. 2. p. 75) en Córcega, homófono de *Urce* de los bastetanos; el islote *Urgo* (Plin. I. 159, 23, pero en Steph. Byz. Orgo) entre Corcega y Etruria, concordante con *Urgao* en la Bética; los *ursentini* (Plin. I. 166, 1.) en Lucania, como *Urso*, *Ursao* en la Bética; quizás *Agurium* (Ptol. III. 4. p. 79.) en Sicilia, pero no hay ningún nombre del todo semejante en España. Pues *Agiria* en el *Itin. Anton.* (p. 447.) es demasiado incierto, ya que también se lee *Argiria* y no se nombra en otra parte el lugar.

Astura (Plin. I. 152, 16.), río e isla junto a Antium. Festus nombra el río *Stura* y añade: *flumen quod quidam Asturam vocant*. Esto hace muy dudoso, si la a pertenecía desde un principio a la palabra y sólo con el tiempo se perdió, o como muchas veces era un mero accidente de la pronunciación. En España no permite la analogía de muchos otros lugares, en parte actuales y vascos, así como el sistema de formación del idioma, ninguna otra etimología, que la

arriba (13.) expuesta. En Italia puede haberse formado la misma palabra de otro modo y de otro idioma y en realidad no he hallado, cuando yo mismo estuve en el sitio, ningún vestigio de peña junto a la torre, que hoy se llama Astura. En toda la ribera desde allí hasta Nettuno (Antium) es llana y arenosa.

Asta en el interior de Liguria (Plin. I. 150, 8.), como la palabra vasca para peña, y *Asta* de los turdetanos. Fuera de esto no hallo ningún nombre derivado de esta raíz, de la que hay varios (13.) en la antigua España, y muchísimos en la actual. No se ha de olvidar, con todo, en este nombre, que también puede derivar del griego $\alpha\sigma\tau\upsilon$, $\alpha\sigma\tau\upsilon\rho\nu\omicron\nu$ (Astura). La posibilidad de la derivación de palabras griegas de sonido semejante se debe tener presente en toda etimologización de nombres itálicos.

Los oscos no pueden reunirse con la hispánica *Osca* y otras ciudades del mismo nombre, pues a sí mismos se llamaban *Opici*, de donde se hizo *Opsci* y por tanto la *s* no pertenece a la raíz. Aún menos pueden contarse aquí los *Volsci*, cuyo nombre parece proceder de otra raíz completamente distinta (*).

Los *ausones* recuerdan, sin duda, a la española *Ausa* y los *ause-tanos*; pero si su nombre fuera emparentado con el de los *aurunci*, entonces habría de tener otras raíces.

El río *Arsia* (Plin. I. 175, 19.) en Istria recuerda *Arsa* en Beturia.

Basta en Calabria (Plin. I. 166, 14.) con forma con *Basti* de los bastetanos (18.)

Los *basterbini* (Plin. I. 168, 7.), rama de los salentinos. El euskera *er-bestatu* quiere decir expatriar, cambiar su país (*erria*); de aquí y del arriba mencionado *basoa*, bosque, se pudo derivar el nombre y explicarlo, como designando emigrados del pueblo de la montaña arbolada (**). *Erbita* aparece (Diod. XIX. 6.) en Sicilia.

(*) Asiento en esto a la opinión manifestada en los Heildelberger Jahrbücher (Jahrg. g. p. 851 (1)). Las raíces de ambos nombres son evidentemente diferentes, así como también los de *Ausones* y *Aurunci*. Lanzi (III. 617.) halla también gran afinidad entre *Volsci*, *Tusci* y *Etrusci*, pero nadie le seguirá en esto. Según Niebuhr (Röm. Gesch. I. 50.) había entre *Opscus* y *Tuscus* en el antiguo idioma seguramente oposición, opinión que difícilmente se puede probar, pues no se da ningún argumento. De tan diverso modo juzgan hombres de reconocido saber acerca de los mismos nombres.

(I) Se trata de un pasaje en Schlegel: Rezension von Niebuhr: Römische Geschichte; comp. Schlegel obras compl. 12. 461.

(**) N. del T.— Aquí nada tiene que ver *basoa*, sino ímicamente *beste* (otro); *erbeste* otro país.

Biturgia (Ptol. III. 1. p. 72.) en Etruria suena casi lo mismo que *Bituris* de los váscones (14.)

Campania. Stephanus Byzantinus (v. *Καμπος Etymolog. magn.* v. *Καμπανοι*. p. 488, 39. *ed. Sylb*) deriva el nombre del de la ciudad Campus y éste de su fundador Campanus. Pero la verdadera etimología es de *campus*, campo y también los antiguos sentían ya esta conexión, como se destaca del *Etymol. magnum* (l. c. y v. *χαμπη*), donde sólo se invierte el orden de la derivación y la palabra se toma del nombre. Eustathius ad Dionysius aduce también esta etimología expresamente. Compárese también Vossius *Etymologicon h. v.* En latín, como en griego, en tanto que la voz sea también griega, parece estar su origen en Sicilia, como testifica Hesychius (v. *χαμπος*, que allí se llamaba así el coso. La denominación no provenía de la inflexión en la carrera, sino del llano, y el origen siciliano de la palabra es, por ende, notable, porque el verdadero sitio de ella parece estar en el euskera. Pues en euskera es *campoan*, fuera, opuesto de *barruan*, dentro (Larramendi Gram. 324). De esta significación derivan verbos, que quieren decir sacar, salir; como campo, llano, se usa la palabra mucho menos. La idea más primitiva del estar fuera, de lo libre, abrir, es pues en euskera. Sin embargo, parece el cretense *χαμας*, tierra de labor (Hesychius h. v.), que bien erróneamente se deriva de *χαμνω*, conducir a una sílaba radical aún más sencilla, que la vasca y que la latina. Es probablemente afine a *γαω*, *γαια*. Nombres de lugares ibéricos que puedan aducirse aquí con alguna seguridad no los halla.

Curenses (Plin. I. 169, 5.) de los sabinos, como el *litus Corense* en la Bética y casi con el mismo sonido *Gurulis* en Cerdeña (Ptol. III. 3. p. 77.). Comp. 17. Pero el primer nombre tiene otra derivación más natural y más itálica (*).

(*) Séame permitido aquí un breve cotejo de algunas palabras, cuya semejanza me parece demasiado llamativa para no tener por emparentadas. Curia era, según Servius, una antigua palabra itálica. Ciertamente que no venía de cuya. Yo reconozco en ella la misma raíz que en *urbs*. La *c* no lo contradice. *Urvus* era lo mismo que *curvus* y ambas palabras corresponde aquí precisamente. *Urvus* indicaba la curvatura, que volvía en sí, de donde *urvare*, rodear y así era la idea principal en *urbs* y *urvus* el cercar, el segregar un sitio particular de lo general. Lo mismo me parece en Curia. Para el sentido primitivo tendría el templo destinado a las curias. Era más natural el nombrar la sección popular por el edificio, en que ofrendaba, que éste por aquélla. Tanto aquí en la Curia, como en la *urbs* era la idea del trazado de los límites, no la ordinaria del señalamiento, sino la sagrada de la consagración, la separación del sitio consagrado del profano. El trazado de la línea de cerco se hacia con el *aratrum*,

HisPELLUM (18.) en Umbría.

El río *Lambrus* (Plin. I. 173, S.), que desembocaba en el Pó, puede compararse con *Lumbriaca* y *Flavia lambris* de los galai-cos (17.)

Murgantia, ciudad de los sículos (Diodorus Sic. XIV. 78.), que aparece con diversas variantes de su nombre en los escritores. Había sido fundada, según presunción de Strabo (VI. 2, 4.) por un pueblo bárbaro del mismo nombre. Este pueblo distingue Strabo del de los iberos, que por testimonio de Ephorus llegaron a Sicilia con anterioridad. Pero en esto no se puede fiar de la noticia al pie de la letra, y si se ha hallado una tribu con nombre vasco allí donde, según la narración, hubo también iberos, puede aceptarse, que esta tribu realmente era ibera. El lugar del mismo nombre en España es *Murgis*, la raíz (17.) *murua* y lo que habla en favor de este origen del nombre es, que la forma *Morgetes*, *Morgentina* sólo aparece en los griegos, que trabucaban todo lo bárbaro, mientras en los romanos, cuyo idioma había conservado sonidos itálicos antiguos (**), los en *u* son dominantes.

es decir, el *urvum aratri*. En arare he creído siempre hallar sólo la idea del trazado del surco, de una línea recta. Es esto lo que, a quienes aún no están habituados a la labranza, debía más asombrar, una línea recta obra evidente del arte humano, en la irregular, insimétrica naturaleza. Así se jacta Ulises de trazar los surcos rectilíneos. De aquí que concordasen en la fundación de ciudades en la costumbre itálica, según parece iniciada por los etruscos, el menester práctico, el rito religioso y el idioma en sus sonidos radicales primitivos. En griego hay la misma analogía en $\delta\rho\omicron\varsigma$ y $\alpha\rho\omicron\omega$, también en $\chi\rho\upsilon\tau\omicron\varsigma$, sólo que falta una forma del último sin consonante inicial; pero el empleo sagrado y político de estos sonidos en el templo, fundación de ciudades y división popular no existe. En alemán es *aeren* arar, curvo, serie. En euskera es *ara-tu* arar, pero la línea fundamental de línea, línea recta, regla, en *ara* y *era* (v. la 3.^a nota del § 18.), cambiando la vocal como en el griego $\alpha\rho\omega$ y $\epsilon\rho\omega$; *gur* es la sílaba radical con el sentido de curvatura y *uria* ciudad. Esta se llama también, es verdad, *iria*, solo que es cuestionable, si en todas estas palabras no es el sonido esencial la *r* (la letra cortante, sobre la que se deja arrastrar el tono largo tiempo (*)), como parece demostrar el alemán *Reihe*. También la palabra alemana *Ort* pertenece a esta familia; la prueba me llevaría demasiado lejos, sin embargo. En este cotejo, en que nada me parece forzado y en que cada punto se puede demostrar por testimonios conocidos, están los romanos los más próximos a los vascos y el punto de transición son los etruscos. El idioma parece acreditar igualdad en la cultura por la agricultura y en las instituciones políticas. Estoy muy lejos, no obstante, de querer por eso hacer ya a los etruscos progenitores de los iberos o viceversa.

(*) N. del T.— Me parece que aquí, una vez en Berlin el autor, ya no se acuerda de la diferencia esencial entre *r* y *rr*. No es fácil imaginar que con Aranzadi hiciera Menéndez Pelayo en sus tartamudeos los redobles que hacía con los rrrrrromanos.

(**) Como tal palabra itálica antigua afine a la vasca, tendría yo a *murus* Comp. nota, del § 17.

Suessa en el Latium y Campania (Plin. I. 154, 10. 383, 9.), como los suessetanos, tribu de los ilergetes (30.). A *Suessa* se refiere *Suessula* (Plin. I. 155, 9) como forma de nombre, lo mismo que *Deo-brigula* a *Deobriga*, y varias otras ciudades españolas entre sí, arriba citadas (14.).

33.

Nombres vascos en Tracia.

Antes de acabar esta breve reseña de los nombres de lugares de una parte de la Europa occidental, he de mencionar todavía en pocas palabras algunos de Tracia; pues si se imaginan emigrando los pueblos de oriente a occidente, es Tracia una parte del gran camino real de estas emigraciones. De los celtas apenas podría además negarse, que tocaron estas regiones, pues se hallan vestigios de sus rutas y residencias desde Pannonia hasta Lusitania. Pero de un modo muy especial conduce la investigación de una familia de nombres hacia esto, los en *briga* y *bria*, de los cuales investigamos ya el origen. *Bria* parece que en tracio quiere decir ciudad (Stephanus Byz. v. Μεσημβρια. Strabo. VII. 6, 1, p. 319). Tres ciudades, *Mesembria* (Herodotus. VI. 33.) (*), *Selymbria* (Strabo. l. c.) y *Poltyobria* (Nicolaus Dam. fragm. l. 5.) llevan esta terminación y son, según el testimonio de los escritores griegos, compuestos de los nombres extraños de los plantadores, que las fundaron y un apelativo indígena. Lo mismo es el caso en muchas ciudades de la antigüedad, también en algunas españolas, pero *Mesembria* o *Mesambria* es dudoso este origen, pues aún había un segundo lugar de este nombre en otra región, completamente distinta, en el Mar Egeo (Herodotus. VII. 108.). La palabra sencilla se halla, aunque con vocal alterada, en la ciudad tracia Brea, hacia la cual (Hesychius. v. Βρεα) enviaron los atenienses una colonia. No una ciudad, sino una región designa el nombre *Briantica*, todo el distrito a los lados del río Lissus y es notable que este nombre era nuevo y aparecía en vez del antiguo *Gallaica*. Tampoco el conocido pueblo de los *bryges* o más bien *briges* (Ritter: Vorhalle Europ.

(*) En este pasaje asiente en verdad Wesseling a la alteración de οχησαν en οχισαν. Sólo aquella es evidentemente justa, pues la ciudad no fué fundada entonces, sino que ya existía.

Völkergesch. 254.) puede aquí quedar sin mencionar, por poca seguridad que tenga de que entre estos y aquellos nombres en *bria* y *briga* haya conexión (*).

De nombres, que fuesen decididamente semejantes a los vascos, noto sólo los siguientes: *Iliga* (*Itin. Hierosolym.* p. 567.), que sería una mala interpretación de *Helice* (*Itin. Anton.* p. 136.), sólo que *Helice* mismo aparece más bien como una torcedura del verdadero nombre indígena hacia sonidos griegos. El sitio estaba en una región escabrosa, que, si se quisiera etimologizar del euskera, como de antes de la edificación de la villa, podría haberse llamado *sin poblado*.

Del río *Arsia* se ha hablado ya apropósito de Italia (32.).

Oescus Triballorum, un antiguo nombre indígena de lugar y de río, en todo caso se compararía con *Osca*:

Aunque las semejanzas fueran varias e inmediatas, no había de creer, que hubiese de considerarlas. En un país tan apartado, donde falta todo fundamento histórico seguro, para buscar semejanzas de nombres, pueden sonidos decididamente iguales provenir fácilmente de raíces del todo diferentes.

34.

Mirada retrospectiva a la marcha de la investigación; exposición de las cuestiones, que se han de resolver.

La base de este trabajo, principalmente dirigido a los vestigios del euskera, aun visibles desde la antigüedad, era la investigación de los nombres de lugares, como el casi único monumento restante, en países, en que podían verosimilmente encontrarse. Ahora que esta concluida, corresponde el edificar sobre ella, pero acudiendo preferentemente al auxilio de los testimonios de los antiguos escritores, pues el seguir solo bases de prueba etimológicas, siempre será una empresa arriesgada. ¿Eran efectivamente los antepasados de los actuales vascos los antiguos iberos? ¿Alcanzaba sólo a ellos y a tribus de idioma afine, o a la vez también a los de otro idioma

(*) De que Herodianus (Steph. Byz. v. Βριγες) nombrase a este pueblo Βριγαντας nada se puede deducir geográfica o históricamente. Es una observación meramente gramatical.

este nombre de pueblos? ¿Estos iberos, o también otros y de qué naciones (fuera de las sabidas colonias de pueblos civilizados de la antigüedad) habitaban la Península hispánica? ¿En qué extensión, fuera de la misma, se encuentran los iberos? ¿Se puede determinar algo sobre su procedencia, aunque sólo sea a modo de conjetura? Estas son las preguntas, a que se trata de contestar.

35.

Asientos incontestables de los iberos, que hablaban euskera.

Los nombres de lugares de los vascos, como los asocia Ptolomeo (II. 6. p. 48.), no sólo contienen cabalmente los sonidos más reconocibles como vascos, sino que también se hallan exentos de los extraños, que se encuentran en otras partes de España. Precisamente en sus residencias se habla aun hoy euskera y no podemos, por esto, partir de ningún punto, que fuera más seguro, que el de que el actual idioma, naturalmente con las alteraciones traídas por el transcurso del tiempo, era también el de los antiguos iberos. Justamente este pueblo fué también el que menos sufrió por los acontecimientos, que alcanzaron al resto de España. Descontada la única desesperada resistencia de Calaguris no se enredaron en guerra con los romanos y pudieron mantenerse libres fácilmente en sus montañas, aunque no de su dominio, por lo menos de la comunidad con ellos. Las mismas relaciones tuvieron lugar con sus más próximos vecinos hacia el Mediterráneo y con los pueblos del otro lado de los Pirineos. Pero allí mismo ofrecen también los nombres de lugares (23. 26.), en parte lo menos extraño, en parte lo vasco más peculiar. Aquí pues y en los dos lados de los Pirineos, donde, según el testimonio unánime de la antigüedad, habitaban iberos, no puede producirse duda, ni siquiera aparente, sobre la identidad de estos iberos con los antepasados de los actuales vascos. Aquitania también, como los vascos mismos, había tenido que sufrir poco por las campañas de los romanos. Pero el que en escritores franceses y españoles a los vascos se les haya llamado precisamente cántabros, si se habla de la antigüedad, es evidentemente erróneo. Pues si la translación, que dispuso Augusto, o incursiones que ellos mismos emprendieron más tarde en la época goda, trajeron los cántabros hasta la actual Vizcaya, esto no corresponde aquí. Aun esta hipótesis misma es

sumamente dudosa y sólo puede haberse originado con facilidad, de que se reveló la ufanía nacional contra la especie de que los actuales vascongados hubieran de considerarse descendientes de los caristos y várdulos, poco afamados en la historia y tenidos como poco guerreros (Oihenart. *Not. utriusque Vasc.* c. 6. p. 18.). En sí no sólo estaban separadas las residencias de los cántabros de las de los vascos por aquellos dos pueblos y los autrigones, sino que en los cántabros y sus vecinos orientales empieza también la mezcla de los nombres de lugares con sonidos, que yo no puedo reconocer como vascos (*). Aun en el carácter de ambas naciones, tales como las pintan los antiguos, hay una diferencia. Los cántabros eran tan belicosos, que este rasgo de carácter les sirve como apelativo permanente. El vascón es calificado como no menos bravo, hasta despreciaba el cubrirse en la pelea con un casco y se le llama por esto el no acostumbrado al casco (Sil. Ital. III. 358. V. 197. IX. 232.). Esta costumbre podría relacionarse con su armamento en general ligero (Sil. Italic. X. 15.). Pero si la guerra hubiese correspondido a las ocupaciones habituales de la nación, se habría originado de aquí por sí mismo el uso de armas defensivas más seguras. El sentido más pacífico de los vascos resalta además por la historia y era una consecuencia de la tranquilidad, de que gozaban en sus residencias de montaña.

36.

Recopilación de los nombres de lugares vascos de Iberia según las tribus de la Península.

Nombres decidida e innegablemente vascos se hallan esparcidos por toda la Península Hispánica. Lo demuestra la reseña arriba (13-20.) expuesta de sus nombres de lugares. Como allí los examiné sin atender a su situación geográfica, sino más bien conforme a sus raíces, quiero ahora ordenarlos por tribus, pero sólo los decididamente demostrativos, dejando todos los que se acompañan meramente por el sonsonete, o de los que la etimología podría parecer

(*) Juvenal parece (Sat. XV. v. 93-110) servirse de los dos nombres vascos y cántabros, como sinónimos. Pero, si se considera bien, nada puede seguirse contra su diferencia de este pasaje. Pues donde pone, probablemente solo a causa del verso, *Cántabro* por vasco, no era el pensamiento de designar a este pueblo, sino solo la región en general.

más atrevida. Pues aquí no viene bien el probar mucho, sino el hacerlo sobre seguro.

1. Baetica.

a. las tribus ibéricas, los turdetanos túrdulos.

Astigi, tres veces. Astapa. Asta (13.). Esuris. Ulia. Ilipa. Ilipula dos veces. Iliberi (14.). Urbona. Urgia. Urgao. Urso. Ucubis. Illurco. Ilurgis (15.). Iliturgis (16.). Aranditani. Arsa. Artigi. Balda, Balsa. Litus Coreense. Escua. Malaca. Munda. Murgis. Onuba. Salduba. Selambina (17.). Vesci. Osca dos veces (18.). Menoba (19.). Carrissa (20.).

b. las tribus célticas.

Laconimurgi (14.). Turiga (16.) y Curgia (17.), pero que quizás son una sola.

2. Lusitania.

a. en general y los lusitanos.

Langobriga. Langobrites (14.). Verurium (15.). Aravi. Moron. río Munda. Mundobriga. Talabriga. Talori (17.). Mendiculea (20.)

b. los vetones.

Laconimurgum (14.)

c. las tribus célticas.

Lancobrica (14.)

3. Provincia Tarraconense

a. las tribus del norte.

aa. los galaicos, que incluyen los celtas de allí.

Iria Flavia. Ulla (14.). Mearus. Navilubio. Lambriaca. Lapatia. Talamina (17.).

bb. los astures.

Su nombre mismo. Asturica (13.). Los bedunesios. Flavionavia. Laberris. Maliaca (17.).

cc. los cántabros.

Aracillum. Murbogi. Octaviolca. río Sanda (17.).

dd. los caristos.

Su propio nombre, sobre todo en la forma: Carietes (20.)

ee. los várdulos.

Alba. Morosgi (17.). Menosca (18.)

ff. los vascos.

Graccuris. Calaguris (14.). Bituris (15.). Iturissa (16.). Alavona. Balsio, Los Curgonii. Edulius mons. Tarraga (17.). Bascontum (18.). Menlascus. Oeaso (20.)

b. las tribus del interior.

- Solurius mons. Urbiaca (15.). Albonica (17.). Las montañas Orospeña, Idubeda (20.)
aa. los vacceos.
Albocella (17.)
bb. los carpetanos.
Su nombre, sobre todo en la forma Carpesii (20.). Ilurbida (15.).
Ilarcuris (14.) Arriaca (17.)
cc. los oretanos.
Su propio nombre. Oria (20.). Lacuris (14.).
dd. los ilergetes.
Calaguris (14.). Ileosca. Vescitania Osca (18.).
ee. los lacetanos.
Ascerris (13.)
ff. las tribus celtibéricas
Urcesa (15.). Turiaso (16.). Alaba. Bilbilis. Larna. Malia (27.)
gg. los castellanos
Egosa (17.). Basi (18.)
c. la costa meridional
Ildum (17.)
aa. los bastetanos.
Su propio nombre. Basti (18.). Urce (15.). Abula (17.).
bb. los contestanos.
Lucentum (17.)
cc. los edetanos.
Hedeta (19.). Uduba (15.). Leonica. Salduba (17.).
dd. los ilercaones.,
Su propio nombre, sobre todo en la forma Illurgavonenses (15.).
Biscargis (18.)
ee. los cosetanos.
Iluro (15.)
ff. los laletanos.
río Larnum (17.)

Extensión de la lengua vasca en toda la Península.

Si se repasa esta relación con detenimiento, no puede uno resistirse a la convicción de que no hay ningún distrito extenso de la Península, en que no estén nombrados lugares o regiones por pue-

blos, que hablaban una lengua igual al actual euskera en el sistema fonético, palabras radicales, terminaciones y composiciones. En todas las grandes tribus se hallan y, si faltan en los *autrigones*, *lobetunos*, *olcados*, *cerretanos*, *ausetanos* e *indigetes*, son precisamente las tribus menores, de las que han llegado hasta nosotros en general menos nombres. La casualidad puede haber hecho muy amenudo que los nombres legítimamente ibéricos no fuesen consignados por los escritores y la causa puede en parte consistir en la extrañeza de los sonidos, en parte en que designasen villas y aldeas insignificantes. Las ciudades más importantes recibieron con frecuencia sus denominaciones de extranjeros. Que muchos nombres de lugares puedan ser también vascos, pero que no nos permiten etimologizarlos con seguridad, debe quedar además siempre reservado. Con todo es cierto que los nombres vascos están desigualmente repartidos en la Península. La mayoría se hallan, conforme a las relaciones del espacio, en los vascos, después de ellos en los turdetanos y túrdulos en la Bética. La frecuencia de los sonidos más legítimos y primitivos en los nombres de esta provincia apenas deja lugar a una duda posible de que el dialecto turdetano era lo mismo, o por lo menos muy semejante al actual euskera (*). Nombres notablemente poco vascos, teniendo en cuenta la extensión del país, hay en Lusitania, aunque algunos no dudosos. El fundamento puede consistir en que cabalmente en Lusitania la terminación *briga* es la forma dominante de los nombres de las mayores ciudades, y son sólo éstas, de las que ordinariamente hablan los geógrafos e histo-

(*) En Niebuhr: «Römische Geschichte (I. III.) se sostiene precisamente lo contrario, como una cosa del todo resuelta; pero, dice él, aunque diese esta investigación les a saber. la de las palabras de los sardos montañeses por un enterado del euskera) otro resultado, no quedaría refutada, sin embargo, la hipótesis, por el idioma de los turdetanos del todo diferente de aquellos, a que pertenece como dialecto el euskera, y para nosotros completamente perdido. Es lástima que a esta sentencia no le acompañe ninguna prueba. Mis investigaciones me conducen al resultado opuesto. No veo absolutamente ningún fundamento de por qué el idioma turdetano hubiera de ser otro: hallo en los nombres de lugares una prueba completamente suficiente de la identidad del mismo con el euskera, y no sabría, sin admitirlo, hallar un medio de explicar el considerable número de nombres legítimamente vascos en Bética. A los celtas en la provincia no se les pueden imputar, ni geográfica, ni lingüísticamente, y los túrdulos, en que aquí hubiera de pensarse, eran, según Strabo (III. I. p. 139.), tan íntimamente unidos con los turdetanos, que no pueden admitirse dos idiomas diferentes en unos y otros. Carter (*Journey from Gibraltar to Malaga*. I, 83.) dice que, según Plinio, el idioma turdetano era un dialecto del celtibérico. No es de entender a qué pasaje de Plinio pueda referirse.

riadores. Quedaba así poca ocasión para traernos nombres verdaderamente indígenas. En todo el territorio, antes indicado, de nombres, que me parecen extraños, no ibéricos, son los vascos ralmente sembrados. Aunque estuviesen completamente aislados, que hubiese solamente en Bética *Astapa*, *Iliberis*, *Urgao*, en Lusitania *Mendiculea*, en la costa norte *Iria*, *Flavionavia*, en el interior *Oria*, *Oros-peda* e *Idubeda*, en la costa meridional *Lucentum*, *Iluro*, etc., siempre mostrarían estos nombres aislados, que allí habían penetrado iberos, que hablaban euskera, o habían sido desalojados de allí, y necesariamente habrían tenido que atravesar los países intermedios, por los que se llega a estos lugares. Creo, pues haber puesto fuera de toda duda la opinión, ya expuesta en otra parte, de que los antiguos iberos eran vascos, iguales a los actuales en el idioma, o semejantes, y que estos iberos habitaban en todas las regiones de España, sin limitarse a una sola parte del país.

Una prueba existente en el actual idioma mismo y para mí muy importante de su extensión antigua, la grandísima multiplicidad de sus formas de palabras y gramaticales, he aducido ya en mi anterior escrito (*). Que tan numerosas formas se hubiesen originado en residencias limitadas y en una o pocas tribus, sería monstruoso. En cambio se comprende esto del todo, si se admite que una multitud de tribus, que vivían en gran extensión, en el transcurso del tiempo y por los acontecimientos se hubieran constreñido a vivir en pocos valles de montañas.

Por último séame permitido mencionar aquí una afinidad notable de ideas en el idioma, que tal vez no carezca del todo de fuerza probativa. *Atzean* quiere decir detrás y *atzea* el extraño. El pueblo consideraba así primitivamente al extraño sólo detrás de sí. ¿No indicaría esto, que la nación desde tiempo inmemorial se asentaba entre los Pirineos y el Océano, en el extremo de Europa, permaneció largo tiempo sin mezcla y sólo por tradición sabía, que detrás de él, en las regiones atravesadas en otro tiempo por sus padres, habitaban otros pueblos?

(*) Adiciones al Mithridates, p. 38 (1).

(1) Comp. Tomo 3, p. 250 de las obras de Humboldt.

Los iberos constituían un gran pueblo.

Pero ¿formaban todos los iberos un solo pueblo con varios dialectos, o varios con idiomas verdaderamente diferentes? y había también quizás, fuera de ellos y de los celtas, todavía otros indígenas en la Península? Puesto que las colonias púnicas, griegas y romanas quedan excluidas, como ya se ha hecho notar arriba, de una vez para siempre de esta investigación. Las preguntas aquí expuestas no son del todo fáciles de responder. El nombre de los iberos es, no sólo etnográfico, sino en gran parte geográfico. Sólo los habitantes de la costa norte del Mediterráneo desde el Ródano al occidente fueron así denominados al principio. Al interior de España no se le dió entonces todavía ningún nombre general. Polybius (III. 37, 10.) dice textualmente, que en su tiempo la parte de la Península, que mira al Océano aún no tenía nombre. La Iberia de Herodoto (I. 163.) era evidentemente sólo la costa y sólo probablemente la que pensaba habitada por ligyes, de la Galia, eran los iberos, que menciona como tropas mercenarias (VII. 165.) en Sicilia. Sólo más tarde se extendió el nombre de Iberia a todo el país y no es de admitir que esta ampliación tuviese por base exploraciones, por las que se hubiera venido al convencimiento efectivo de la homogeneidad de las tribus septentrionales y meridionales. Mannert, muy precavido en todos sus juicios, observa con razón, que no se puede demostrar (esto es, por los antiguos), que los habitantes del norte y del sur tengan un mismo origen que los iberos propiamente dichos del sureste (I. 238.). Que los antiguos no podían idear con claridad esta ascendencia común, parecen demostrar varios pasajes y entre éstos uno de Diódoro de Sicilia (V. 34.) sobre los vacceos; pues distinguiendo este pueblo de los celtíberos, no dice que fuesen iberos; parece según él constituir un pueblo aparte. A los lusitanos los considera, sin embargo, como iberos. Appiano en cambio nombra (*) a los vacceos textualmente como tribu de los cel-

(*) En el pasaje de la introducción a su historia (c. 3.) Ἰβηρια τε πασα—τελευ τωντες debe referirse este participio, según el sentido, también a Ἰβηρια. Nada se puede, pues, descubrir sobre las residencias especiales de los celtíberos. Sólo son mencionados, porque hacían con los iberos la totalidad de población del país.

tíberos (VI. 51, 43. 54, 26.), de modo que se ve, cuan inseguro era el conocimiento de los antiguos acerca de estos pueblos. De este modo no sería por tanto imposible, que en el norte y poniente hubiesen habitado pueblos que, sin pertenecer a los celtas, tampoco hubiesen sido iberos, o por lo menos iberos con idioma del todo diferente. No obstante, no podría ser más que esta simple posibilidad. Tampoco, según el juicio de Mannert, hay nada en contra de la suposición de la igualdad de todos los habitantes de España, fuera de los celtas, y se puede ir mas allá y decir que, si se limita uno también meramente a los escritores, no hay ningún asidero para albergar otra opinión. Pero dos motivos determinados y positivos, el nombre de los celtíberos, y los resultados de la investigación de todos los nombres de lugares, hablan decididamente en favor de que solo habitaban la Península iberos y celtas (y ningún tercer pueblo con ellos). El nombre de los celtíberos arranca evidentemente de tiempos muy lejanos y, como la mezcla de celtas con iberos no sucedió en la costa sino ciertamente mas al norte, por lo menos en el interior, se tenía que conocer también allí ya entonces a iberos. Si admito que este nombre nació en extranjeros, pero por referencias de los indígenas, queda en claro que éstos estaban en situación de juzgar con exactitud sobre sus vecinos del interior. Con todo, aquí es siempre el límite indeciso, hasta dónde se extendían adentro los iberos. En cambio la prueba por los nombres de lugares no deja lugar a ninguna indeterminación. Hemos visto que los vascos están extendidos por toda la Península sin excepción. Suponer que, a despecho de ello, los iberos de la costa norte y del poniente hubiesen vivido, aparte los celtas, mezclados aún con otro pueblo, del que ni los antiguos escritores, ni los nombres de lugares contienen vestigio notorio, sería una conjetura infundada y sumamente inverosímil (*).

(*) La opinión de que los ligures, que habitaban la costa sur de Galia entremezclados con los iberos, hubiesen ocupado partes de España (Risco; continuación de la *España sagrada*. T. 32. p. 7-9.) no he creído deber mencionar. Descansa sólo en Thucydides (VI. 2.) noticia de la expulsión de los sicanos de Iberia por Ligyes, y Mannert (I. 447. 448.) ha mostrado muy cuerdamente, que estos sicanos, sea la que quiera la condición que se les suponga, no pueden haber venido de Iberia, sino a lo sumo de las residencias ibéricas de la costa meridional de Galia. Si no fuera esto, tendría que haber habido mención de los ligures en España también por otros escritores. Risco se refiere a Avienus (*Ora maritima* v. 129-139.) De este pasaje no se destaca, sin embargo, sobre los ligures, nada más que lo también conocido por otras partes sobre su residencia en la Galia (Mannert. P. 2. T. 1. p. 2.).

Los iberos sólo tenían un idioma.

Los iberos constituían un linaje (γενοϋς) pero que, según sus tribus (φυλα), estaba separado en diferentes nombres. Esto lo testifica Herodoto (Vossius *de hist. graecis*. III. p. 374.) en un pasaje retenido por Stephanus de Byzanz (v. Ἰβηριαι) en su libro 10. de la historia de Hércules. Con tanta precisión no se expresa, en cuanto yo conozco, ningún otro escritor antiguo sobre esta, sólo que tampoco habla ninguno de tal diferencia de las tribus ibéricas, que presuponga también diferencia de idioma. Plinio, quien señala tan decidida y a la vez tajante la diferencia entre los iberos y los celtas en Iberia, hubiera hecho ciertamente lo mismo en la idea de grandes diferencias entre los iberos; pero en ninguna parte aparece el menor vestigio de ello. Se hace referencia, no obstante, a Strabo (III. 1. p. 139.) y a primera vista parece la prueba extraída de él en todo caso incontrovertible. Hablando de los turdetanos, sus antiguos monumentos escritos y sus poesías, dice él: «también los otros iberos se sirven de la escritura, no de un modo; pues tampoco de un idioma» (*). Aquellos, que defienden el dominio exclusivo del

(*) .καὶ οἱ ἄλλοι δ' Ἰβήρας χρώνται γραμματικῇ, ὃν μὴ ἰδέα οὐδὲ γὰρ γλώττη μία. En la nueva traducción de Paris dice este pasaje: *Les autres Iberes s'appliquent aussi aux belles lettres; mais leur littérature n'est pas partout la même, parcequ'ils ne parlent pas tous la même langue.* Para dar a las palabras de Strabo este sentido estorba ya el grado de cultura, en que deberían estar naturalmente aquellos pueblos. También es difícil que hubiera querido decir, que su literatura no fuese en todas partes la misma, pues esto no puede ser la literatura en ninguna parte. El compendiador de Strabo (Hudson: *Geogr. min. Vol. II. p. 25.*) ha tomado la expresión gramática en su verdadero y propio sentido. Ἄλλὰ καὶ ἄλλοι Ἰβήρας οὐχ ἐμόλωσσοι ὄντες γραμματικῆς χρώνται: τέχνας ἕκαστοι κατὰ τὴν ἰδίαν γλώσσαν. Es verosímil que haya querido decir por ello, que tenían gramáticas reguladas; pero el sentido natural es el arriba indicado por mí y el mismo en que trae la palabra Harpocracion en el pasaje citado por Wolf *Prolegomena* al Homero p. 63. nt. 29. V. Ἀττικοῖς γράμμασι τὴν γὰρ τῶν εἰκοσι τεσσάρων στοιχείων γραμματικὴν ὁφέ ποτε παρὰ τοῖς Ἰωσιν εὑρεθῆναι. Del todo semejante es la latina *literatura, ut antiqui vocabant, el arte perquam pueris elementa traduntur* (Sen. *epist.* 88. *Ed. Bip.* p. 344. 345.). Este sentido está confirmado en Strabo también por el pasaje inmediatamente anterior, tratando de los turdetanos. Se sirven, dice, del escrito (γραμματικῆ) y poseen los escritos (τὰ συγγράμματα) de sus antiguas tradiciones. Ambas palabras se relacionan aquí manifestamente. El mismísimo sentido tiene el pasaje, que cita la traducción de París (p. 435. nt. 3.) según Vossius y también aparece en Stephanus:

γραμματικῆ δὲ χρώνταν τῇ τῶν Ἰταλῶν οἱ παρὰ

euskera en toda España, han comentado de ordinario estas palabras, como si Strabo sólo hablase de diferentes dialectos. En realidad los griegos y romanos rehuían tanto todo esfuerzo para enterarse exactamente de lo que se refería a los pueblos bárbaros y su peculiaridad, que tal trastrueque, que también nos ocurre bastante amenudo todavía a nosotros en idiomas de otras partes del mundo, bien sería posible. Sería hasta más perdonable, cuanto que aun hoy los dialectos de los vascos, tan cercanos entre sí, de tal manera, son diferentes en pronunciación y formas gramaticales, que se necesita siempre alguna costumbre, si se han de entender de corrido. En la época de la difusión de la nación en un espacio muchísimo mayor podían darse varios dialectos aún más diversos. Pero en cambio se podría recordar, que Strabo en la descripción de la Galia (IV. 1. p. 176.) muestra bien, que dialecto e idioma no se confunden; pues diciendo también de los galos, que no hablan idéntico idioma, señala esto más, en que algunos difieren un poco en sus dialectos; testifica por el contrario en el mismo pasaje la completa diferencia del aquitano y el galo. En Galia presenta la diferencia más bien demasiado pequeña y se pone con esto en contradicción con César, el que (*de bello Gallico* I. 1.) señala las tres partes de Galia como diferentes en idioma, instituciones y leyes (*). Si los idiomas, que Strabo admite entre los iberos, fuesen tan diferentes, como aquellos, cuyos orígenes hemos de buscar en la antigua Galia, serían idiomas bien apartados, pero no dialectos. Puesto que el *Bas Breton* y el galo se apartan entre sí mucho más, que los meros dialectos. Pero el pasaje de Strabo tiene que entenderse, a mi parecer, más exactamente de otro lado. La mala inteligencia está en la expresión *Iberos*. Como ya se ha dicho más arriba, procedía este nombre en verdad de un pueblo, pero después pasó a un país y de aquí muy amenudo se ha hecho más geográfico, que etnográfico. De esta

Ἰβέρων οἰκοντες τῶν Ἰβήρων. Aquí no encaja ni literatura ni gramática. Si hubiese debido expresar lo último sería idioma la palabra exacta. Pero escrito y modo de escribir dan el verdadero sentido, y el escrito podía tanto llevarse en el idioma indígena como en el extraño. Florez ha entendido este pasaje perfectamente bien (*Medallas* II. 522.)

(*) Schlözer: *Allgem. Welthist.* XXXT. 339. se explica en verdad aquí muy atinadamente por la opinión de César; pero va por otro lado demasiado lejos y tiene a los vascos, galos y kymris, como él los llama, por tribus igualmente diferentes; pues sus idiomas, aun hoy conocidos, muestran notoriamente, que constituían sólo dos, y galos y kymris pertenecían a lo mismo. Con todo el pasaje aducido, escrito completamente en el espíritu peculiar del excelente varón, queda siempre como el primero, que derramó luz sobre esta materia; por entonces aún muy oscura.

manera lo toma Strabo de ordinario (*); iberos son para él los habitantes de Iberia, con igual significación que nuestro actual *españoles*, si este nombre valiera para toda la Península. Los iberos completamente transformados en romanos, dice (III. 2. p. 151.), se llaman *togati* y entre estos se comprenden también los *celtiberos*. Con igual generalidad emplea la palabra en muchos otros pasajes (III. 1. p. 137. c. 2. p. 141. 146. c. 4. p. 163. 165.). No parece ni una vez tener idea exacta de los iberos, como pueblo propiamente dicho, independiente de sus residencias; pues hablando de los pueblos de la Aquitania propia (IV. 1. p. 176. c. 2, 1. p. 289.), no dice que son iberos, sino sólo, que se parecen a los iberos. De aquí se ha originado una mala inteligencia en un pasaje de su descripción de los Pirineos. Los valles de éstos, dice (III. 4. p. 162.), están ocupados por los cerretanos, que en su mayor parte son un pueblo ibérico. Entiende con esto, que los cerretanos, residiendo precisamente en la linde, pertenecen en parte a Iberia, en parte a Galia; pero se le ha interpretado por la mayoría, como si los cerretanos, que fuesen del todo iberos, solo hubiesen ocupado una parte de los valles (**). En otros pasajes se nombra a los iberos manifiestamente como un pueblo distinto, en oposición a los habitantes inmigrados en España (III. 3. p. 152. c. 4. p. 163. 164.), sólo que enseguida añade siempre la oposición expresamente, o la indica por el contexto. En el pasaje, de que aquí hablamos, es claro, que la expresión iberos se toma meramente en el sentido geográfico general; pues pocos renglones antes dice Strabo, que los turdetanos entre los iberos son los más inteligentes y civilizados (***) y les quiere, sin embargo, conceder indisputablemente con ello la preferencia ante todos los habitantes de la Península. Entendiendo el pasaje de este modo, que no entre los iberos, sino en Iberia, se hablaba más de un idioma, se trae a Strabo a consonancia con Plinio y los restantes antiguos escritores y se halla aun hoy confirmada esta declaración por los nombres de lugares, que han subsistido. Pues evidentemente fué hablado

(*) Diódoro de Sicilia en el notable pasaje sobre los celtiberos es en esto más exacto; habla de iberos e Iberia sólo como nación y residencia de una nación y dice, cuando habla de los Pirineos (V. 35.), expresamente, que separan Galia de Iberia y también de Celtiberia. Por el contrario Polybio (XL. 31 y fr. 14. ed. Schweigh. T. V. p. 57.) emplea iberos y celtiberos como del todo sinónimos.

(**) En la nueva traducción de París se aduce en verdad (I. 473. N. I.) la explicación exacta, que ya dió Marca, pero sólo con el aditamento de que el pasaje también pudiera tener este sentido.

(***) .Σοφώτατοι ἐξετάζονται τῶν Ἰβήρων.

por los celtas en la Península el celta y, como probablemente no todos inmigraron de una región y a un tiempo, quizás hablasen celta de diferente modo, como en Galia misma (*). La misma confirmación en la mira del escrito se deduce aún de las investigaciones tan deficientes sobre las antiguas monedas e inscripciones españolas. Sólo se halla un alfabeto turdetano, es decir ibérico, pero un celtibérico diferente de él, y quizás aún uno en parte fenicio (**). También Erro (*Alfabeto de la lengua primitiva*, p. 98. 244.) concede una diferencia de las letras en las monedas celtibéricas y turdetanas.

40.

Mezcla de los pueblos ibéricos con tribus célticas.

Dos tesis me parecen afirmarse después de lo anterior (35-39.). Los antiguos iberos son el pueblo antepasado de los actuales vascos y estos iberos constituían, extendidos en toda la Península, una nación, que hablaba el mismo idioma, sólo dividida en tribus con diferentes dialectos. La lengua vasca era pues la única de aquel pueblo en España, cuya venida, si no se asentó allí autoctómicamente, acaece antes de toda tradición llegada a nosotros. Debemos ver ahora con qué naciones extrañas vivieron mezclados estos iberos, pues la investigación de los nombres de lugares nos ha conducido a extranjeros junto a los vascos. En las costas se asentaron y muy pronto fenicios, griegos y cartagineses y penetraron más o menos en el interior mismo. Plinio menciona (I. 137, 3.), según Varro, también persas, de cuyas rutas hacia España nada se nos dice en otra parte. Los romanos transformaron una gran parte de la Península, con extirpación de las costumbres e idioma indígenas, en una provincia completamente semejante a Italia. Todas estas inmigraciones las paso, sin embargo, aquí por alto e insisto sólo en aquellas tribus

(*) Mannert parece tomar la cosa así, si bien no entra en la cuestión expresamente. Los iberos puros tienen, según él, un solo idioma (I. 238.); de los turdetanos, que corresponden a los mezclados, no dice nada en este respecto. Strabo no menciona en el pasaje, donde habla de la igualdad de costumbres y género de vida de todos los habitantes de la costa norte (III. 3. p. 155.), el idioma en particular, sino que sólo se deja deducir, que la igualdad se extendía también a él.

(**) Velasquez (*Ensayo sobre los Alfabetos de las letras desconocidas* p. 40).

extranjeras que, también bárbaros (en el sentido, que los antiguos daban a esta palabra) y perteneciendo a la Europa occidental, se habían establecido en España. Son solamente celtas y aparecen en los antiguos escritores en doble aspecto, puramente celtas a orillas del Anas (Strabo. III. 1. p. 139.) y afines a éstos (l. c. c. 3. p. 153;) en la extrema punta noroeste del país, la actual Galicia, además un pueblo confundido con los iberos, los celtíberos. Aquellos no los nombran los escritores romanos y griegos de ordinario celtas, ni galos, o gálatas, sino *Celtici*, probablemente para designarlos como una rama distinta, perteneciente a los celtas, procedente de ellos, pero no constitutiva por sí. La ciudad *Celti* (Plin. I. 138, 8.) tiene indiscutiblemente de ellos el nombre. Estaba, es verdad, no propiamente en territorio de los célticos, pero no obstante, entre Ecija y Mérida, en una región, que no podía quedar sin visitar por estas tribus. Sin embargo, no formaba en los romanos su adjetivo en *cus*, si no en *tanus* (*Celtitanus*) (Florez. *Medallas*. I. 361.), a la manera de las otras ciudades españolas en *i*. La residencia en el noroeste era conocida aun históricamente con las circunstancias, entre las que se sucedieron, y era la más reciente. Aconteció a partir del Anas. Los que habitaban a las márgenes de este río, según Plinio, descendían de los celtíberos (I. 139, 14.). El porqué de que estas dos tribus y sus vecinas no vinieron a ser también un pueblo mezclado, ya no se puede aclarar bien. Tampoco se puede determinar algo acerca de la época de la inmigración de los que habían venido a ser celtíberos. Los conocidos pasajes de los antiguos acerca de ellos (el principal está en Diodorus Sic. V. 33.) nada contienen, que pudiera conducirnos a esto. Hasta queda dudoso si existían leyendas de su inmigración y su fusión con los indígenas, o si ambas cosas sólo se inventaron. como explicación del hecho de que se hallasen mezclados celtas e iberos. Uno u otro debe necesariamente ser el caso, y probablemente se originó el nombre primeramente en las colonias extranjeras de España, pero por noticias, que obtuvieron de los indígenas. En todo caso es mucho más antiguo, que como lo encontramos en la historia romana y demuestra, como ya se ha notado arriba, que también entonces los habitantes del interior, y no sólo los de la costa, se llamaban iberos. Que este nombre le fué dado al pueblo por extraños, queda evidente. Aparecen todavía dos nombres semejantes, aunque no igualmente afamados, el de los *celtoscitae* (Plut. Marius. 11.), con que se nombraba, por ignorancia del verdadero, a los cimbrios y teutones invasores de Italia,

y el de los *celtoligyes* (Strabo. IV. 6, 3. p. 202.), que se aplicaba a los salios o saluvios. De este se dice expresamente, que no sería primitivo, sino originado después. Probablemente no conocían al pueblo tan exactamente, o la mezcla se siguió también quizás más tarde. No sólo en los celtíberos, sino también en los célticos se hallan algunos nombres vascos, aunque en los últimos muy pocos (36.). Plinio afirma expresamente (I. 139, 14.) que los nombres de lugares de los célticos descubrían su origen extraño, y toda su noticia de su abolengo de los celtíberos se funda únicamente en esta diferencia de los nombres, del idioma, y usos sagrados; no, como parece, en leyenda efectiva. Sus nombres de lugares aparecían también en Celtiberia y también en sus nuevas residencias en la Bética llevaban sus ciudades epítetos propios. Estos son, excepto los últimos de los indicados por Plinio, todos latinos. El último: *Emanici* no lo parece y podría bien ser turdetano, también vasco. *Eman*, dar, es una palabra vasca, pero esto sólo demostraría aquí para el sonido, no la etimología. Es de lamentar, que en el otro ejemplo de esta especie parece haber en este pasaje: *Ucultuniacum quae et Turiga nunc est* (Harduin *ad h. l.*) una errata (*), pues el primer nombre, para no interrumpir la construcción toda seguida, debería ser un dativo. En todo caso es *Turiga* un nombre vasco, y con el *nuno* parece solo indicarse, que el nuevo lugar fué así nombrado por sus habitantes ibéricos. De paso tengo que mencionar aquí todavía, que Astarloa (Apol. p. 198.), desechando toda mezcla de celtas e iberos, tiene Celtiberia por una equivocación de Zaltiberia, y esto explica por *Ribera abundante en caballos* (**).

(*) El ejemplo, que inmediatamente precede *Contributae Julia* tiene la particularidad de que no es indígena el nombre procedente de Celtiberia. ¿Habría añadido quizás por esto Plinio a esta ciudad el celtibérico, que los celtíberos le dieron quizás también en su idioma, y sería este nombre *Ucultuniacum* (como aposición de *Julia*)? *Turiga* sería entonces el nombre turdetano y la ciudad tendría cuatro, dos romanos, uno en Celtiberia y el otro en Bética, uno celtibérico y uno turdetano. Como las nuevas ediciones de Plinio ponen detrás de *Julia* meramente una coma, parecen querer indicar realmente esta construcción.

(**) N. del T.— Lo que dice Astarloa como explicación es que «debía darse al territorio del distrito de Zaragoza, llamada *Salduba* o *Zaldua* por los romanos y *Zaldibar* por los bascongados; como lo vemos hoy día en el nombre de una de las Ante Iglesias del Señorío de Bizcaya, que en Bascuence se llama *Zaldibar* y en Castellano o Romance *Saldua* o *Zaldua*: *Zaldibar* en nuestro idioma significa ribera de caballos».— Lo de que los vascos llamasen *Zaldibar* a Zaragoza no tiene ningún fundamento y parece mucho más probable que *Salduba*, o *Saldua*, fuese el nombre indígena de Zaragoza.— V. mi nota del § 17.

Extensión y límites de esta mezcla.

Fuera de los celtíberos y las dos tribus puramente célticas, habitan sin embargo, de ello estoy persuadido, aún en otras partes de la Península celtas e iberos mezclados unos con otros. Mannert ha expuesto sobre ello (I. 237-240.) otro sistema. Según él la costa meridional estaba habitada por iberos, a los que se habían asociado colonias extranjeras. En el interior estaban entremezclados los iberos con los celtas; esta mezcla alcanza sobre todo a los vacceos, carpetanos, oretanos y otras tribus coterráneas, que sin embargo separa él siempre de los celtíberos propiamente dichos. Esto atañe, no obstante, sólo a este país interior, los restantes iberos (es decir los de la costa norte y, según él, también la mayoría de los lusitanos) permanecieron sin mezcla. Yo creo, por el contrario, que la mezcla también alcanzó la costa norte hasta los várdulos, y todos los habitantes de Lusitania, y que los iberos del todo puros sólo se han de buscar desde los várdulos por los Pirineos hasta el Mediterráneo, pero en éste empieza la mezcla con colonias de pueblos venidos por mar, aunque sin adición céltica. El nombre particular del país y pueblo de los celtíberos queda, sin embargo, siempre limitado al territorio del todo interior de las seis tribus conocidas tal como Livius muy atinadamente determina: *Celtiberia quae media interduo maria est* (XXVIII. 1.). Ningún pasaje, que yo conozca, de un antiguo escritor limita la extensión de los celtíberos a la manera de Mannert. Más bien les atribuye alguno taxativamente una extensión indeterminada. «Como su poder había aumentado» dice Strabo (III. 2. p. 148.) «hicieron que también todo el país de alrededor fuese nombrado según ellos. Plinio los coloca de un modo determinado hacia el Océano occidental y del noroeste (I. 139, 14.) en el sitio donde hace proceder los célticos, junto al Anas, de aquellos desde Lusitania, y allí donde dice (I. 230, 6.) que las islas Cassitérides están enfrente de Celtiberia. Pues como siempre distingue él cuidadosamente celtíberos y célticos, no puede en esto referirse a los ártabros (*). También escritores más recientes han tenido ya la misma

(*) Risco (*España sagrada*. T. 32. p. 15.). para demostrar que toda la costa norte estaba ocupada por celtas, se refiere también a Appiano. VI. 28. donde dice que Asdrubal, cuando procuró reunir soldados en

opinión de una mayor extensión de las tribus célticas, como se puede reconocer en Harduin a los pasajes aducidos de Plinio y en las notas de la nueva traducción parisiense de Strabo (I. 389. nt. 3.). Pero lo que eleva esta opinión a certeza y a la vez da los límites de la mezcla es, me parece, la separación ensayada arriba de los nombres célticos, y la línea (23.) señalada como circuito de su territorio. Entre ésta y el Océano no ha quedado por lo menos ningún gran distrito del país libre de intromisión céltica; entre ella, los Pirineos y el Mediterráneo, por el contrario, nunca se ha realizado por lo menos una penetración importante, aunque algunos puntos puedan haber venido a ser célticos, como *Ebura* en Bética y *Edetania* (30.) parecen indicar. Livius refiere (XXXIX. 56.) que los romanos pelearon con los celtíberos *in agro Ausetano*, así bastante alejado de sus límites hacia los Pirineos, y conquistaron algunas ciudades, que éstos habían fortificado allí. Tampoco se infiere del pasaje, que los celtíberos hubieran hecho esto meramente como aliados de los ausetanos, o hasta como tropas mercenarias, como en otros casos eran en las tribus españolas (Liv. XXXIV. 17.). Con todo pudo esta ocupación de un territorio a ellos extraño ser solo casual y pasajera. Sólo que los casos de esta especie demuestran siempre, que la mezcla de los iberos con celtas por lo menos no se puede limitar ya, como aquí ha sucedido. La opinión de Plinio sobre Lusitania en particular se confirma con fuerza por esta investigación, pues una gran parte de todos los nombres célticos se halla en esta provincia. Yo creo (25. 29-31.) haber traído la prueba de la extrañeza y del origen céltico de ciertos, nombres españoles, de manera que en justicia ninguna duda puede quedar ya. Los nombres terminados en *briga* dan en esto la guía a la mano y, si las etimologías, por verosímiles que puedan también ser, sin embargo, amenudo dejan todavía incertidumbre, nada de importante queda a mi entender que objetar contra el modo de demostración, elegido por mi. Si es evidente que estos nombres, fuera de España, se presentan en todas partes, donde hubo residencias de celtas o vías de emigración; si

la costa norte, pasó a Galia con los celtíberos tomados, a sueldo. Pero entre éstos no entendía él las tropas, que primero estaba ocupado en reclutarlas en la costa norte. sino aquellas que antes había reunido en Celtiberia. Esto está claro en c. 24. Más demostraría el pasaje, igualmente aducido por Risco, de Xiphilinus (*Exc. e Dionis libr. 53. ed. Leunclavii. p. 71.*), en donde nombra a los astures y cántabros, Κελτιχαιθνη, si este compendiador ulterior pudiera en general valer como autoridad donde evidentemente dice otra cosa que Dio.

lo mismo, es el caso también en España, donde la permanencia de pueblos célticos es históricamente segura; se puede a posteriori concluir con seguridad, que también habrán habitado los celtas donde se hallan estos nombres, sin que sea conocido históricamente, que la tribu originaria se hubiera mezclado allí con extranjeros. Pero como con los nombres en *briga* sucede, según he mostrado, con un número de otros, que siempre alcanza a fundar una prueba por inducción.

42.

Etimología de la terminación *briga*.

En cuanto a la etimología creo haber demostrado, que *briga* no es sonido vasco. En ningún antiguo escritor se le designa (*) como palabra española. Festus dice (v. Lacobriga) sólo, que el nombre *Lacobriga* se compone de *lacus* y de la ciudad española *Briga* (así un *nomen proprium*). En contra hay dos derivaciones de palabras muy afines en los antiguos, una del celta, la otra ya arriba mencionada (33.) del tracio. Según el escoliasta de Juvenal (*ad Sat.* 8. v. 234.) se llaman Allobroges gentes venidas de otra tierra, de *brogae* en celta en los galos tierra de labor y *Alza*, otro (**). En realidad se llama aún hoy en ambos dialectos de la Baja Bretaña y Gales *bro* no sólo un campo labrado, sino también en general una región, un país, y *all* otro (Owen y Le Pelletier Dict. hh. vv.). La misma palabra contenían también en su nombre, los vecinos de los *allobroges*, los *latobroges* pero de ordinario a éstos se les llama *latobriges*, y un remero mencionado por César (*de bello Gall.* II. 3.) *Antebrogius*. Del origen tracio de βρια se ha pensado arriba (33.). Esto era, sin embargo, según Hesychius, también una palabra griega, aunque quizás importada únicamente de los tracios a los griegos, con tanta frecuencia residentes en Tracia. Significaba en el país una aldea y su significación se había extendido, o todavía no se había limitado: pues puede haber sido uno y otro caso, según se adopte como primitivo *ciudad* o *región*. Se podría también tener *briga* por una palabra con χυργος (como se ha comparado con *Burg*)

(*) En los recientes sí aparece, pero sin testimonio valedero, en Re-sende *de antiquit Lusitaniae*. l. 4. p. 196.

(**) *Ideo autem dicti Allobrogae, quoniam brogae Galli agrum dicunt, alla autem aliud. Dicti igitur, quia ex alio loco fuerant translati.*

con consonante trastocada, lo que no es forma lingüística desusada, y *Elibyrge* (14.) en Tartessus lleva Stephanus a este caso. Sólo que todas estas derivaciones de formas de palabras de idiomas cultos, a que corresponde de preferencia la de Cluver (*Germania antiqua*, p. 49-51) para *Brücke*, son sumamente inverosímiles y no creo que se pueda ir más lejos, que a decir, que había una antigua raíz *bri* o *bro*, la tierra, país, residencia, ciudad, y de la cual proceden todos estos nombres. Que esta raíz pertenecía a los celtas, parece demostrado. Pero podría también a la vez ser propia de otro idioma, como hay varias palabras raíces comunes a la mayoría de los idiomas europeos. Me parece muy verosímil, que las vascas *iri* y *uri*, si se busca en grados más lejanos, conexionarían con esto. De este modo no se necesita opinar con Goropius Becanus (*Hispanica*, p. 24.), que los iberos y tracios hablaban el mismo idioma, para no tener por extraños el tracio *bria* y el céltico *briga* en España y Portugal. Más por el sonido que por la significación son diferentes de *briga* las terminaciones *britium* (*Eburobritium*. 24.) y *briva* (*Samarobriva*. 29.); *britium* parece conexionarse con palabras célticas, que significan jurisdicción. *Vergobretus* se llamaba (Caes. *de bello Gall.* I. 16.) el magistrado supremo en los aeduos, y Oberlin (ad. l. c.) explica esto muy justamente del irlandés *fear go breith* (escocés *breath*), varón a la justicia. En la Baja Bretaña se llama *breuta* conducir procesos y *breut* justicia (Le Pelletier, v. *Breugeou*), en Gales *brawd* jurisdicción, y *brawdwr* juez (Owen.). Como los tribunales de los señores feudales en la Baja Bretaña se llamaban *breugeou*, *breujou*, así podría venir de esto mismo la significación de *briga* como ciudad. Sólo que lo dicho arriba me parece más exacto. *-briva* se explica por *Brücke*. Esto únicamente se ha tomado de *Samarobriva*, puente del Somme, aunque Mannert (P. 2. T. 1. p. 196.) recuerda oportunamente, que para el nombre del río, nunca en especial mencionado por los antiguos, no se tiene otra prueba, que el nombre de la ciudad. Con todo, por otra parte es exacto que los únicos lugares, en que además se halla la terminación, son tales en que se revela el residuo del nombre *agua*. Son, a saber, en Britannia *Durocibrivae* y dos *Durobrivae*. Poco distantes del uno estaba el lugar *Durolipons*, que parece una traducción. No obstante es chocante siempre que ninguna palabra semejante se pueda presentar para esta significación en los restantes idiomas célticos y que signifique puente (*).

(*) N. del T.— Puente en alemán es *Brücke*.

43.

Correspondencia de los celtas ibéricos con los iberos y galos. Costumbres, carácter y usos litúrgicos de estas tribus.

Pero ¿de qué modo se realizó la fusión de ambos pueblos, si se ligaron en un estatuto; o si los indígenas fueron en parte suplantados por los inmigrantes y subyugados, qué influencia ejerció la unión sobre las costumbres? sobre todas estas preguntas los antiguos escritores nos dejan en completa oscuridad. Sus descripciones sólo nos descubren en conjunto la impresión de que las tribus célticas en Iberia eran muy diferentes en carácter y costumbres con respecto de los galos, y que entre los pueblos de la Península no se muestra ninguna diferencia tan grande y chocante, como se habría de presumir en dos naciones independientes de diferente abolengo. La unión debe haber persistido muchos siglos y tampoco ha sido de un modo muy violento, para dejar al indígena bastante fuerza e independencia hasta hacer su peculiaridad la predominante. Pues no es de negar, que los celtas de la Península se habían hecho más a los iberos, que éstos a aquéllos, y que la impresión total, que producen sus habitantes en todas las descripciones. y narraciones, es casi tan diferente de la de los pueblos galos, como opinábamos lo mismo arriba (31.) de los nombres de lugares. Ambas manifestaciones son entre sí casi completamente iguales. Sin embargo, las tribus celtas eran muy importantes en número y de influencia política prepotente: pues los celtas eran el pueblo con mucho el más poderoso y el más difícil de vencer en la Península, y se extendieron, aunque también renunciemos a todas las pruebas por meros nombres, por todo el interior y una gran parte de la costa occidental. Se pregunta, con todo, muchas veces, si se pueden comparar los celtas ibéricos tan directamente con los galos. Los antiguos van a la obra en esto con mucha precaución. No se sirven del mismo nombre, nómbranles exclusivamente *Celtici* y no usan este nombre, cuando hablan de los celtas en general, o de los galos (*). (Strabo:

(*) Hacen una excepción las Excerpta de Diodorus 25 libro (Ecl. 2.), donde Istolaios, que pelea contra Hamilcar, es llamado στρατηγος των Κελτων y donde, sin embargo, sólo puede ser cuestión de tribus célticas en España. El nombre está aquí de la misma manera que en Herodoto y se tiene que considerar la distinción más exacta arriba notada como de época ulterior, en que el país era más conocido. Eratósthenes

Κελτοι. III. 4. p. 164.). Que acaecieron transmigraciones hacia Galia y de ella, sabemos; los galos, que conocemos por los romanos en tiempo de César y en general también antes, pueden por tanto haber sido muy diferentes de los aún más antiguos y en cierto modo más primitivos. Aun sin transmigraciones pueden haber adoptado en el transcurso del tiempo usos y costumbres, que antes les eran extraños. Hasta parece que no es menester pensar, ni es necesario ni acertado, a los celtas ibéricos precisamente como colonias o tribus desgajadas de las que habitaban en Galia. Mannert (P. 2. T. 1. p. 23.) anota muy atinadamente, que probablemente ya en la primera ruta de los celtas hacia Galia se abrieron camino hasta Iberia. Si hubo más de una de estas marchas, pudieron las tribus, que después aparecen en Iberia, haber dado lugar en Galia, como más antiguos pobladores a nuevas inmigraciones. Hasta no sería imposible, que en la Península misma se hubieran asentado autoctónicamente con los iberos y sólo hubieran sido más comprimidos cuando fué ocupada la costa meridional por extranjeros. Pues no admite ninguna duda que habitaban celtas una parte de Galia, la oriental, todo lo más atrás que nuestra historia alcanza, y es muy inseguro, qué extensión tuvo esta residencia y si no llegó hasta donde lo permitían las de los iberos y ligures. Acerca de la noticia de Diódoro de Sicilia y Appiano (VI. 2.) de su penetración, la guerra contra los iberos y su reconciliación con ellos no hay que fiar como sobre algo históricamente decidido, aunque también Strabo, por cierto (III. 4. p. 158.) lo vió así. El único hecho verdaderamente histórico era la convivencia de las dos naciones y para explicar esto se formó, sin duda, aquella leyenda. No es verosímil que se hubiese mantenido por tradición independiente desde tan lejanos tiempos y regiones tan poco conocidas. No obstante reconozco que yo me hubiera declarado

colocó un pasaje de su obra a los gálatas (galos) hasta en Gades, pero no lo mencionó después en su descripción de Iberia. Polybius (XXXIV. 7, de Strabo. II. p. 107.) censura esta contradicción. En un encuentro de Cn. Scipio contra Mago y Hasdrubal aparecen en Livius (XXIV. 42.) *Gallica spolia, y duo reguli Gallorum, Moenicaptus et Civismarus*. Pero esto no se entiende de los célticos o celtíberos, sino de las tropas auxiliares de Galia. La expresión *Galli* nunca se emplea para los celtas españoles, y la terminación del nombre *Civismarus* se halla varias veces en Galia, pero nunca en España. Sin embargo, no sabría yo, que en ninguna otra parte se hubiesen nombrado tropas auxiliares galas en el ejército cartaginés en España; las palabras del mismo pasaje: *sed gens nata ins-taurandis reparandisque bellis*, que se podrían relacionar, por lo que sigue, con Galia, no van, sin embargo, a España, como lo muestra la comparación de XXIII. 49. y XXVIII. 12.

siempre por la opinión de la inmigración. Si hubiesen poseído España los iberos y los celtas a la vez, antes de toda memoria humana, y no que unos viniesen a las residencias de los otros, los hallaríamos también, con toda probabilidad en lugares diferentes. La mezcla, tal como existía por el testimonio de los escritores y los nombres de lugares, no es de explicar en esta hipótesis. Que por lo demás en la parte de Iberia, que ya poseía cultura indígena efectiva, los más rudos celtas aceptasen esta cultura más y más pronto, es natural y está dicho expresamente de los célticos del Anas por Strabo, según testimonio de Polybius (III. 2. p. 151.). Se ve por este pasaje, que también donde no se había verificado la mezcla íntima productora del nombre unido, sin embargo, iberos y celtas celebraban matrimonios entre sí. Pues tenía Strabo en el pensamiento la comunidad de linaje resultante de tales uniones, cuando dice en el pasaje citado, que los célticos obtuvieron por la vecindad y la *alianza* (συγγενείαν) con los turdetanos costumbres más apacibles e instituciones políticas. En un verdadero parentesco de sangre y estirpe, como admite Strabo, al emplear la misma palabra (III. 3. p. 153.), entre los célticos del Anas y de la costa noroeste, no puede pensarse aquí, pues por otro lado en ninguna parte se menciona tal cosa entre iberos y celtas y este pasaje está además destinado manifiestamente a describir sólo las consecuencias de la convivencia de estos célticos con los turdetanos (*).

(*) Aceptando aquí yo que los celtas se extendieron también por la costa norte de España y que no necesitaban proceder forzosamente de los galos, tal como conocemos a éstos, no puedo dejar sin mencionar que Risco (*España sagrada*. T. 32. p. 1-33.) presenta igualmente estas suposiciones. Sólo que lo hace en consecuencia de un sistema del todo diferente y, a mi entender, absolutamente erróneo. Según él es España y Portugal la patria propiamente dicha y residencia primitiva de los celtas; éstos son los que, expulsados de allí por iberos y ligures, atravesaron los Pirineos y poblaron con celtas la Galia. La mezcla con iberos se verifica sólo en pequeñas masas y por este camino Lusitania es su primitiva y principal residencia, de donde se expanden por todo el norte y occidente. de manera que los cántabros, vascos y los habitantes de Aquitania serían puros celtas. Esta opinión se basa sobre los conocidos pasajes de Herodoto falsamente interpretados por Cl, sobre el testimonio de Plinio en cuanto a las residencias de los celtas en Lusitania. la declaración de Strabo de la igualdad de costumbres de todos los habitantes de la costa norte y el pasaje más arriba pensado, también mal comprendido, de Avieno, de la expulsión de los ligures por los celtas. La refutación de esta idea está hecha por sí en toda mi actual investigación. Risco cae en la falta esencial de no poner como base ninguna idea terminante de los distintos nombres de pueblos y quedarse completamente sin cuidado por lo único, en que se pueden diferenciar las tribus, los idiomas. Según su sistema deberían haber tenido Galia e Iberia los mismos idiomas, o por lo menos, si bien con matices, meramente célticos. La estirpe de pue-

Que celtas e iberos son estirpes de pueblos del todo diferentes, cada una con idioma peculiar, lo atestiguan los antiguos notoria y terminantemente (Strabo. IV. 1. p. 176. c. 2, 1. p. 189.). También los más calificados de los escritores recientes concuerdan en ello (*). Sólo buscan llevarnos a la duda aquellos, como Bullet, Vallancey y otros, que querrían asignar toda la Europa occidental exclusivamente a los celtas. Los iberos eran en general pueblo más pacífico y tranquilo. En vez de que ellos mismos hubieran intentado movimientos exteriores fueron expulsados poco a poco del Ródano hacia el occidente. Podría esto haber estado en su carácter, o en que, como Strabo (III. 4. p. 158.) dice, evitaban uniones con otros por arrogante confianza en sí, por lo cual, sin venir a grandes empresas (**), sólo se aplicaban a pequeñas rapiñas; queda el fenómeno siempre el mismo, y los distingue claramente de los galos. En las guerras contra los romanos eran porfiados y perseverantes, pero también de preferencia sólo los mezclados con celtas. Tampoco puede olvidarse que en su mayor parte fueron exasperados por los romanos, que muchas guerras se produjeron por la rapacidad de los pretores, varias sin el asentimiento, algunas contra la voluntad del pueblo romano. Una vez exasperado su amor patrio, su apego a su libertad y sus amigos, su desprecio de la muerte y su fiereza de todo esto originada eran sin límites. Rapiñas emprendían sobre todo los montañeses y lusitanos en todo caso con regularidad; pero se veían forzados a ello por la necesidad y por la cantidad de gente siempre creciente. La costumbre de ordinario venida a ser constitucional, de la salida anual de una parte de los, varones útiles para las armas, explica bastante esto. El estado de guerra, que se hizo casi permanente en España por los romanos, tenía también que aumentar la rudeza y con esto el mal mismo, que debería extirpar. Sólo podía ejercer una alteración la completa subyugación; pero ésta sólo se alcanzó paulatinamente, y, como ha señalado de un modo muy penetrante Mannert, después que Sertorius reunió las diferentes

bles de los iberos la pasa casi del todo por alto, y en ninguna parte de su disertación se reconoce qué opinión abriga en realidad sobre los turdetanos y el resto de la costa meridional. Favorece por esto también en absoluto la hipótesis, expuesta por mí como inverosímil, de que los celtas ocupaban autoctónicamente a España. Sin embargo, resalta siempre con claridad, que él ha sentido, que no se pueden limitar las tribus célticas en Iberia a un espacio demasiado pequeño y que entre ellos y los galos, después conocidos, concurrían diferencias marcadas,

(*) Niebuhr: Röm. Gesch. I. 113.

(**) Florus. II. 17, 3.

tribus y las atrajo a costumbres e instituciones romanas. Si se tiene presente, que los iberos antes habían ocupado la mayor parte de la costa meridional gala y, como veremos más adelante, se hallaban en todas las mayores islas del Mediterráneo, parece que aprendimos a conocerlos sólo en la época en que su extensión y magnitud estaban en menguante y que, en parangón con los habitantes ya conocidos de Galia, puesto que tales determinaciones siempre han de ser sólo relativas, pertenecían a una estirpe anterior. Sobre esto se manifiesta también la estructura de su idioma, comparada con la del antiguo britano. Ahora me parece a mí, no una fantasía poética tan sólo, que estas estirpes humanas anteriores mantuviesen y cambiasen sus residencias amistosamente. Si se admite la paulatina población del mundo, el acosamiento y contiendas por el palmo de terreno nutricio sólo puede corresponder a época ulterior. Apenas poseemos fragmentos acerca de la organización de los diversos pueblos; pero lo referido (Diodorus Sic. V. 34.) de la repartición anual de tierras y la comunidad de los frutos cosechados en los vacceos rememora un estado social muy primitivo. Los iberos nunca inspiraron a sus vecinos de fuera de España recelos de campañas enemigas, ni aun después de su unión con celtas. Ya en esto radica una diferencia importante contra la Galia. Pero más decisivo e importante es, que algunas de las instituciones peculiares y rasgos de carácter de los galos parecen haber sido completamente extrañas a los celtas ibéricos. De los primeros les faltaba la institución de los druidas y bardos y el régimen sacerdotal; pues ciertamente los antiguos escritores no lo hubieran llamado, si también los celtas hispanos hubiesen conocido estas organizaciones. Es de notar que los druidas, según César (*de bello Gall.* VI. 13.), vinieron de Britannia a Galia. Aunque esta leyenda fuese errónea, o se hubiese de explicar de otra manera, demuestra por lo menos, que no se consideraba la institución de los druidas como de principio propia de todas las tribus célticas. Tiene que haber sido también desconocida por los iberos, pues en ninguna parte se hace mención de ella y, si en la antigua España, como en Galia, hubiese dominado, habría producido una reunión de las diversas tribus, lo que allí no se encuentra: pues todos los druidas, bajo cuya influencia estaban las naciones, tenían como es sabido un jefe y asambleas comunes.

Quizás se liga con esto que, como arriba (5.). se hizo notar, al idioma vasco no le es propio, como p. ej. al de Gales, el paso regular de las letras recíprocamente, según las posiciones, que tienen

en la frase, y la reconducción firme de las palabras a sus sonidos radicales. Pues no habría de ser una suposición del todo incierta, que un cultivo tan artificioso de la estructura gramatical del idioma se adscriba de preferencia al cuidado de instituciones de sacerdotes y cantores, que fuesen quienes solamente se hallaban en posesión de todos los conocimientos eruditos (*).

En las costumbres y el carácter de los celtas de una y otra parte de los Pirineos se hallan también diversas diferencias. Los galos son culpados, sea con razón o sin ella, de una gran propensión a la pederastia (Athenaeus. XIII. 79. Diodorus Sic. V. 32.). De los celtíberos nada se menciona, que permita concluir sobre este vicio contra naturaleza. Parecen en este punto haber sido semejantes a los iberos, que preferían sacrificar su vida, que su castidad (Strabo. III. 4. p. 164.). También de la fiereza clamorosa, ostentación vana y exageraciones, que se achacaban a los galos (Diodorus Sic. V. 31), parecen haber quedado exentos sus parientes en Iberia.

Pero aunque algunos de los rasgos más principales de las costumbres e instituciones galas no se hallaran en los celtas ibéricos, se diferencian, sin embargo, siempre de los iberos puros. El testimonio de Plinio no deja lugar a ninguna duda. Que los célticos, dice, han venido de los celtíberos de Lusitania, es evidente en su servicio divino, su idioma y sus nombres de lugares. Además había permanecido, según esto, en los celtíberos idioma y servicio divino puramente célticos, y no se había mezclado con modos ibéricos; si no se puede atribuir algo de lo tajante en esta opinión a la particularidad de este escritor, que se solaza en dar a su estilo colores chillones y chocantes. En ningún otro antiguo escritor es, por lo menos, el contraste tan fuerte, y es de lamentar en todo caso, que falte al cuadro, en conjunto tan agudamente indicado, la distinción de los rasgos particulares. Strabo tiene en esta descripción de costumbres de Iberia evidentemente otro fin, que el etnográfico. Quiere mostrar cómo la diferencia de costumbres es consecuencia del clima, del suelo, y de la posición social, Describe primero a los turdetanos (III. 1. p. 139.), que por sí mismos alcanzaron ya un alto grado de cultura, luego los lusitanos, o más exactamente los habitantes del distrito entre el Tajo y los célticos del noroeste (3. p. 154.), y después los montañeses (**) (p. 155.), a que refiere todos los pueblos

(*) N. del T.— Véase la nota (1) de la pág. 552.

(**) La reciente traducción parisiense (I. 447.) refiere todavía todo este pasaje de los montañeses a los lusitanos. Traduce *Ἀπαντες δὲ οἱ ορειοί.*

de la costa norte desde los galaicos hasta los vascos y los Pirineos; por último añade (4. p. 163-165.) algunos rasgos generales sobre todos los iberos. El celtíbero menciona sólo, en cuanto le lleva ocasionalmente hacia aquellas descripciones; adrede y por separado no los describe y aún menos de manera que indicase su diferencia de los iberos. Ni una vez le ocurre que hablen su propio idioma, lo que demuestra tanto más que esto ya creía haber indicado él en otro pasaje. Diódoro de Sicilia, en cambio, presenta, en el pasaje amenuado citado, a los celtíberos en particular y los compara también con los lusitanos. La principal diferencia está aquí en el modo de guerrear y las fases del carácter, que esto determinan y por las que se desarrollan. Mannert (I. 393.) lo ha trazado muy parecido. Los lusitanos pelean más con ardid, presteza y soltura, pues estos eran los rasgos de carácter hereditarios de los iberos (Strabo. III. 4. p. 158, 163.); a los celtíberos no les faltaba soltura y presteza, pero eran más violentos y valerosos en ataque abierto y lucha a pie firme, que aquellos. También en las armas había diferencia, pero la más importante sólo en el tamaño del escudo. Los celtíberos conservaban el largo de los galos (*), mientras que los lusitanos, conforme a su modo de pelear, preferían uno pequeño, con que con facilidad contraparan al golpe en todas direcciones. El ataque libre de los celtíberos requería en general armas de mejor protección, miraban por eso también más a la seguridad por el yelmo y la coraza. El armamento lusitano se consideró como el peculiar de toda la España de aquella parte, el celtibérico como el de la citerior (*scutatas citerior & provinciæ, et cetratae ulterioris Hispaniæ cohortes*. Caes. de bello civ. I. 29.). Pero como para el ejercicio completo de la guerra. tenían que combinarse ambos, el ligero y el pesado, se presentan

tous ces montagnards y Τραγοφάγουσι χ. τ. λ. *Les Lusitans préjèrent cet*. Esto no parece exacto. Sólo en cuanto los lusitanos son montañeses se acomoda a ellos lo dicho. El país entre el Tajo y la costa superior tenía también, sin embargo, llanura y la conexión muestra evidentemente, que Strabo hasta las palabras: α. δ. ο. quería hablar exclusivamente de los lusitanos y de allí adelante no ya de una tribu, sino de habitantes de una región semejante.

(*) Si los escudos ibéricos y galos se describen como iguales, o por lo menos semejantes (Polybius. III. 114. Livius. XXII. 46.), esto sólo puede valer de los celtibéricos, al menos no de los lusitanos. Que es verdad que el escudo galo no cubría completamente el cuerpo, se destaca de Polybius (II. 30, 3.) y Livius (XXXVIII. 21.); pero no, porque le faltase en longitud, sino en anchura y curvatura. Wesseling (*ad Diod. V. 30.*) ha aclarado bastante esto y lo ha confirmado con autoridades. Es por tanto erróneo, que en las notas de Schweighäuser a Polybius (Vol. V. p. 699) diga de los escudos galos; *scilicet brevia erant*.

también escudos pequeños y *milites cetrati* en los celtíberos (Diodorus Sic. V. 33.), los carpetanos (Liv. XXIII. 26.) y en general en la España citerior (*cetrati citerioris Hispaniae* Caes. de bello civ. I. 48.). Sólo, que no se ve en ninguna parte que los lusitanos se hubiesen acostumbrado a los escudos largos y pesados (*). En las cargas de caballería no parece haber habido ninguna diferencia. La pelea alternada a pie y a caballo era común a ambos. Por el contrario, el género de vida ordinario no era el mismo. Los iberos eran más sobrios; aun los mejor acomodados comían poco y en verdad, según se les inculpaba, por avaricia (Athen. II. 21.). Los montañeses se alimentaban dos terceras partes del año de pan, que preparaban de bellotas madasas (***). Los celtíberos, en cambio, vivían con mayor abundancia,

(*) Una descripción detallada, según monedas, del armamento español se halla en Florez (*Medallas*. I. III y sig.). Según Diódoro de Sicilia los celtíberos envolvían las piernas con cubiertas hechas de pelos, και περι τας χνημας τριχνας ελουσι χνημιδας. Esto es aun hoy día costumbre en Vizcaya, sólo que la cubierta, llamada *Chapinua*, no es de pelos y fieltro, sino de lana. En vez de las medias se lían tiras de tejido de lana desde la punta del pie alrededor de la pierna y atan y sujetan con bramante, asegurándose en la *Abarca*, una suela, que sube un poco a lo alto alrededor del pie. El campesino se hace él mismo estas últimas con cuero de vaca (**). Se ha conservado, pues, una costumbre celtibérica en los actuales vascos. El calzado, en que Séneca todavía en su tiempo (*Consolatio ad Helviám*. 8.) reconocía a los descendientes de los cántabros, era probablemente el mismo.

(**) N. del T.— Véase en el diario del viaje vasco (G. de Humboldt y el País Vasco; traducción de T. de Aranzadi; Soc. de Est. Vascos. 1925; p. 70.— Mucho más rudimentarias que las abarcas vizcaynas (así llamadas en Santander) son las de Aragón, Castilla, la Mancha, alrededores de Roma, etc.; aquellas son cerradas y cosidas por delante, como las balcánicas y lituanas, mientras que las últimas son abiertas.

(***) *Artea* es una especie de encina. Si bien lleva también este nombre la que da bellotas comestibles, y que también crece en el norte de España, procede el vasculene *artoa*, pan, probablemente de ello, y de la costumbre del antiguo pan de bellotas, que también recuerda Juvenal (VI. 10.) *glandem ructante marito*. Esta derivación es menos próxima que la de *aratu*, arar y más probable que la del griego αρτος (****).

(****) N. del T.— Aranzadi (La flora forestal en la toponimia euskara. San Sebastián. 1905. p. 6 dice «Humboldt anduvo muy equivocado al relacionar *artoa* y *artea*, suponiendo que los primitivos vascos comieron pan de bellota: ni en el país hay bellotas dulces, ni Estrabón nudo referirse a los vascos hablando de quienes comían bellotas, sino a los antecesores de los extremeños y manchegos actuales, que en esto, como en algunas otras cosas, conservan usos y costumbres de la antigüedad».— El mismo autor (Problemas de Etnografía de los Vascos. Rev. Int. de Est. Vascos. París. 1907. v. 161 dice que Humboldt desconoció la sucesión de mijo a maíz.... ni entre *arto* y *arte* hay más relación que la que pueda haber entre *garo* y *gari*. ni el nombre de la borona se había de derivar del del árbol sino del fruto. En la traducción francesa de Strabo, § 15 se dice que «tal es el género de vida de todos los montañeses y, como ya lo he dicho, entiendo con este nombre los diferentes pueblos de la costa oriental (?) de Iberia hasta el país de los vascos y el Pirineo a

comían mucha carne de toda clase y la hospitalidad era en ellos virtud y punto de honor. La mantequilla sólo se mencionaba en los montañeses del norte, no en los celtíberos en especial (*). También en las bebidas de ambas naciones se halla una diferencia: los iberos de la montaña bebían además de agua Zythus, una bebida preparada con cebada, los celtíberos una especie de aguamiel o aloja pues en sus bosques había muchas abejas. Sin embargo, aparece también en ellos aquella, con el nombre indígena Celia (**) (Florus. II. 18, 12.), así como que se dedicaban a la labranza, lo mismo que los iberos (***). Se ha de guardar uno en general de confundir con los salvajes, tal como los hallamos hoy en día en América y Oceanía, a los pueblos, que los antiguos llamaban bárbaros. Estaban de todo punto sobre otro grado de cultura y es en general muy cuestionable, si aquel estado de fiera que, con todo, también en América sufre muchas modificaciones, es evolutivo, o más bien el de una sociedad destrozada por grandes perturbaciones y reveses, desgarrada y agonizante. Tengo lo último con mucho por más verosímil. Aparte de las diferencias aquí mencionadas, apenas hallo anotadas otras importantes entre los iberos y los celtas ibéricos. Por el contrario, tenían unos y otros muchas cosas de común. En gran parte no se puede, en verdad, sacar ninguna consecuencia de aquí. Muchos

saber, galaicos, astures y cántabros»: es de observar que, como en la traducción francesa de Humboldt. tendremos que entender aquí occidental en vez de oriental, para que se trate de galaicos, astures y cántabros; por tanto se trataría, según Humboldt, de celtas y no de vascos ni iberos.

(*) Compárese lo que se nota muy atinada y agudamente en Ritter: Vorhalle Europäischer Völkergesch. (p. 357.), sobre el origen de la preparación de la manteca de vaca, que pasó de los bárbaros a los griegos, y fué una costumbre característica de los pueblos nórdicos y germánicos. Que también era propia de los iberos apunta al origen del pueblo.

(**) Orosius describe (V. 7. ed. *Havercampi*, p. 302.) la preparación y deriva la palabra a *calesiendo*. Como no podía derivar con facilidad *celia* de *calidus* y era nacido español, lo explicaba probablemente en esta etimología por una palabra española. que expresaba esta idea. En el actual euskera sólo conozco yo *quea*, humo (también *guea* y en dialecto labortano *kea*) y *quedarra*. hollín ten dialecto labortano *kelderra*), que pudieran dar en todo caso pretexto para tal derivación. Pero, si bien el castellano quemar procede de aquí, no encuentro, sin embargo, ninguna palabra vasca, derivada de esta sílaba radical y que significase *quemar, cocer, tostar*.

(***) Mannert (I. 394.) les priva de ello: sólo que varios pasajes de los antiguos demuestran lo contrario. Yo alego sólo de Appiano, que la indignación resultante de la dejación del trabajo de sus tierras movió a los numantinos (VI. 79, 29.) a proposiciones de paz, que Scipio en Numancia hizo segar el trigo en verde (VI. 87, 16.), que Gracchus asignó tierras a los menesterosos entre los habitantes de Complega (una ciudad celtibérica), etc. (VI. 43, 83.)

rasgos de las descripciones de los iberos de montana, el ser aguados, el yacer en el suelo (*) la sencillez de su género de vida, la indolencia por toda mejora del mismo, el desprecio de todos los menesteres caseros, que recaían del todo en las mujeres, la fortaleza (**) y endurecimiento de éstas, el valor y el desprecio casi indiferente de la muerte, son de naturaleza general y no delatan un carácter nacional determinado, sino el estado social en general, y el grado de cultura del pueblo. Sin embargo, algo se caracteriza también de particular en ello. Así el desprecio a la muerte en los iberos estaba fundado solamente en motivos nobles y no se halla ningún ejemplo de que vendiesen su vida por dinero, o por unos cuantos vasos de vino, una locura, que casi llega a lo increíble y que se cuenta de los galos (Athen. IV. 40.). Algunas costumbres y fases de carácter, que son de naturaleza menos general, tenían de común los iberos con los galos, A esto corresponde, ante todo, la costumbre de dedicar su persona y su vida a un hombre estimado. Sertorius tenía a su alrededor, según la narración, quizás exagerada, de Plutarco (c. 14.), miriadas de tales guerreros. Estos nunca sobrevivían en la lucha a quien se habían dedicado y, si fenecía lejos de ellos, se adherían su nombre también después de su muerte, como demuestran los calaguritanos (***) por un ejemplo y el horroroso sacrificio de todos sus mujeres e hijos (Val. Max. VII. 6. Ext. 3.). Pero no se dice, y me parece dudoso, si también en ellos valía como deber el morir, si perdía la vida por enfermedad o accidente, como en los galos (Athen. VI. 54.). En la muerte de Sertorio se hubiera mencionado. Esta exageración de un sentimiento naturalmente noble pudo dimanar de la superstición o de un deseo inmoderado de fama, que los escritores romanos y griegos achacan a los galos. Que estas dedicaciones también eran propias de los celtíberos, lo dice expresa-

(*) Hom. Ilias. XVI. 233-235 (I).

(I) «Ζεύ ἄνα, Λαδωναιε, Πελασγικέ, τηλόθι ναίων Λαδώνης μεδέων θνησιμέρου ἀμφί δι Σελλοί σοι ναίουσ' ὑποφῆται ἀνεπτόποδες χαμαιεῦναι»

(**) El endurecimiento del sexo femenino se ha conservado en el país vasco y las provincias de España noroccidentales limitantes; en ninguna parte ejecutan las mujeres trabajos más fatigosos y llevan tan grandes cargas. Que esto realmente es todavía peculiaridad castiza, se puede deducir de que sólo se encuentra allí, en las provincias donde se han mantenido sin mezcla los descendientes de los primitivos habitantes, y no en el resto de España.

(***) La inscripción, que Swinburne ha tomado de los Anales Catalánicos (Trad. de Strabo en París. I. 487.) y que trata de la dedicación de muchas multitudes a los manes de Sertorio, no puede considerarse como auténtica. Ya la inscripción de *terrae mortalium omnium parentis*, me parece sospechosa.

mente Valerius Maximus (II. 6, 11.). Iberos y celtas ademas comían sentados, no echados como griegos y romanos, pero los galos en tierra, los iberos sobre asientos dispuestos en las paredes de la casa. Unos y otros observaban también una diferencia de orden en los puestos, y la repartición de las viandas (Athen. IV. 36.). Era común a los cántabros y celtas la costumbre, de que hombres y mujeres se lavasen con orina y frotasen los dientes con ella, costumbre, que se mantuvo también por motivos higiénicos por los celtíberos, en otros casos descritos expresamente como aseados. Que también en otras partes de Iberia fuese ello usual, no se dice. En el color del traje se diferencian bien los iberos de los galos y en esto los celtíberos hablan cambiado la costumbre paterna por la extraña. Los varones llevaban toda ropa negra, de lana basta, parecida a pelo y las mujeres, por lo menos en parte, tales velos; los galos se adornaban con colores abigarrados. El color negro, sin embargo, sólo en el traje casero de los españoles en tiempo de paz. En la batalla de Cannas (Pol. III. 114. Liv. XXII, 46.) se distinguían precisamente los españoles por el blanco brillante de sus ropas de lienzo, adornadas con tiras purpurinas. De esta manera cambian los matices de semejanza y diferencia entre los iberos y celtas ibéricos de modo que, aun la comparación más cuidadosa, no da, ni con mucho, tantas ilustraciones sobre su peculiaridad respectiva, como sería necesario para poder juzgar el grado de fusión de ambas naciones con alguna seguridad.

Puesto que Plinio aduce taxativamente como prueba de la diferente procedencia de los célticos su servicio divino, es muy de lamentar, que los geógrafos e historiadores de la antigüedad nos hayan dejado sobre esto tan escasas noticias. De la mención de ofrendas de toda clase, del sacrificio de un macho cabrío en honor de Marte, del de hombres y caballos prisioneros, de la adivinación por las entrañas en el cuerpo de la víctima, y según la caída y la agonía de los prisioneros, poco se puede seguir; si bien, aun aquí hay pequeñas diferencias, pues estos usos pertenecían a varios pueblos y sobre todo, más o menos, a los galos. Pero que la religión de los iberos y celtíberos discrepaba de la que estaban acostumbrados a ver griegos y romanos en su país, y probablemente también en Galia, resalta de breves indicaciones, que en ellos se hallan. Algunos, se dice (III. 4. p. 164.) en Strabo, niegan a los galaicos toda creencia en los dioses y dicen, que los celtíberos y sus vecinos nor-teños pasan las noches de plenilunio ante sus puertas con toda su

familia en danzas y fogatas en honor de un dios innominado (*). Ambas expresiones, la negación de toda religión, y la del dios innominado, utilizan los antiguos (Strabo. XVII, 2, 3, p. 822.) también en otras naciones y únicamente se puede deducir de aquí, que ignoraban la religión de estos pueblos, pero a la vez también, que no había, o no era muy manifiesto en ellos el politeísmo. A estas fiestas lunares refiere Erro (*Alfab.* 129-144.) una media luna, amenudo con un punto o azuela enmedio, que se ve con mucha frecuencia en antiguas monedas españolas y habla en favor de esta interpretación, que este signo se acompaña también no rara vez de una estrella (**). Pero nunca se encuentra una luna llena, por lo que yo sé. En las anotaciones de Bellermann sobre las monedas fenicias y púnicas (St. 3. p. 25.) se interpreta esta línea por una J, que significa el número 10 e indica el valor de la moneda. Pero si se ven en Florez (*Medallas.* I. 154. y Lám. 3. nr. 10. 13.) las monedas con figura clara de media luna y una o más. estrellas, no puede caber duda de que las monedas españolas admitían estrellas en su cuño. En una moneda muy antigua, según parece de Asido, se indica la estrella simplemente por una cruz (I. c. Lám. 4. nr. 5.). Es de importancia la observación de Florez, de que en las monedas más antiguas de Bética el toro siempre va acompañado de una media luna, que no lleva en las monedas de otras provincias. Florez lo tiene en éstas por un mero símbolo de la agricultura, sólo en aquellas, en combinación con la luna, por una representación religiosa, venida de Oriente (I. 164.). Sea la que quiera la conexión que tenga también con esto, empero, y con la religión de los celtíberos en general, está claro por el pasaje anterior, que no pertenecía exclusivamente a ellos, sino también a una parte de la costa norte, que con ellos lindaba. Que también los ritos religiosos eran semejantes lo muestra que, o los celtíberos se extendieron, como lo indican los nombres de lugares, más allá de los territorios a ellos atribuidos, o ambas naciones se habían aproximado en usos y costum-

(*) En la nueva traducción parisiense se añade en este pasaje $\theta\upsilon\epsilon\iota\nu$ (I. 481. nt. 3.), y Corai ha aceptado en su edición de Strabo esta palabra en el texto; aunque entre paréntesis. Si bien la construcción se hace con esta adición en todo caso más fácil y flúida, no es, sin embargo, de ninguna manera necesario y, como aquí la cuestión es de un servicio del todo propio de un dios innominado, es todavía muy dudoso, si realmente se sacrificaba en estas fiestas nocturnas.

(**) N. del T.— La media luna con estrella es un símbolo babilónico mucho más antiguo que las monedas ibéricas y hoy subsiste en los escudos de Turquía y Egipto.

bres de manera, que también en las tribus no mezcladas concordaban entre sí. De templos no se halla mención en las partes de la Península, que no estaban en combinación con colonias meridionales, si bien, como parece, hay vestigios en nombres de lugares célticos, como *Nemetobriga* (30). En el muy oscuro pasaje de Strabo (III. 1. p. 138.), donde confronta las opiniones de Artemidoro y Eforo sobre el supuesto templo de Hércules en el promontorio Cuneus, se habla de ciertas piedras, de las que en varios sitios había siempre tres o cuatro juntas y que parecían estar en relación con ritos religiosos (Trad. paris. I. 385 *nt.* 4, 5.). Pero no se ve, si se encontraban también tales montones de piedras en el resto de España (*), y en este pasaje además se habla de forasteros recién venidos, si bien las piedras podían corresponder a la costumbre del país y sólo la leyenda añadida a los forasteros (**). Una costumbre

(*) Me acuerdo haber leído en uno de los relatos ingleses de viaje por España, que en el límite de Galicia se encuentran grandes montones de piedras, que proceden de que todo gallego, que emigra para buscar trabajo en el resto de España, según costumbre allí dominante, o al marchar o al volver, arroje una piedra al montón. ¿Sería quizás una reminiscencia de una costumbre antigua, hoy sólo explicada y empleada de otra manera?

(**) Este pasaje, en todo caso, muy difícil, me parece, por las alteraciones y adiciones de los expositores, no restituído aún de un modo satisfactorio. La principal falta está en la palabra *φευδοποιησαμενων*. La *σπονδοποιησαμενων* de Corai se recomienda, si solo se mira a la correspondencia de la construcción, como una corrección feliz. Sólo que me parece, sin embargo, muy arriesgado el añadir, en un pasaje, que trata justamente de ritos religiosos, uno nuevo por mero barrunto. Pues la indicación de las libaciones, que Corai halla en el siguiente *θυειν*, podría ser, sin embargo, demasiado débil. Puesto que ya el mover y trasladar las piedras parece un rito religioso, el sacrificar encuentra en ello una oposición suficiente. Si se intenta todavía otra cosa, queda la elección siempre arbitraria, tal como otros expositores han venido a parar en oraciones (*ευχας*). En una nota de Xylander se calla la variante *φευδοποιεισθαι*, que rechaza, diciendo que no comprende lo que quiera significar. Pero si la construcción no fuera extraordinariamente dura por la posición de este infinitivo, inmediatamente después de *μεταφερεισθαι*, esta variante daría el sentido más sencillo y natural. El pasaje querría decir entonces sencillamente: habría allí piedras, de las que se cuenta, que serían volteadas por forasteros según una costumbre patria y llevadas de un sitio a otro. Para sacrificar no sería permitido, ni etc. *στρεφεισθαι* y *μεταφερεισθαι* están en relación natural a las palabras precedentes *χατα πολλους τοπους*. Lo que aparece en los expositores del coronar las piedras, de sus traslados de lugar propio, de oraciones, en oposición a sacrificios, me parece arbitrariamente añadido al pasaje. Ephorus había narrado de un templo de Hércules. El u otros habían añadido lo del voltear de las piedras. Artemidorus niega ambas cosas.— Erro (*Alfab. de la lengua primit.* 132.) interpreta este pasaje muy equivocadamente, si en él quiere hallar, que en general en Bética no había templos y sacrificios; Strabo habla meramente de una región. Erro atribuye también, aun citando a Strabo, a Ephorus precisamente la opinión opuesta a la que Strabo refiere de él (***)

(***) N. del T.— Respecto de los montones de piedras y el añadir una

propia de los iberos menciona Aristóteles (*Polit.* VII. 2, 6.), de que hincaban tantas picas (ὄβελισχοῦς) alrededor de la tumba de un guerrero, como enemigos había matado (*Zoëga de obeliscis* p. 349.). Ningún escritor hace mención en los iberos de la costumbre gala, de ofrendar a los dioses dádivas costosas, de preferencia oro en barras y, sea hundirlo en lagunas sagradas, sea también depositarlo en templos o lugares abiertos consagrados, donde estaba protegido del robo sólo por el temor ante los dioses (*) (*Strabo.* IV. 1, 13. p. 188.). *Diodorus Sic.* V. 27.). Unicamente Justino nos ha conservado una costumbre, que pudiera tener relación con esto, y a la vez justifica a los galaicos contra el reproche del menosprecio a los dioses. La tierra, dice (XLIV. 3.), es tan abundante en oro, que amenudo arrancan con el arado terrones de oro. Dentro de los límites de aquélla hay una montaña sagrada, a la que se tiene por sacrílego el herirla con el hierro. Pero si alguna vez cae en ella el rayo, lo que en esta región sucede con frecuencia, está permitido recoger el oro descubierto, como un don de la divinidad. Sigue siendo dudoso, si la consagración de la montaña sucedía aquí en alguna relación al oro, como propiedad favorita de la divinidad. Si consistía en mera consagración de la tierra, tenemos aquí un ejemplo de un sitio sagrado, como los que había en Galia. Culto de los arboles, como en los germanos, parece no haberse entendido aquí. El hierro mencionado en el pasaje es evidentemente sólo el del arado (1).

44.

Sobre la estancia de tribus ibéricas fuera de Iberia; en los países habitados por celtas.

He intentado mostrar hasta aquí con qué idioma, con qué pueblos, en qué límites, y de qué modo mezclados, habitaban los iberos

al paso, se podría citar una costumbre del interior de España en los sitios. en que había ocurrido una desgracia, sea por asesinato o por accidente. Respecto de las tres o cuatro piedras juntas hacia el promontorio Cuneus sería de pensar en los dólmenes, tan frecuentes en Portugal y Galicia.

(*) En el templo de Hércules en Gades había, sin embargo, exvotos, que César, después de vencer a los hijos de Pompeyo. no dejó intactos (*Dio Cassius.* 43. 39.). El servicio divino era sin embargo, en este templo fenicio todavía en tiempo de Appiano (VI. 2, 35.).

(1) Después de «arado» tachado: «Tampoco para la estimación sagrada del rayo se puede concluir nada en particular de este».

la Península Hispánica; queda ahora todavía por ver, si se les encuentra y dónde fuera de esta. Sobre la Galia ya se ha hablado antes a este respecto. Ocupaban una parte de la costa meridional y Aquitania, y estas regiones pertenecían, tanto como España misma, a sus residencias primitivas, es decir, a las que como primeras conoce la historia. Pero en las demás partes de Galia no puedo hallar ningún rastro seguro de su existencia y por eso de ningún modo puedo aceptar, que hubiesen vivido alguna vez en ésta y sólo hubiesen sido empujados poco a poco hacia aquélla.

Lo mismo vale, a mi entender, de Britannia. Con todo, desde la época romana se ha abrigado muchas veces la opinión de que hubiesen pasado iberos hacia Irlanda e Inglaterra; y Tácito (Agricola. 11.) la halla confirmada por la cara morena de los silures, su cabello rizado y la situación de su país. Se ve, no obstante, cuán débiles son estos fundamentos. En las partes de las islas Británicas provistas con ciudades, atravesadas con frecuencia por los romanos, no se halla ningún rastro de ascendencia vasca y por el contrario los más notorios de la concordancia con la Galia de enfrente. Solamente sobre los *caledonios* del norte de Escocia, sólo conocidos por algunas campañas, y aun por esto poco, puede quedar duda; Mannert (P, 2. Cuad. 2. p. 93.) tiene por muy verosímil, que pertenecían con los iberos a un mismo tronco. Por celtas cree no poderlos explicar en ningún caso, ya por causa de sus enemistades contra éstos. Pero como no eran esto, los considera, según su opinión, por la nación existente en la Europa occidental antes de la llegada de los celtas y que; o era ibérica realmente empujada por los celtas a la vez hacia España y el norte de Escocia, u otra distinta de todos los pueblos de Europa. Espera la solución de una comparación exacta del euskera con el gálico (*). Es cierto que se ve muy justamente, que esta controversia sólo puede resolverse por los residuos lingüísticos, pero no por las noticias geográficas e históricas en los antiguos. Estos evidentemente sabían demasiado poco de estas regiones y ni los nombres de lugares ofrecen un asidero, pues ningunos lugares existían allí con nombres que hubiera conocido el romano. Pero si la opinión de Mannert ha de ser más que una mera

(*) Escribo gálico y no *gaélico* según el precedente de Stewart. Pero la palabra debe pronunciarse siempre conforme a la pronunciación inglesa que se aproxima en todo caso a Gaélico. Pero si se ve Gaélico como la legítima ortografía, nota Stewart en su gramática p. 5. nt. e. que entre *Gaelic* y *Gailic* sólo se podrá decidir por la etimología, aún no completamente determinada.

conjetura, debería demostrarse, no sólo un verdadero parentesco entre el euskera y el gaélico, sino también una diferencia de ambos contra los antiguos idiomas de Galia; pues de lo contrario se harían al euskera y al gaélico meramente célticos. Pero ahora se contrapone, a mi entender, precisamente el estudio de todos estos idiomas, tal como aún hoy existen, a tal opinión; pues por un lado el euskera se separa netamente del gaélico y por el otro es sumamente probable el estrecho parentesco y aun identidad de los antiguos dialectos de la Galia con el gaélico. Una comparación exacta y detallada de los cuatro idiomas en cuestión (euskera, gaélico, irlandés y de Baja Bretaña) aún no se ha emprendido y es también muy difícil, en la desigualdad de medios, poseer igual conocimiento fundamental de todos. Pero que los tres últimos pertenecen a un mismo tronco, está reconocido por lingüistas acreditados (*). Del euskera hasta hoy sólo se ha comprobado igualdad de algunas palabras, y también éstas en parte con mucha inseguridad. De tal relación de estos idiomas entre sí se puede convencer también quien quiera, que repase su gramática con algún cuidado. En el euskera se encuentra en otro terreno completamente distinto y ya la primera inspección enseña que, si en general hubiese de existir entre el euskera y los idiomas británicos una semejanza y parentesco, que no sea la muy general, el caso es en grado mucho más lejano. Que la concordancia entre el euskera y los idiomas británicos no es tan grande, como de estos últimos entre sí, es evidente y no ofrece ninguna duda. La cuestión, que yo no me atrevería a resolver todavía, puede ser sencillamente esta: ¿se halla entre el euskera y los idiomas británicos en general un parentesco nulo? o si hay alguno ¿es tan sólo como el que se encuentra también entre el euskera y el latín, griego y alemán? En cambio, lo que se refiere a los idiomas de la antigua Galia, se limita la igualdad del idioma de Galia y Britannia, en cuanto a lo que puede demostrarse por el testimonio de los escritores y la comunidad de la institución de los bardos, es verdad que sólo en las regiones bien conocidas de los romanos, es decir,

(*) Que estos tres son en realidad diferentes idiomas y no sólo dialectos de uno es cosa cierta. Tampoco cabe ninguna duda de que el gaélico y el irlandés son mucho más próximos entre sí, que con el bajo bretón y el de Gales. Solamente los grados de este parentesco necesitan una determinación más exacta. Sería de desear doblemente, que Ahlwardt, quien más exactamente conoce estos idiomas, para lo que es el caso en un extranjero, y los contempla más libre de prejuicios, de lo que los indígenas acostumbran a hacer, hallase ocasión de dar a conocer los resultados de sus investigaciones.

Inglaterra y una parte de Irlanda. Sólo que los idiomas de la antigua Galia es imposible que puedan haber sido diferentes del gaélico y del idioma de Gales. Esto demuestran los nombres de personas y lugares, que en gran parte se pueden derivar de ambos idiomas, aun varias palabras restantes, y la circunstancia, de que tampoco apoya el menor vestigio a la admisión de un tercer idioma completamente desaparecido. Con todo, si hubiera sido el bajo bretón solo el dominante, se hubiese demostrado precisamente con ello a la vez, que también el gaélico, a él aún, pertenecía al celta: Añádase ahora todavía, que el último, en cuanto tenemos noticias de él, era el idioma del país en Escocia, y me parece no faltar nada a la prueba de la ascendencia céltica de los caledonios. Con esta hipótesis concuerda también, que Tácito (Agricola. 11.) atribuye a los caledonios cabello rojizo, por lo que les asigna un origen germánico. Sus enemistades contra los celtas no pueden servir de prueba ninguna contra esto. La enemistad nacional es con frecuencia de naturaleza casual y política y precisamente la más violenta entre tribus parientes, si, entre ellos arraigan una vez los celos.

Cómo subsistieron estas dos ramas principales de los idiomas británicos (de Gales, y el gaélico junto al irlandés) en la Galia, donde, según el juicio de Strabo sin embargo, los dialectos no se apartaban tanto entre sí, o si realmente antes coincidían más, o a pesar de ello se aproximaron entre sí en Galia por la vecindad común, si precisamente el aislamiento de los caledonios contribuyó a formar y mantener su diferencia: todo esto son cuestiones, que no pertenecen al círculo de la actual investigación. Me basta con mostrar que los iberos no tenían ninguna participación en la población de la Galia del norte y centro y de Britannia, en cuanto por lo menos la historia puede juzgar, sólo por el testimonio de los nombres de lugares.

45.

Iberos en las tres Grandes islas del Mediterráneo.

Ya que no hallamos a los iberos fuera de España en el norte, tenemos que volvernos hacia el sur. Que aquí ocupaban en parte las tres grandes islas del Mediterráneo, Córcega, Cerdeña y Sicilia es verosímil en alto grado. Los antiguos lo suponen y no hay, según

me parece, ningún motivo para dudarlo. Los iberos pudieron inmigrar a España y Galia, o haber sido allí autóctonos en la posesión de la tierra, por lo que su expansión a islas poco distantes era fácil y natural. Algunos pocos, pero al parecer auténticos vestigios idiomáticos en los nombres de lugares (32.) confirman la sospecha.

Sobre Córcega es el principal pasaje el conocido de Séneca (*Consolatio ad Helviam*. 8). Exponiendo consideraciones sobre el frecuente cambio de los habitantes de los países repasa las diferentes colonias venidas a Córcega; primero los foceos, luego ligures, y también españoles. Los últimos reconoce en la semejanza de costumbres; igual tocado, igual calzado que los cántabros; también algunas palabras; pues todo el idioma era, en el trato con los griegos y ligures, alejado del patrio. Contra este testimonio de Séneca, que era español, parece que nada se ha de objetar. Pero como menciona españoles y cántabros, que también estaban ya mezclados con celtas, no resalta con claridad, que los residentes fuesen precisamente iberos, y aún menos, si ocupaban una parte considerable de la isla. Niebuhr (*Röm. Gesch.* I. 110.) nombra, refiriéndose a este pasaje, a los iberos como más antiguos habitantes que los ligures. Pero esto no parece constar en las palabras de Séneca. Pasaron, dice, allá ligures, también españoles. El hábito de la lengua materna pudieron haber perdido por el trato con los pueblos, que allí encontraron, y con los que se tuvieron que juntar. Si Diódoro de Sicilia (V. 14.) atribuye a los habitantes de Córcega un dialecto estropeado y difícil de entender, no piensa con ello en un idioma peculiar del país, que los extranjeros no hubieran entendido en nada, sino sólo griego corrompido y desfigurado.

La narración de Pausanias de la fundación de la primera ciudad sarda por iberos la he citado ya arriba (32.). Es chocante que, ni en la *Historia Romana* de Niebuhr, ni en la crítica de la misma en los *Heidelberger Jahrbücher* (Jahrg. 9. p. 862. (1), donde se impugna la población de Cerdeña por los iberos, no se haga mención de este pasaje. No parece, sin embargo, ser del todo desdeñable la leyenda; pero que se hubieran de hallar todavía palabras vascas en el dialecto actual sardo, es también para mí muy inverosímil. Por lo menos no me ha saltado a la vista ninguna en los libros, que poseo de este dialecto.

Otro tanto se ha debatido también sobre Sicilia y la ascendencia

(1) Comp. Schlegel: *Sämmtliche Werke*, 12, 472.

de los sicanos, pero queda siempre cierto; que esta isla en los primeros tiempos, según el testimonio de los antiguos escritores, tenía habitantes ibéricos (*). Los sicanos pueden ser venidos de España o se puede haber confundido la costa meridional gala, de la que propiamente procedían, con el país exclusivamente llamado Iberia; en todo caso queda siempre firme aquel hecho. Aquí no nos interesa la cuestión de si los sicanos eran iberos, pues también además de los sicanos se mencionan iberos en la isla. Para la investigación presente, que sólo trae estas cuestiones a su terreno desde el punto de vista más limitado de los vestigios lingüísticos aún persistentes en los nombres de lugares, basta recordar lo arriba (32.) dicho sobre los *morgetes* y *Murgantia*, y añadir esta confirmación a los testimonios de los antiguos.

En todas estas islas, sin embargo, se indican otros habitantes primitivos, que los iberos; por cierto que para Córcega y Cerdeña son considerados éstos única y totalmente como inmigrantes. En cambio en cuanto a Sicilia las opiniones están divididas, y algunos escritores cuentan a los iberos como primitivos habitantes, tanto como a los cíclopes y laestrygones. Sicilia, pues, o por lo menos una parte de ella, se presenta, como Iberia y la costa meridional de Galia, no designada con precisión como diferente de los iberos o celtas, donde antes de los iberos no conoce la historia ningún otro pueblo, por lo menos, aunque también nombra a los kynetes.

46.

Iberos en Italia.

Pero antes de que sea posible atreverse a una conjetura sobre la manera cómo los iberos pudieron haber ocupado estas islas, es menester lanzar una mirada a Italia, como país mas próximo. La investigación de los nombres de lugares (32.) conduce al resultado de que no se hallan bastantes vestigios del euskera en ella para admitir siquiera con algún grado de seguridad, ni aún sólo con gran verosimilitud. Sin embargo; existen algunos de tales vestigios inne-

(*) Compárese Niebuhr: Römische Geschichte. I. 110. Heidelberger Jahrb. Jahrg. 9. p. 862. Mannert. I. 447. 448. y además los pasajes allí citados de Strabo. IV, 2, 4. p. 270.

gables y más que en los países, que conocemos ocupados por celtas, fuera de España. Una presunción, nacida de otros motivos, puede también servir de este punto de apoyo. Así se vendrá siempre a ulteriores investigaciones acerca de la población más antigua de Italia. Que estas investigaciones se hubieran ya cerrado y completado por los esfuerzos de Lanzi, aunque tan meritorios son en sí, nunca me quiere parecer evidente. En la lectura repetida y atenta de su libro me ha parecido siempre, que no convencía, pero que arrastraba en todo caso al lector paso a paso a un sistema, en que se dejan caer al final las más violentas explicaciones, porque se le lleva por grados de violencia en violencia (*). Como estas indagaciones se han dispuesto hoy por un hombre, que estaba solamente instruído en el conocimiento de los antiguos idiomas y de los recientes derivados de ellos, deberían repetirse, si se quería ver con claridad, por otra persona, que se encontrase a la vez y con preferencia en posesión de los idiomas primitivos de la Europa occidental. Confieso, sin embargo, que dudo de que tal empresa diese una resulta remuneratoria. Yo, por lo menos, no he hallado bastante vestigios de palabras raíces vascas, en las inscripciones explicadas por Lanzi, para extraer de ellas ningún resultado importante. Siempre me ha parecido, que estas inscripciones en general no están hechas como para servir de base a una investigación sobre los habitantes de Italia antes de toda inmigración de tribus griegas. Todas las que conocemos son de una época, en que, como ellas mismas lo demuestran con evidencia, existía ya una gran mixtión de la lengua primitiva, aunque también, según creo ciertamente, está a la vez escondida ésta en ellas. No me resulta inverosímil, que las cuestiones sobre los más antiguos habitantes de Italia pertenezcan en realidad a las ya insolubles. Pero si todavía pueden obtenerse aclaraciones sobre ello, me parece que sólo por la investigación, no empezando por las inscripciones, aunque después se hayan de tomar como ayuda, sino por la de los idiomas mismos. El euskera, los idiomas británicos y germánicos deben compararse, a la vez exacta y cautelosamente, y de preferencia apartando una etimología, que ligue todo sin regla y atrape toda semejanza, sino haciéndolo de la mano de analogía rigurosa y regular con los idiomas de la antigüedad y entre

(*) También Neubuhr (*Römische Geschichte*. I. 65.) ha levantado dudas, y a mi me parece que con toda razón, contra la manera, como los eruditos italianos tratan los idiomas de los primitivos pueblos de Italia.

sí. Por este camino resultará, si uno de estos idiomas y cuál de preferencia es afín al latín en su peculiaridad distintiva del griego, y de aquí se pueden extraer luego más consecuencias (*). Si reuno aquello, que sobre tal asunto me es conocido hasta hoy, con las investigaciones aquí expuestas, arriesgaría la conjetura de que los iberos se han extendido en la más lejana época también por Italia y las islas del Mediterráneo como autóctonos y que, si se hace venir todos los pueblos de Oriente a Occidente, los iberos se han echado hacia el sur de la gran ruta de pueblos de Tracia y los celtas hacia el norte. Colonias ibéricas pueden también haberse ido de la costa norte del Mediterráneo a las islas; sólo que si la ocupación por iberos, como primeros pueblos era importante, no pudo ocurrir por este camino. Después fueron aquellas costas naturalmente residencias ulteriores; pues ocupaciones importantes de terreno sólo pueden pensarse por grandes y decididas emigraciones y éstas sólo pudieron, dado el carácter de los iberos y la posición de España, ir hacia este país, no partir de él.

48.

Sobre el parentesco de los iberos con los celtas.

Si en el transcurso de esta investigación a veces hablo de autóctonos, no está en mi ánimo decidir por esto algo objetivo, sino sólo trazar el límite eventual de nuestros conocimientos. Primitivos habitantes son para mí aquellos, que la historia no nos obliga ni induce a mirarlos como inmigrados. Sólo en este sentido he calificado también con este nombre a los iberos en España, Galia y las islas del Mediterráneo, sin suprimir la cuestión ¿de dónde pueden

(*) En un escrito pequeño, aparecido en 1816: *de latinae linguae accentibus libellum primum in publico proposuit Fridericus Lindemann* promete el autor una obra extensa sobre los antiguos idiomas de las tribus itálicas. Pero no sé que hasta hoy haya aparecido algo de ello (1). El escrito citado contiene ya la derivación de un considerable número de palabras latinas, que no son de origen griego; pero sería de desear, que el autor se explicase con más precisión sobre lo que entiende por idiomas célticos. A juzgar por varios ejemplos parece no distinguirlos de los germánicos tan rigurosamente, como lo hacen, y a mi juicio con razón, los mejores lingüistas del día.

(1) Esta obra no ha aparecido nunca.

haber venido estos iberos? Aquí sin embargo, donde no es el lugar de preparar las investigaciones lingüísticas necesarias para su decisión, sólo la toco para prevenir una posible mala inteligencia. He presentado más arriba (43.) a los iberos como diferentes en estirpe, lengua y carácter de los celtas y tengo esto también por la opinión etnográfica exacta. No he querido, sin embargo, excluir por esto, que no hubiesen pertenecido quizás antes ambas naciones a un linaje de pueblos, y aún que los iberos puedan ser una rama del linaje celta. Lo que Mannert (*) ha manifestado con agudeza de los ligures, de que en verdad no derivan de aquellos celtas, que se aprendió a conocer en la Galia, pero sin embargo pueden haber sido ramas comunes con ellos de un tronco oriental más antiguo, puede también valer de los iberos. Solamente en tanto investigaciones lingüísticas más profundas no esparzan luz más clara sobre ello, quedan todas las opiniones de esta clase nada más en el campo de las conjeturas.

48.

Sobre la opinión del próximo parentesco del euskera con lenguas americanas.

Para volver otra vez al idioma vasco, cuyo empleo en los monumentos históricos y testimonios de los más antiguos habitantes de España constituye el tema de esta investigación, resalta, me parece a mí, notoriamente de todo lo aportado, que es puramente europeo y en verdad uno de los más antiguos y, si es permitido emplear la expresión, el primitivo de esta parte del mundo. No pertenece a ningún grupo de pueblos aislado, quizás decaído de lejanos continentes, sino a un antiguo tronco de pueblos, ampliamente esparcidos, intimamente entrelazados en los primitivos destinos de la Europa occidental. Se ha hecho notar, y con razón, la particularidad de su estructura gramatical, principalmente de su conjugación y se ha apuntado su semejanza en esto con las lenguas americanas. El primero y de un modo penetrante en la estructura general de las lenguas, lo ha hecho Vater (*Untersuchungen über Amerika's Bevölkerung*, p. 210.), a quien le es deudora la lingüis-

(*) P. 2. T. 1. p. 17. Ritters Vorhalle p. 573.

tica de una base en la última mano del Mithridates de Adelung, que con su elaboración ha obtenido una configuración muy otra e incomparablemente más satisfactoria, sin lo que a nadie le sería fácil hacer en ello nuevos progresos. Esta comparación es en sí atinada y en sumo grado notable. Puede también extenderse más que a la conjugación y acierta hasta en cosas más casualmente aparentes. Así p. ej. falta el sonido *f* en la mayoría de las lenguas americanas, como en el euskera, y domina en aquellas, como en este, una repugnancia contra toda unión inmediata de consonantes mudas y líquidas, en que la líquida deba seguir en la misma sílaba. En cambio, más bien anteceden las últimas en las lenguas americanas. En el idioma Othoni p. ej. hay combinaciones de *n* con casi todas las otras consonantes, que le sigan inmediatamente. Sólo que ninguna de estas semejanzas gramaticales puede justificar ascendencia inmediata o parentesco. Si las palabras raíces acreditan igualmente semejanza, es cosa que aún no se puede decidir bastante, pues en esto falta aún la elaboración pertinente de las lenguas americanas. Lo hasta hoy observado, en tanto como yo conozco, es muy insignificante. Si se insiste, pues, en hallar parentesco, sólo puede ser el lejano, retrotraído a la extrema oscuridad de la prehistoria, en que la indagación tiene que abstenerse de toda historia y tradición, en que, o los pueblos aún vivían juntos en un pequeño espacio, del que más tarde se esparcieron, o en que mar y tierra estaban repartidos de otra manera (*) y en que a la imaginación le queda libre juego. Pero a mi entender sobre estas semejanzas debe fallarse de otra manera muy distinta. Primero es de notar, que por indagación más exacta, en parte no aparecen tan grandes, en parte no tan sorprendentes. La conjugación vasca ofrece en su coherencia una forma, que no encuentro de esta manera en ninguna lengua americana. Una diferencia sumamente importante consiste ya en

(*) Tal hipótesis se expone en un escrito aparecido en América, en Europa quizás todavía poco conocido: *Researches on America being an attempt to settle some points relative to the Aborigines of America*, by James H. M'Culloh, jun. M. D. Baltimore by Jos. Robinson. 1817. 8. El autor concluye, (p. 35.) en que no sea opinión demasiado atrevida o prematura, la de que en otro tiempo haya habido continentes de gran extensión en los mares Pacífico, Indico y Atlántico, sin duda desde el diluvio universal ya muy desgarrados y destrozados, pero todavía no para impedir a hombres y animales el vagar de una parte a otra en sus amplias regiones, y que durante estas emigraciones esta tierra se hundió, conservando sólo los trozos restantes un número de animales y personas, que quedaron entonces aislados, hasta que los reunió de nuevo la navegación. Esta destrucción debe de haber acontecido el año 2323 a. de J. C., 846 después del diluvio y 15 después de la confusión de lenguas de Babilonia (p. 84.).

que la conjugación regular siempre se compone con un verbo auxiliar; en las lenguas americanas por el contrario la conjugación con un auxiliar, según mi experiencia, rara vez se encuentra. En cambio se hallan vestigios de la peculiaridad de la conjugación vasca, sobre todo de la indicación del objeto en la flexión de la conjugación también en otros idiomas europeos. Las peculiaridades gramaticales de esta especie me han parecido siempre, sin embargo, más bien signos del grado de desarrollo, que del parentesco de las lenguas, e investigaciones mucho más exactas, que las hasta aquí llevadas, han de manifestar primero, si se puede determinar con alguna seguridad, qué es lo que se justifica en esto, y qué concluir realmente sobre igual ascendencia. La mayor parte de las peculiaridades de los idiomas de naciones aún salvajes se puede explicar en el sistema de declinación y conjugación, porque el salvaje, para construir formas gramaticales, combinatan íntimamente como sea posible sílabas significativas y que hacen juego por el sentido. Esto permite su empleo en particular en la combinación del objeto con el verbo. Las múltiples formas, por ahí originadas, pueden todas derivarse de aquel proceder, sin que fuera necesario admitir, que las naciones poseyesen para ello particular predilección, o hubiesen aplicado una sagacidad especial precisamente en esta parte de la gramática. La cosa consiste con frecuencia mucho más en la división del total de la frase en palabras, que en una diferencia del aspecto lógico. Se incurre en el hecho en estos idiomas muy amenudo. en gran perplejidad, de si se han de considerar unidas sílabas y palabras en una sola palabra, o no. Pues, tomada exactamente la unidad de la palabra sólo se determina por el acento, pero éste es la mayoría de las veces desconocido (*). Además entra en consideración la retracción del tono de sílabas enclíticas (1) y la pregunta en cuanto a si se advierte contracción en una palabra, cuando

(*) Es notable que también de la elaboración tardía y actual científica del sanscrito parezca completamente excluido el tratado sobre el acento, pues apesar de ello los manuscritos de los Vedas parecen contener los signos de tres acentos diferentes, completamente semejantes a los griegos.

(1) Después de «sílabas enclíticas» tachado: ten cuestión, pues no se puede presumir que esta retracción sólo sea propia de idiomas muy evolucionados. Existe primero en el dialecto del pueblo y al contrario más desatendido en el uso cultivado de nuestros recientes idiomas, aunque en ello hace el inglés una excepción. Como la fuerte elaboración del acento es una de sus peculiaridades características, así también hay en el uso adecuado de los pronombres como sílabas enclíticas, o por sí acentuadas, una finura y hermosura de pronunciación, en que p. ej. en el teatro puede aún el orador más cultivado estar en duda sobre ciertos puntos».

la letra inicial de una de las consecutivas sufre alteraciones por la final de la otra. De aquí que la resolución sea en muchos casos muy difícil. Un ejemplo da el idioma *Mixteca*, en que queda uno inseguro, si incorpora el sustantivo regido al verbo, como el *mexicano*, o sólo le hace seguir, como la mayoría de los idiomas recientes europeos. La recia división en palabras, de la que se origina después el desgaste de varios elementos del léxico y de diferente sonido, pertenece a los progresos ulteriores de la formación y de aquí que esté también la mencionada manera de conjugación, en cuanto descansa en la división de palabras, en relación con aquellos progresos. Pero si la peculiar estructura del euskera realmente se puede considerar así, de modo que designe el grado de formación y su antigüedad, podría yo tenerlo, aunque tan difícil sea en este terreno el atreverse con aserciones de tal generalidad, por el idioma europeo que, sin excepción, se ha alterado menos y ha permanecido más próximo a la estructura, que puede valer por la primitiva. Que en ello radica una nueva confirmación de la conjetura, también verosímil por otros motivos, de que los iberos corresponden a los pueblos europeos más antiguos conocidos, se ha hecho notar ya más arriba (43.). Visiblemente alcanzan más allá de aquellos, cuyos idiomas se nos han dado a conocer, a saber, romanos y griegos, y pueden, si se busca un punto de comparación, colocarse en línea sólo con los prehelénicos pelagos.

49.

Resultados de las investigaciones hasta aquí efectuadas.

1. La comparación de los antiguos nombres de lugares de la Península Ibérica con el euskera demuestra, que el último era el idioma de los iberos y, pues este pueblo sólo parece haber tenido un idioma, son pueblos ibéricos y Euskaldunes expresiones sinónimas.

2. Los nombres de lugares vascos se hallan, sin excepción, en toda la Península y los iberos estaban esparcidos, por consiguiente, en todas sus partes.

3. Pero hay entre los nombres de lugares de la Península otros, de los que la comparación con los nombres de lugares de tierras habitadas por celtas muestra, que son de origen céltico, y en estos se pueden hallar también las residencias de los celtas mezclados con los iberos, donde los testimonios históricos nos abandonan.

4. Según esto habitaban los iberos no mezclados con celtas sólo alrededor de los Pirineos y en la costa meridional. La mezcla de ambas naciones ocupó las tierras interiores, Lusitania y la mayor parte de la costa norte.

5. Los celtas ibéricos eran en verdad celtas, de que proceden los antiguos nombres de lugares galos y britanos; además de los idiomas indígenas aún vivos en la Gran Bretaña y Francia, idénticos en idioma; sólo que no eran probablemente meras colonias de tribus galas (de hombres aisladamente emigrantes de un linaje, que quedase atrás), como lo muestra la diferencia de carácter e instituciones. Podían ser de los asentados en Galia en tiempo inmemorial, o antes inmigrados en masa. En todo caso no había en su mezcla con los iberos el carácter galo, que nos dieron a conocer los romanos, sino prevaleciente el ibérico.

6. Fuera de España hacia el norte no se halla ninguna huella de iberos, si se exceptúa la Aquitania ibérica y una parte de la costa del Mediterráneo. Señaladamente los caledonios no pertenecían al tronco ibérico, sino al céltico.

7. Pero hacia el sur se asentaron los iberos en las tres grandes islas del Mediterráneo, como demuestran a la vez testimonios históricos y nombres de lugares vascos. Sin embargo, probablemente no todos eran inmigrados de Iberia o Galia, sino que ocuparon estas residencias de tiempo inmemorial, o procedieron de oriente.

8. Es dudoso que perteneciesen también a los pueblos primitivos de la tierra firme de Italia. No obstante, se hallan varios nombres de lugares vascos, que pueden fundamentar tal presunción.

9. Los iberos son diferentes en carácter e idioma de los celtas, tal como conocemos a éstos por los griegos y romanos y por los residuos de sus idiomas. No hay, con todo, fundamento para negar todo parentesco entre ambas naciones; los iberos pueden ser muy bien un linaje perteneciente a los celtas, sólo que desgajado antes de ellos.

Todas estas conclusiones sólo ha podido, sin embargo, afirmar la presente investigación en tanto, como esto era posible con el euskera por la comparación de los nombres de lugares, como una serie de documentos históricos, que hablan por sí mismos. Era su objeto limitarse a esto y de esta manera ensayar, confirmar y amplificar las investigaciones hasta hoy efectuadas y que en su mayor parte habían excluído de su círculo el idioma indígena de Iberia. Mas para cerrar por completo las investigaciones sobre los primi-

tivos habitantes de la Península se debería todavía comparar, con independencia de testimonios históricos y relaciones de lugar, el euskera como idioma con los restantes de la Europa occidental, con lo cual únicamente se puede aclarar, como corresponde, el último de los puntos aquí expuestos. Pero esta es una empresa mucho mas difícil y que exige preparativos muy otros.

50.

Monumentos ibéricos con inscripción indígena.

Parecerá quizás extraño, que no me haya explicado en este tratado al mismo tiempo acerca de las inscripciones sobre piedras, placas metálicas; cerámica y monedas, que se han hallado en España con escritos difíciles de descifrar. Se puede suponer con fundamento, si no se quiere admitir todavía como satisfactorio ninguno de los desciframientos hasta hoy efectuados, que una gran parte de estas inscripciones está redactada en el idioma del país y corresponden, según eso, en todo caso a un trabajo, que esté dispuesto para utilizar toda ilustración, que pueda proporcionar el euskera acerca de la historia primitiva de España. Yo tampoco he descuidado, ya desde hace años, el ocuparme con estos objetos; pero me he convencido de que todo este estudio se halla aún en tal oscuridad y confusión, que en vano se esperarfa aclarar otras cuestiones mediante ello. Hasta hoy sólo lo han tratado personas que, o no sabían euskera, o eran apasionados con parcialidad por él. Unos y otros se han dejado llevar de su fantasía tan sólo, y aun el primer preparativo y más esencial, la rebusca de los signos y su significación, ninguno lo ha dispuesto todavía según un plan regular, ni lo ha desarrollado por completo. Si algún día este estudio ha de conducir a resultados seguros, debe empezar por rebuscar de nuevo los monumentos, en su mayor parte monedas, en las colecciones, pues difícilmente se puede confiar del todo en las figuras de Velasquez, Lastanosa (1), Florez, Erro, etc.; ordenar luego las inscripciones según las localidades, y establecer una lista exacta y completa de las letras y signos, que en ellas se presentan. Sólo después de esto puede fijarse un alfabeto completo y, cuando esto se haya hecho, se

(1) Su «Museo de las medallas desconocidas españolas» apareció en Huesca 1645.

podrá pensar en una explicación. En una cosa y la otra no se ha de olvidar, sin embargo, que se tiene ante sí muy probablemente inscripciones en idiomas muy diferentes, euskera, púnico y celta. A las explicaciones existentes les falta todavía en absoluto tal base segura, y de esta manera se ha juzgado también ya en España misma. D. Antonio Valcárcel prometió en una pequeña disertación, aparecida en Valencia en 1773 (*), mostrar por cien monedas hasta entonces no publicadas, cuán lejos se está de entender la verdadera clase de lectura de esta escritura desconocida y no es de creer, que los ensayos hechos desde su tiempo le moviesen a retirar esta opinión; pues también desde entonces se han tratado estas inscripciones, por cada uno de los que se han ocupado en ello, de diferente manera, y siempre de un modo demasiado unilateral. Sestini acepta en su explicación de las monedas españolas del gabinete de Hedervar el alfabeto griego como base del desciframiento. Erro se ha compuesto, en verdad, un alfabeto por sí mismo; pero designa la misma letra, tan pronto con tres, cuatro y cinco signos diferentes, tan pronto diferentes letras con el mismo; leer tan pronto adelante tan pronto atrás, admite omisiones de vocales, contracciones de letras y abreviaturas de palabras; y no se ve, que estas suposiciones se funden en una cantidad suficiente de ejemplos, para anular el recelo de que solo se han empleado para extraer una explicación cualquiera. En esta diversidad de opiniones y esta imperfección del procedimiento he tenido reparos en aportar varios nombres de lugares hasta hoy completamente desconocidos, que Erro y Sestini quieren haber descubierto en monedas con inscripción indígena. En cuanto a los nombres de lugares, dobles, en indígena y latín, que aparecen en los escritores romanos, corresponde que una gran cantidad de monedas contengan inscripciones en dos idiomas, el latín y otro, y que estas inscripciones (en tanto que hoy estén explicadas) convienen en verdad varias veces, pero en muchas no siempre son traducciones. Lo mismo hemos encontrado también en los nombres (1).

En estas circunstancias no me pareció conveniente traer, por la inmixción de estas inscripciones aún no competentemente expli-

(*) Medallas de las Colonias, municipios y pueblos antiguos de España por D. Antonio Valcárcel Pío de Saboya i Spinola p. 21.

(1) Después de «encontrado también en los nombres» tachado: «Quien desee pasar la vista con brevedad y sin gran trabajo por el nuevo estado de la explicación de estas inscripciones cotejará con placer instructivo las recensiones de algunas partes de las Mémoires de l'Académie Celtique en los Göttingische gelehrte Anzeige (1810. T. 3. p. 1737 y sig.)»

cadadas, todavía más incertidumbres a una investigación, que ya en sí tiene que conducirse con gran circunspección y cautela (1).

(1) Aquí se aporta todavía un pasaje del manuscrito arriba olvidado en la pág. 529. que fué luego reemplazado por la frase «Pues—eruditos»: «Puede parecer atrevido el querer buscar aquí una combinación. Sólo que un cierto tratamiento artificial y de preferencia artificioso del idioma, como tienen el sánscrito, galés y gaélico (Owen: dict. p. 13-25. Shaw: analysis of the Galic language. p. 33.) en la alteración de letras y pesquisa de raíces, me parece que en la remota antigüedad casi sólo podía ser obra de una casta de sacerdotes. Esta casta constituía la profesión de los letrados y tenía de paso el interés de distinguirse por una pureza de lenguaje difícil de alcanzar por el pueblo. De ella partió también ciertamente con frecuencia la formación del alfabeto escrito, si bien los druidas, según César, se servían meramente del griego, y nunca escribieron sus versos sagrados. A esto contribuyó que la forma del idioma, que proporciona tanto espacio para ejercitar la sagacidad y sutileza, debió excitar a personas, que su profesión había habitado a una especulación más abstracta. Enseñoreándose del idioma, la clase de los sacerdotes debió producirse por la elaboración de aquel, según hemos visto arriba. El idioma obtuvo regularidad y fijeza, pero también, ya que todas las anomalías se querían forzar a reglas, y llenar cada hueco, se entrometió mucho, que no le era primitivo. Una consecuencia, en verdad sólo ocasional, pero casi inevitable, fué que, si se paraba atención preferente a la parte material del idioma, se obtenía una mayor diferencia de tonos, que de lo que en otro caso hubiera quedado; pues en todos los dialectos populares es visible, que el lenguaje popular conoce una cantidad de modificaciones de pronunciación de letras, sobre todo de vocales, que luego, en el uso más cultivado del idioma se fijan en número menor y más determinadas. Su multiplicidad podría también conservarse, sin embargo, si se les confiriese pronto un tratamiento metódico, y conduciría después por sí misma a más combinaciones, transiciones y transformaciones. Una perfección y regularidad, como la del alfabeto sánscrito parece efectivamente demostrar una elaboración muy ingeniosa de dialectos populares ricos y múltiples. En el euskera hubo primitivamente (Adiciones al Mithridates. p. 41.) también varios sonidos aspirados y, quebrados, sólo que al lenguaje' cultivado y escrito no ha pasado nada de ello. Pero las alteraciones de las letras según su posición se limitan a la de la vocal final antes del artículo aglutinado en el dialecto vizcayno (l. c. p. 10.). Esta digresión me pareció, que no era inoportuna en un escrito, que toma en consideración el idioma. Pero aunque lo en ella dicho no hallase tampoco empleo general, podría, sin embargo, valer ciertamente de los idiomas indo y celta, pues en ambas naciones la elaboración del lenguaje estaba en manos de la institución sacerdotal, y por este motivo me pareció bien llamar la atención sobre que a los iberos habrían faltado a la vez estas instituciones y los efectos de ellas en el idioma».— Compárese T. 3, pp. 253, 226 de las obras de Humboldt.

N. del T.— En la pag. 20 de la tirada aparte me preguntaba yo si Humboldt conocía *El imposible vencido* de Larramendi: la respuesta es afirmativa según lo que se ve en J. Gárate: G. de Humboldt: pp. 144, 146, 150, 155, 169 175, 177, 180, 181, 186, 187, 189, 190, 191, 192, 193, 196 y 211; y en la traducción de Correcciones y Adiciones al Mithridates pp. 50, 53, 60, 61 y 64. También sabía que antes la borona era de mijo, pero lo olvida en otros escritos. Que *Ce* latina no es Ze. sino He lo dice en el can. 18. pág. 29, pero lo olvida en el cap. 17, pág. 47, como en la p. 50 confunde *Kiefer* con *Fichtes* y en las pp. 20 y 59 de la obra de Gárate llama Humboldt *Steineiche* a lo que no es encina, sino melojo (*ametza*). Lo advierto para los lectores, que no estén al tanto de estos puntos.